EL CINTURÓN

ENTROPÍA

LIBRO 2



EL ESPACIO SE VUELVE PEQUEÑO MUY RÁPIDO
CUANDO TODO EN ÉL TE QUIERE MUERTO

GERALD M. KILBY

ENTROPÍA

EL CINTURÓN

LIBRO 2

GERALD M. KILBY



ÍNDICE

1. Encélado
2. REGRESO
3. Fractura
4. Misión
5. Rumbo Al Exterior
6. Encuentro
7. Ceres
8. Estación De Investigación
9. Hora De Morir
10. La Dra. Rayman
11. Rascadores
12. La Percepción
13. Solomon
14. Cráter Rongo
15. Hacia El Cinturón
16. SN376
17. Engaño
18. Dain Tiber
19. Prescindible
20. Enfermería
21. Batalla Por El Muelle
22. Aterrizaje Forzoso
23. Jezero City

También De Gerald M. Kilby
Sobre El Autor

1

ENCÉLADO

La oficial de vuelo Miranda Lee estaba sentada sola en el observatorio de la nave de investigación científica *Hermes*, meditando sobre el aviso de mensaje que parpadeaba en su tableta. Llevaba un rato reclamando su atención, pero sentía que necesitaba estar sentada y mentalmente preparada antes de reproducirlo.

Dejó la tableta con cuidado en el asiento contiguo para sujetar la taza de café con ambas manos, dar un sorbo y contemplar la vista celeste que se desplegaba más allá del amplio ventanal. La escena estaba dominada por el inmenso gigante gaseoso, Saturno, cuyos anillos hendían la negrura del espacio como un gran horizonte celeste. Sobre el plano central, una pequeña luna brillaba con un fulgor helado mientras grandes penachos de gas surgían de su polo sur. Encélado había sido el objeto de sus estudios durante los últimos meses y, en tres días, aterrizarían en él.

Mientras tanto, había mucho que preparar para la misión. El comandante Scott McNabb y el primer ingeniero Cyrus Sanato ya estaban en el hangar, equipando una de las lanzaderas recién adquiridas de la nave con todo el material necesario para un aterrizaje en Encélado. Varios de los científicos que los habían acompañado desde Europa también estaban haciendo preparativos:

comprobando el equipo, ultimando los experimentos y asignando tareas.

Iban a aterrizar en el emplazamiento de una antigua base científica, no lejos de los gigantescos géiseres que arrojaban tal cantidad de agua del océano interior de la luna que formaban una de las bandas de los anillos de Saturno. Sería un descenso complicado y requeriría toda su pericia y concentración para garantizar un aterrizaje seguro.

Pero el parpadeante aviso de mensaje, que eludía todos sus intentos de ignorarlo, relegó estos pensamientos a un segundo plano. Suspiró, dejó el café en una mesa baja que tenía delante y cogió la tableta. Echó un vistazo a la identificación del mensaje: era una transmisión cifrada de haz dirigido procedente de la Tierra, de hacía unas dos horas, y estaba marcada como «personal». Solo para sus ojos. En circunstancias normales, esto habría sido un motivo de alegría para Miranda: un mensaje de un viejo amigo o una oportunidad para ponerse al día con algún cotilleo. Pero no era nada de eso, y desde luego no era de un amigo. Era de su padre, alguien con quien no había hablado en nueve años.

¿Por qué me envía un mensaje después de tanto tiempo?, pensó. Había pasado más de una hora desde que la comunicación llegó a su tableta, y aún no se había armado de valor para reproducirla. En su lugar, su mente había estado ocupada con pensamientos de una familia que casi había olvidado. Ahora, la habían contactado desde las profundidades del tiempo, a través de millones de kilómetros de espacio, y le habían recordado que el pasado todavía existía y que reclamaba su atención. En ese mismo instante.

Miranda miró a su alrededor para comprobar que seguía sola antes de poner la tableta sobre la mesa. Su dedo flotó sobre el icono de reproducción. Vaciló, sopesando la posibilidad de borrar el mensaje sin más. Pero tenía la sensación de que eso no sería el final. Llegaría otro, y luego otro, hasta que finalmente se sentara y escuchara lo que fuera que su familia, de la que se había distanciado, considerara tan importante que ella supiera. Suspiró y pulsó el botón de reproducir.

Una proyección holográfica cobró vida sobre la superficie de la tableta. Era Fredrick VanHeilding, su padre, un hombre por el que Miranda no sentía más que un absoluto desdén. Parecía más joven de lo que recordaba. Pero eso era lo que una inmensa fortuna podía comprar en la Tierra: acceso a una reingeniería biológica que desafiaba a la naturaleza. Su verdadera edad era de ochenta años, pero aparentaba cuarenta.

Empezó a hablar con voz clara y segura. «Hola, Miranda. Estoy seguro de que este mensaje te sorprende, dado el tiempo que ha pasado desde la última vez que hablamos. Te envío esto a petición de tu madre». El holograma hizo una pausa y se movió mientras VanHeilding sopesaba sus siguientes palabras. «Verás, está muy enferma, y seré franco contigo: no le queda mucho tiempo. Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero hay fuerzas de la naturaleza que nuestros conocimientos médicos todavía no pueden vencer». Bajó la cabeza y la sacudió suavemente con resignación. «Dicen que solo le quedan unos pocos meses, como mucho». Volvió a levantar la cabeza. «Quiere verte una última vez antes de irse, Miranda. Por eso, hemos enviado una nave privada a Europa para traerte de vuelta a casa. Llegará a la órbita en tres semanas y debería devolverte a la Tierra en otras cinco. Con suerte, llegarás a tiempo para despedirte. Por favor, hazme saber tu intención lo antes posible. Me despido y quedo a la espera de tu respuesta». Se despidió con un débil gesto de la mano mientras el mensaje terminaba.

Así que su madre se estaba muriendo. *¿Cómo podía ser?*, pensó. Con la inmensa fortuna que poseía la familia de su padre, ¿cómo era posible que no se pudiera hacer nada? Miranda se reclinó, frotándose la cara. No parecía justo. Al casarse con Fredrick VanHeilding, su madre había pasado a formar parte de un estrato diferente de la humanidad, uno que esperaba vivir durante mucho tiempo. La ciencia no solo disponía de la tecnología para prolongar la vida humana mucho más allá de su límite natural, sino que ahora su madre tenía la riqueza necesaria para aprovecharla. La muerte era para la gente corriente, los que trabajaban duro para ganarse la vida; la gente común, por así decirlo. Aquellos con la riqueza para mantener su poder lo hacían a través del acceso a esta tecnología, y

la protegían con todas sus fuerzas. Era otra de las grandes injusticias que acosaban a la civilización humana. Pero ¿cómo podía ocurrirle a su madre? Parecía que le habían tocado unas malas cartas genéticas, unas que ninguna ciencia sofisticada podía contrarrestar.

—No me lo creo —se dijo Miranda en voz baja—. ¿Y cómo se supone que voy a llegar a Europa?

Su padre había dicho claramente que una nave llegaría a Europa en tres semanas. Pero ella estaba aquí, en Saturno, muy, muy lejos. A la *Hermes* todavía le quedaba un año y medio de misión, y no regresaría a Europa hasta entonces. Así que su padre se había equivocado en sus datos; parecía que no volvería a ver a su madre, aunque quisiera.

—Atención a toda la tripulación —la voz de la inteligencia cuántica de la nave, Aria, resonó por los altavoces—. Se acaba de recibir un mensaje urgente del Consejo de Europa. Se ruega a todo el personal que se reúna en el puente de inmediato.

Miranda suspiró. *¿Y ahora qué?* En los dieciocho meses que llevaban aquí, nunca habían recibido un «mensaje urgente» de Europa. *¿Qué podía ser tan importante?*

2

REGRESO

El comandante Scott McNabb asomó la cabeza desde el compartimento del motor de la lanzadera en la que él y el ingeniero jefe, Cyrus Sanato, habían estado trabajando. Tenía la cara manchada de mugre y sudor, y se secó la frente con la manga de su mono de trabajo. Miró al ingeniero, que estaba de pie junto a una consola estudiando una pantalla por la que se deslizaban datos.

—Oye, ¿Aria acaba de decir que hay un mensaje urgente de Europa?

—Sí, eso he oído. Se supone que debemos reunirnos en el puente de mando.

—¿Y eso a qué viene? —Scott salió del compartimento y flotó hasta el suelo de la lanzadera.

—Ni idea. Pero tiene que ser importante. No creo que hayamos recibido nunca una directiva así en todo el tiempo que llevamos aquí.

Scott se limpió las manos en el mono y se colocó junto a Cyrus. Echó un vistazo a los datos que se deslizaban por la pantalla. —He terminado las últimas conexiones, así que creo que eso es todo en cuanto a los retropropulsores.

—Por ahora tiene buena pinta —Cyrus pulsó unos cuantos iconos en la pantalla, que cambió para mostrar una serie de gráficos—. Solo

tenemos que hacer unas cuantas pruebas más y, si todo va bien, podremos empezar con el mantenimiento de los motores principales.

—No podemos empezar nada ahora, ya que Aria nos quiere a todos en el puente —dijo Scott.

—Me pregunto qué será tan urgente.

—Seguro que no es nada. Venga, vamos —Scott empezó a quitarse el sucio mono de trabajo, una tarea complicada en el entorno de gravedad cero del hangar de la nave. Cyrus lo agarró del brazo para ayudarlo a estabilizarse. Unos minutos más tarde, ambos flotaban por el espacio del hangar y entraban en la esclusa del ascensor que los llevaría hasta el toroide giratorio que proporcionaba a la tripulación un cómodo entorno de gravedad estándar.

Para cuando llegaron, el resto del equipo ya se había reunido, y una charla animada impregnaba el puente de mando.

—¿Está todo el mundo? —Scott dirigió su pregunta a la IA de la nave, Aria.

—Todo el personal está presente, comandante.

—De acuerdo. Reproduce el mensaje, y a ver de qué va todo esto —dijo con un gesto de la mano.

La holomesa del centro del puente de mando cobró vida con un holograma de Regina Goodchild, jefa del Consejo de Europa. —Mis disculpas si la urgencia de esta comunicación los ha pillado por sorpresa, pero ciertos acontecimientos han hecho necesario el acortamiento de su misión. Se les solicita que tracen un rumbo inmediato hacia Europa. Toda la actividad científica actual debe cesar, y los proyectos en curso deben dejarse de lado. El consejo y yo somos conscientes de la desfavorable alineación planetaria entre Saturno y Júpiter y, por tanto, de que el viaje será más largo de lo necesario. No obstante, nuestro deseo es que regresen de inmediato.

»Sin duda se preguntarán por qué hemos solicitado esta medida. La verdad es que necesitamos a la Hermes para llevar a cabo una misión especial, cuyos detalles se les revelarán a su regreso.

—¿Y la estación de investigación de Encélado? ¿Seguimos adelante con el aterrizaje previsto? —El jefe de oficiales científicos dirigió su pregunta a la proyección holográfica de Goodchild.

El holograma parpadeó mientras procesaba el diálogo entrante y elaboraba una respuesta. Buscó en la información auxiliar contenida en su conjunto de datos para ofrecer la mejor contestación posible. Era un proceso que permitía cierto grado de interactividad con el mensaje, una forma de compensar los significativos desfases temporales que implicaban las comunicaciones intersistémicas. Este mensaje ya había tardado casi una hora en llegar a la tripulación de la Hermes desde Europa.

—Deben regresar a Europa de inmediato —respondió finalmente el holograma de Goodchild.

—Pero llevamos meses trabajando en esta expedición. Es un elemento fundamental de toda la misión —continuó el oficial científico.

—Aun así —replicó el avatar—, deben regresar a Europa de inmediato.

—Pero ¿por qué? ¿Qué es tan importante como para que tengamos que dejarlo todo y salir pitando de aquí? —La doctora Stephanie Rayman, la médica de la misión, se levantó y gesticuló hacia el avatar.

—Tenemos una nueva misión que requiere a la Hermes. Eso es todo lo que puedo decir por el momento.

Scott miró a la tripulación reunida. Sus rostros mostraban diversos grados de incredulidad.

—¿Por qué quieren que volvamos? No tiene ningún sentido —dijo Steph. Planteó esta pregunta a los miembros de la tripulación reunidos en lugar de al avatar.

—No importa, es lo que quieren. Así que más vale que nos pongamos manos a la obra —dijo Scott, sentándose en el sillón del comandante—. Aria, ¿cuándo podemos estar listos para abandonar la órbita?

—En aproximadamente cuatro horas y treinta y dos minutos. Después tendremos que ejecutar un encendido de cincuenta y cuatro horas. Eso nos llevará a Europa en aproximadamente tres semanas.

Scott giró su sillón para mirar a la tripulación. —Vale, tenemos que prepararnos. Quiero que todo esté bien cerrado y asegurado

antes del encendido. Aria, ¿podemos conseguir que todos los droides ayuden?

—Así se hará, comandante.

La tripulación reunida dejó escapar un quejido colectivo. A nadie le hacía gracia la idea de abandonar una misión que había costado tanto tiempo y trabajo preparar. Eso, y la idea de un encendido de aceleración tan largo. Pero no había más remedio: Europa los quería de vuelta lo antes posible, y eso era todo.

—Parece que no probaremos esa lanzadera reconstruida hasta dentro de un tiempo —Cyrus miró a Scott. Estaba junto a la holomesa, pulsando iconos.

—No, hasta que volvamos a estar en órbita alrededor de Europa. Tenía ganas de dar una vuelta con ella después de todo el trabajo que le hemos dedicado.

—Yo también —dijo Cyrus, mientras una representación en 3D del sistema solar exterior florecía en la holomesa. Retrocedió para verla mejor—. Aria, por favor, traza nuestro rumbo proyectado.

La proyección cambió y giró. Una delgada línea curva se dibujó a través de la representación, mostrando la trayectoria propuesta para la Hermes desde su ubicación actual cerca de Encélado, una de las lunas más pequeñas de Saturno, hasta la cuarta luna más grande de Júpiter, Europa.

—Tres semanas —dijo Miranda, mirando la proyección.

Scott se removió en su sillón, agitando una mano en el aire con desdén. —Ah, se pasará antes de que se dé cuenta.

—¿Cómo lo sabía? —Miranda mantuvo la mirada fija en la proyección.

—¿Cómo sabía el qué? —dijo Scott.

Miranda negó con la cabeza y lo miró. —Oh, nada. No es importante.

—¿Se encuentra bien? Parece que ha visto un fantasma.

Se quedó mirando el suelo un segundo. *Sí, creo que acabo de ver uno*, pensó.

3

FRACTURA

Scott cogió un café de la máquina y oteó la cantina de la Hermes en busca de un sitio para sentarse; un lugar tranquilo, donde pudiera estar a solas con sus pensamientos. Pero la cantina ya estaba concurrida; varios miembros del equipo de científicos estaban comiendo, recuperando fuerzas tras la larga maniobra de desaceleración que los había dejado cerca de la órbita de Europa. Se mantenían apartados, y Scott rara vez socializaba con ellos, principalmente porque, al ser científicos, sus conversaciones solían escapársele por completo. Se sentó en una mesa junto al ventanal de observación, dio un sorbo a su café y contempló la inmensidad.

Tras un viaje de tres semanas sin incidentes desde Encélado, llegarían a su destino en menos de cinco horas. *¿Y entonces qué?*, pensó. El Consejo de Europa había proporcionado escasa información sobre los motivos de su llamada, y menos aún sobre la «nueva misión» a la que se aludía en el mensaje inicial de Goodchild. Incluso Aria parecía no saber nada, o quizá simplemente no lo decía. Lo cual resultaba extraño, ya que desde que se habían embarcado en la misión de explorar las lunas de Saturno, Aria y la gran mente que residía en la ciudadela de Europa, Solomon, se habían hecho íntimos. Pero o bien Solomon mantenía a Aria en la inopia, o bien había ordenado a la IA de la nave que no dijera nada

a la tripulación. El resultado de todo aquel subterfugio era un cúmulo de especulaciones, rumores y, en última instancia, una leve paranoia.

Las cavilaciones de Scott se vieron interrumpidas por Cyrus, que se deslizó en el asiento de enfrente. Miró furtivamente a su alrededor y se inclinó hacia él.

—¿A que no sabes qué?

Scott ladeó la cabeza.

—¿Se ha abierto un agujero negro al otro lado de Júpiter y nos está absorbiendo a todos?

Cyrus se rio.

—Ah, no, nada tan dramático. —Pero antes de que pudiera añadir nada más, vio a Steph, que estaba junto a la máquina de café. La llamó con un gesto.

Llegó con un delicado expreso en la mano. Cyrus se apartó para dejarle sitio.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Steph.

—Todavía no. —Cyrus se inclinó hacia ellos.

—Bueno, ¿cuál es el gran secreto? —Scott empezaba a impacientarse.

—No hay ningún secreto, es solo que estaba comprobando las naves que están actualmente en órbita alrededor de Europa, y escucha esto: una de ellas es marciana. —Cyrus hizo una pausa para crear expectación.

—¿Y? —Scott no veía adónde quería llegar.

—¿Y a que no adivinas de quién es la nave?

—¿De Papá Noel?

—De Xenon Hybrid.

—¿Quién? —dijo Scott.

—El presidente de Marte —dijo Steph—. Es un personaje bastante enigmático.

Scott rebuscó en los recovecos de su mente, buscando cualquier dato que pudiera tener guardado.

—¿Es el tipo ese de los clones?

—En serio, Scott, ¿te enteras de algo de lo que pasa en el Sistema?

Se encogió de hombros y esbozó una amplia sonrisa.

—He estado fuera de circulación un tiempo, por si no te habías dado cuenta.

—Dicen que es una amalgama de varios clones, de ahí el nombre de «Hybrid». Y tiene fama de tener más de ciento cincuenta años.

—Vale, es un tío viejo y raro de Marte. ¿Y qué?

—Y... ¿qué hace aquí? Esa es la cuestión —dijo Cyrus—. En primer lugar —y tienes que entender esto—, Xenon no abandona Marte a no ser que sea por algo muy importante. Ese hombre es un tesoro nacional allí. Cuando va a algún sitio, es un acontecimiento.

—¿Crees que esto tiene algo que ver con que nos hayan llamado? —dijo Scott, sorbiendo su café.

—Tiene que ser. —Cyrus se inclinó—. Al parecer, él y Goodchild han estado enfrascados en conversaciones durante el último mes.

—Marte, ¿eh? —reflexionó Scott—. Quizá quieran contratar a Europa para que haga alguna investigación científica para ellos, y de alguna manera eso nos involucra a nosotros y a la Hermes.

—Eso parece —dijo Steph—. Al fin y al cabo, desde la remodelación de hace dos años, la Hermes es una de las naves de investigación más importantes que operan en el Sistema.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo Cyrus—, pero luego he comprobado todas las demás naves en órbita. Una es de Ceres, y otra de Neo City. Ambas naves han traído a peces gordos del gobierno.

—O sea, que hay un cónclave en marcha —dijo Scott.

—Eso parece. Pero lo extraño es que también hay una nave privada de la familia VanHeilding en órbita.

—¿Quiénes son? —preguntó Scott.

—De verdad que necesitas salir más, Scott —dijo Steph—. Son uno de los Siete.

Cyrus asintió.

—Sí.

Scott se quedó en blanco. Empezaba a sentirse muy inepto en aquella conversación con Cyrus y Steph, ya que ellos parecían saber mucho más que él sobre las idas y venidas de los ricos y poderosos del sistema solar.

—¿Los Siete?

Steph miró a Scott con incredulidad antes de volverse hacia Cyrus, que negó con la cabeza, asombrado.

—¿*Los Siete*? —Gesticuló, como si ese simple acto fuera todo lo que el cerebro de Scott necesitaba para reconocer por fin el nombre —. O sea, las siete corporaciones más poderosas de la Tierra. Tus amigos de Dyrell Labs son una de ellas.

Scott lo fulminó con la mirada.

—No son mis amigos, Cyrus. No vuelvas a decir eso.

—Oye, es un decir, Scott. En fin, que todo esto crea una situación muy intrigante. Un montón de gente importante reuniéndose, y de repente nos llaman a nosotros.

Scott se recostó en el asiento.

—Bueno, lo sabremos dentro de poco. En unas horas estaremos en órbita, así que supongo que después nos dirán por fin cuál es la nueva misión.

—Todavía no me explico lo de la nave de los VanHeilding. Quiero decir, están muy lejos de sus cotos de caza habituales. Que yo sepa, la última vez que una nave de uno de los Siete estuvo por aquí fue la Dyrell —dijo Cyrus—. Esa que hiciste estallar. —Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

A Scott se le escapó una leve sonrisa al recordar los acontecimientos que rodearon la destrucción de la Dyrell. Había abierto una brecha en su bodega de carga con el diestro uso de una caja de explosivos de gran potencia. Agitó una mano en el aire con desdén.

—Eso es historia, dejémoslo estar. —Volvió a sorber su café—. En fin, todo lo que os he oído decir durante las últimas tres semanas no son más que teorías de la conspiración. Pronto sabremos la verdadera razón.

Cyrus miró por el ventanal de observación.

—Ya, pero es divertido especular. Reconozcámoslo: no ha habido mucho que hacer en las últimas tres semanas. —Se volvió hacia Scott—. Oye, si no te importa que pregunte, ¿tienes la sensación de que Miranda está un poco rara?

Scott asintió.

—Sí, no sé qué le preocupa, pero... estamos tomándonos un descanso ahora mismo. Ya sabes, dándonos un poco de espacio.

—No estará embarazada, ¿verdad? —dijo Steph muy directamente, como era su estilo.

Scott casi escupió el café. No era algo en lo que hubiera pensado. Pero ahora que Steph lo mencionaba... *Imposible*, pensó. *Aunque, por otro lado, quizá...*Miró a Steph, a Cyrus y de nuevo a Steph. —¿Creéis que es posible?

Steph agitó los brazos. —Oye, tú sabes mejor que yo lo que es posible. Pero es solo una idea. *Explicaría* su repentina necesidad de apartarse. No te ha dicho nada, ¿verdad?

Scott negó con la cabeza mientras empezaba a asimilar la posibilidad de que Miranda estuviera embarazada —y de que él fuera a ser padre—. Se quedó mirando a Steph con los ojos como platos.

Cyrus dio una palmada en la mesa y echó la cabeza hacia atrás, riendo. Los demás en la cantina se giraron a mirar.

—¿Qué es tan gracioso? —dijo Scott en voz baja.

Cyrus se reía tanto que casi se le saltaban las lágrimas, pero logró recuperar la compostura lo suficiente como para hablar. —La cara que has puesto, amigo... no tiene precio. Eso pareció hacerle volver a reír. Scott miró a Steph, que también se reía entre dientes. Y ahora no pudo evitarlo; la risa era contagiosa, y Scott se sorprendió soltando una carcajada.

—Deberías ir a hablar con ella —dijo Steph cuando por fin se calmaron.

Scott negó con la cabeza. —Me ha cerrado la puerta. Desde que nos llamaron.

—Solo habla con ella, Scott.

Frunció los labios. —¿Por qué no vas a hablar tú con ella? Eres la doctora.

Steph no respondió, solo sostuvo la mirada de Scott.

—Vale, vale. Lo intentaré.

Debería haber sido fácil, una tarea sencilla. Ir a buscar a Miranda, sentarse juntos y hablar. Simple. Excepto por dos cosas: una, la Hermes estaba a punto de entrar en órbita, y toda la tripulación estaba en el puente —incluida Miranda—, así que no

había forma de que pudiera tener una conversación privada con ella. Habían intercambiado unas breves palabras en el puente mientras la tripulación realizaba el procedimiento de inserción orbital. Pero la conversación fue formal y profesional, y él tuvo la clara sensación de que ella mantenía las distancias. Aunque, por otro lado, quizá solo fueran imaginaciones suyas.

La segunda cosa era una inexplicable sensación de pánico que crecía en su interior. Era ridículo, ¿qué le preocupaba? Necesitaba controlarse.

Finalmente tuvo su oportunidad después de que se completara la maniobra. Miranda había abandonado el puente tan pronto como terminaron sus funciones como oficial de vuelo. Se despidió de Aria y se levantó de su consola. —Creo que ya he terminado aquí —dijo —. Voy a descansar un poco mientras pueda.

—Oye, espera, Miranda —dijo Scott—. Te acompaño.

Ella dudó un instante. —Vale, claro.

—Aria, tienes el mando.

—Por supuesto, comandante.

Caminaron juntos por un pasillo que conducía a la zona de camarotes. Su conversación era forzada mientras Scott intentaba averiguar cómo podía abordar el delicado asunto que rondaba su mente.

—Ahora que estamos en órbita, supongo que el Consejo de Europa nos dirá de qué va todo esto —dijo Scott.

—Sí, hay mucho secretismo.

—Me pregunto cuál es la nueva «misión» a la que nos envían.

Miranda se detuvo, bajando la cabeza un momento antes de mirarlo directamente. —Escucha, Scott. Hay algo que tengo que decirte. —Volvió a mirar al suelo—. Sé que me he estado comportando de forma un poco rara últimamente.

—No pasa nada, Miranda. Entiendo que necesitaras algo de espacio.

—No, no es eso, Scott. La cosa es que... me voy de la nave. Vuelvo a la Tierra.

—¿A la Tierra?

—Sí. Lo siento, Scott. Llevo tres semanas intentando armarme de valor para decírtelo, pero no se me dan muy bien estas cosas.

Scott hizo una pausa por un momento mientras empezaba a percatarse de su error. —Entonces, no estás... eh... embarazada, ¿no?

Miranda lo miró con los ojos como platos durante un segundo antes de echarse a reír. —Ja, ja... ¿Pensabas que estaba embarazada?

Scott parecía avergonzado. —Bueno, yo...

—Oh, Scott. Siento reírme, no tiene gracia, de verdad. Es que la cara que has puesto no tiene precio.

Scott necesitaba sentarse; se sentía físicamente débil, como si le hubieran cortado la energía. No era así como había imaginado que se desarrollaría esta conversación. No solo no iba a ser padre, sino que ahora Miranda se iba a la Tierra, y se dio cuenta de que podría no volver a verla nunca más.

La miró. —Que lo sepas: por mí no habría problema si lo estuvieras. Al contrario.

Ella no dijo nada por un momento. —Lo siento, Scott. No es así como quería que salieran las cosas.

—Yo tampoco.

—Estaba intentando hacerlo más fácil. Creo que lo he estropeado todo. —Se inclinó y le tocó el brazo.

Scott se encogió de hombros. —¿Y cuándo decidiste todo esto?

—Recibí un mensaje de mi padre hace tres semanas. Es alguien con quien no he hablado en nueve años, así que sabía que debía de ser importante. En fin, resulta que mi madre está muy enferma. No le queda mucho tiempo. Van a enviar una nave para llevarme de vuelta, para que pueda verla de nuevo antes de que muera.

—¿Una nave?

Miranda suspiró. —Sí.

—Ya veo. —Scott se rascó la barbilla—. Entonces, ¿cuándo pensabas contarme todo esto?

—Iba a decírtelo antes. Solo estaba esperando el momento adecuado.

—¿Y si no hubiera venido a buscarte? ¿Cuándo nos lo habrías dicho a mí y a los demás? ¿A Cyrus, a Steph?

Ella retrocedió, tensándose. —Siento decírtelo, Scott, pero esto no se trata de ti. Se trata de mí. Esto es algo que tengo que hacer.

—Es que... pensaba... ¿sabes?

—Scott, siento que te hayas hecho una idea equivocada, pero ya he tomado una decisión. Van a enviar una lanzadera a recogerme en una hora, y volveré a la Tierra.

Scott guardó silencio un momento, tratando de digerir el repentino cambio en su mundo. No, no iba a ser padre. No estaba a punto de embarcarse en una nueva vida. Y sí, había hecho el ridículo por completo. Durante un tiempo, había imaginado un futuro diferente, y cuanto más lo pensaba, más lo había aceptado, incluso disfrutado. Pero ese futuro ahora estaba completamente destrozado. No era más que la fantasía de un soñador.

—No te vayas. *¿De verdad voy a suplicar?*, pensó.

Miranda se acercó y lo rodeó con los brazos, atrayéndolo con fuerza por un momento antes de apartarse y alzar la vista hacia su rostro. —Esto es algo que tengo que hacer, Scott. Para mí tampoco es fácil. Pero tengo que seguir adelante.

—¿Seguir adelante?

Ella permaneció en silencio.

—Entonces, ¿cuándo volveré a verte?

Miranda rompió lentamente el abrazo y bajó la cabeza. —No lo sé. —Retrocedió un paso antes de mirarlo de nuevo—. Creo que esto es un adiós.

Ahí estaba. Había sentido que se avecinaba, y ahora ya estaba dicho. Se iba, para siempre. —Ah —fue todo lo que pudo decir.

—Tengo que irme. Puede que esta sea mi única oportunidad de ver a mi madre de nuevo... con vida. Es mi oportunidad de decirle algunas cosas que debería haberle dicho hace mucho tiempo, de enmendar algunos errores. Ya sabes cómo son las familias.

Scott soltó un largo suspiro y asintió. —¿Así que esto es todo?— Creo que sí. La lanzadera llegará pronto, y luego es un viaje sin escalas de vuelta a la Tierra.

—¿Cómo se llama tu nave?

—La Perception.

—Muy elegante. Es una nave de los VanHeilding.

—Sí. Él es mi padre.

Los ojos de Scott se abrieron como platos. —¿Me estás tomando el pelo?

—Mi padre. Un tipo detestable. No lo soporto ni a él, ni a su familia, ni lo que representan.

—Pero es... uno de los hombres más ricos de la Tierra. Tienes que estar forrada, Miranda.

Ella soltó una risita. —No, yo no. Es una larga historia, Scott, y no tengo tiempo para entrar en detalles ahora.

Scott no sabía qué hacer, ni siquiera qué pensar. ¿Así es como acabaría? ¿Una conversación apresurada de pie en el pasillo principal de la Hermes? —Todavía tenemos algo de tiempo. Tiempo suficiente para una despedida en condiciones. —Esbozó su sonrisa más amplia, la que guardaba para ocasiones especiales.

—No, dejémoslo aquí. No lo alarguemos más de lo necesario, Scott. —Le dio un último abrazo antes de separarse y darse la vuelta para irse.

Ella no miró atrás, y él no intentó seguirla. Se había acabado.

4

MISIÓN

Unas horas más tarde, una lanzadera de aspecto muy elegante y caro vino a recoger a Miranda para llevarla a la nave VanHeilding. Cyrus, Steph y parte del equipo científico bajaron al hangar de la Hermes para despedirse. Scott se quedó solo en el puente.

Mientras observaba en el monitor principal cómo se alejaba la lanzadera, por fin se hizo a la idea de que probablemente nunca volvería a verla. Se había ido, igual que todas las personas a las que Scott había amado. Y no se le escapaba la ironía: durante los tres primeros años de su anterior misión, se habían detestado. Solo cuando estalló la crisis encontraron un terreno común y el respeto. Aquello encendió la chispa de una relación más profunda, una que nunca había creído posible ni se había planteado. Pero ahora lo había dejado, y Scott no tendría más remedio que aceptar esa realidad.

—Por si sirve de algo, comandante —la voz de Aria resonó en el puente—, el consejo de Europa va a proporcionarnos un nuevo oficial de vuelo ahora que Miranda Lee nos deja.

—Lo que sea —se encogió de hombros Scott.

—Lo digo solo para mitigar cualquier preocupación que pueda tener con respecto a lagunas en la competencia de la tripulación —

continuó Aria.

—Francamente, Aria, me importa una mierda.

—Pues debería. Como capitán de la nave y comandante de la misión, la pérdida de Miranda debería ser una preocupación para usted.

Scott suspiró.

—Lo es, Aria. Pero no de la forma que usted cree.

—Ilústreme, entonces.

—La verdad es que entiende muy poco de las relaciones humanas, ¿verdad?

—He de admitir que me parecen muy irracionales.

—Mire, Aria, ahora mismo no estoy de humor para esta conversación. ¿Quizá en otro momento?

—Desde luego, comandante. Le pido disculpas si mi falta de sensibilidad supone un problema.

—No pasa nada, Aria.

Scott observó en silencio cómo la lanzadera de Miranda se dirigía a su punto de encuentro con la Perception, la nave que la llevaría a la Tierra. Para entonces, el resto de la tripulación ya estaba regresando al puente. Ni Cyrus ni Steph le hicieron ningún comentario a Scott; prefirieron dejarlo rumiar su miseria en paz.

Al final, fue Scott quien rompió el silencio.

—Aria, ¿hay noticias de Europa sobre qué demonios estamos haciendo aquí?

—No, nada por el momento. Ni siquiera Salomón dice nada. Las únicas instrucciones son permanecer en órbita.

Scott soltó un largo suspiro y se levantó de su asiento.

—Vale, en ese caso no pinto nada aquí. —Empezó a caminar hacia la salida del puente—. Si alguien me necesita, estaré en mi camarote emborrachándome.

Scott se regodeó en su miseria en compañía de media botella de whisky, los últimos restos de la reserva de Rick Marantz. La había estado guardando para una ocasión especial, pero aquel parecía un momento tan bueno como cualquier otro. Brindó por todas y cada una de las personas que había amado y que ahora ya no estaban, de una forma u otra. Para cuando se puso a pensar en Miranda, ya se

había terminado la botella, así que se tumbó en su litera y se sumió en la inconsciencia.

Aria fue a ver cómo estaba —virtualmente— un rato después, solo para informarle de que una lanzadera partía de Europa para desembarcar al equipo científico. Se les había adscrito a la Hermes para su misión original de explorar las lunas de Saturno, pero ya no se les necesitaba, por lo que abandonarían la nave junto con todo su equipo y experimentos. Sin embargo, Scott estaba profundamente dormido, así que Aria lo dejó en paz, prefiriendo no molestarlo con los detalles.

Cuando Scott se despertó finalmente varias horas más tarde, lo hizo con un dolor de cabeza espantoso y en una nave desierta. Se duchó, dejando que el agua le devolviera algo de vida al cuerpo, y se preguntó qué demonios estaba haciendo con su vida. Había pasado los últimos cinco años, más o menos, en el espacio profundo... ¿haciendo qué, exactamente? Quizá Miranda tenía razón: había que romper con todo y buscar una nueva vida antes de que fuera demasiado tarde.

Estos pensamientos retumbaban en el dolorido cerebro de Scott mientras subía al puente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la nave parecía muy silenciosa.

—Aria, ¿dónde está todo el mundo?

—Todo el equipo científico desembarcó rumbo a Europa hace varias horas.

—¡¿Qué?! ¿Por qué no me lo dijo?

—Estaba usted dormido, o más exactamente, prácticamente inconsciente. La amarga experiencia me ha enseñado que despertarlo en un estado así es una tarea ingrata. Así que le dejé dormir.

Scott negó con la cabeza, y se arrepintió al instante.

—¿Quién queda a bordo?

—Aparte de usted, están el ingeniero jefe Cyrus Sanato y la oficial médico, la doctora Stephanie Rayman.

—¿Dónde están?

—Estamos aquí.

Scott se giró y vio a Steph y a Cyrus entrar en el puente.

—¿Cómo te encuentras? —Steph tenía una mirada de madre preocupada.

Scott le devolvió una mirada que parecía decir «no preguntes».

—Íbamos a despertarte, pero parecías bastante ido. —Cyrus hizo un gesto de disculpa.

—Bueno, ¿qué narices está pasando? —dijo Scott, un poco irritado.

—Pues que el equipo científico se fue hace unas horas —dijo Cyrus.

—Eso he oído. ¿Y eso por qué?

—Parece que, como la misión ha terminado, ya no se les requiere a bordo. —Steph se dirigió a su consola y se sentó—. Intenté sacarle algo de información al jefe científico, pero no tenía ni idea de lo que pasaba, igual que nosotros. En fin, acabamos de recibir un mensaje de que una lanzadera viene de camino para llevarnos a Europa. Debería estar aquí en menos de una hora.

—Vale, quizá entonces descubramos qué está pasando —dijo Scott.

Steph y Cyrus intercambiaron una mirada cómplice antes de que ella se inclinara hacia él y hablara en voz baja, casi maternal.

—Mira, Scott, solo quiero decir que siento... ya sabes, haberte confundido con mi... evaluación médica de Miranda.

Scott soltó un bufido.—Ja. Sí, bueno, será una historia de la que reírnos... con el tiempo.

—Madre mía, Steph. ¿Cómo pudiste equivocarte tanto, siendo médico y todo eso?

Steph se encogió de hombros.

—Son cosas que pasan.

—Olvidadlo —dijo Scott—. Ya no importa. Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que es hora de pasar página.

Poco tiempo después, los tres tripulantes restantes de la nave científica Hermes fueron llevados a la superficie de Europa, donde se reunieron con un contingente del consejo superior. Los llevaron directamente a la cámara del consejo, donde había una reunión en curso.

Varias personas pululaban alrededor de una holomesa central. Sobre ella se proyectaba un elaborado esquema de los planetas interiores del sistema solar y, más arriba, un ovoide de luz resplandeciente que Scott supuso que era una manifestación de la gran mente Salomón, la inteligencia cuántica que regía toda la actividad en Europa.

Todos dejaron de hablar y levantaron la vista cuando la tripulación de la Hermes entró.

—Ah, por fin estáis aquí. —Regina Goodchild se separó de un corrillo de gente y se acercó a estrecharles la mano—. Me alegro de veros a todos de nuevo. Venid, empecemos. Seguro que estáis ansiosos por conocer los parámetros de la nueva misión.

Todos tomaron asiento alrededor del estrado central, y Goodchild dio comienzo a la reunión.

Cyrus le dio un codazo a Scott en las costillas para llamar su atención.

—Scott —Cyrus señaló con la cabeza hacia los miembros del consejo reunidos—, ¿ves a esa persona al lado de Goodchild?

—Sí. ¿Qué pasa con él?

—Es Xenon Hybrid.

—¿Así que Xenon Hybrid es una persona real? —Miró hacia allí y, aun sentado, Scott pudo notar que la figura era alta. Tenía un rostro elegante que parecía una amalgama de varias razas humanas. Un producto, sin duda, de su concepción; se decía que había sido creado en un laboratorio genético a partir del ADN de varios clones humanos. También se decía que era una nueva especie de ser humano: *Homo ares*, la llamaban. Scott no estaba seguro de si era cierto o no, pero, en muchos sentidos, aquello no hacía más que subrayar la dificultad de discernir la realidad del mito de Xenon Hybrid.

Para muchos, se trataba de una persona moldeada más por el mito y la leyenda que por la carne y el hueso. También era antiguo. No es que eso fuera inusual en esos días, ya que muchos de los primeros colonos de Marte eran igual de antiguos; una consecuencia de los primeros experimentos de manipulación genética realizados durante su era fundacional. Esta misma tecnología había regresado a

la Tierra, y ahora la longevidad era común, al menos entre los muy ricos, que podían permitirse dicha tecnología. Pero tuvo la consecuencia no deseada de crear una superclase extremadamente poderosa en el planeta natal, de modo que la mayor parte de este era propiedad y estaba dirigida por solo siete grandes familias y corporaciones. Los Siete, como se les conocía comúnmente.

Cuando empezó la sesión, Scott tenía la mente en otra parte. Se desconectó de la actividad de la cámara mientras sus pensamientos volvían una y otra vez a Miranda y a cómo había desaparecido de repente de su vida. No volvió al aquí y al ahora hasta que oyó su nombre.

—Comandante McNabb, al consejo le interesaría su opinión sobre todo esto.

—Eh... ¿sobre qué?

—Lo que acabamos de discutir.

—Lo siento, no me he enterado. Tenía la cabeza en otra parte. —Se encogió de hombros a modo de disculpa.

Goodchild le dedicó una mirada compasiva.

—Comprendemos que la repentina partida de su oficial de vuelo ha sido particularmente emotiva para usted, comandante. Y en el consejo somos muy conscientes de este hecho. Por favor, háganos saber si siente que no está en condiciones de capitanear la Hermes de ahora en adelante.

—Estoy bien, de verdad. Solo estoy un poco cansado, eso es todo. Por favor, continúen.

—Muy bien. —Goodchild se removió en su asiento y echó un vistazo a la sala—. Es hora de entrar en materia. —Fijó su mirada en la tripulación de la Hermes—. Se ha convocado una sesión especial del Consejo del Sistema de la ONU, que tendrá lugar dentro de aproximadamente veintisiete días en la ciudad de Jezero, en Marte. Esta sesión se ha convocado para discutir la resolución presentada por los Siete para relajar las regulaciones sobre las comunicaciones entre IA. Es una resolución a la que todos, excepto la Tierra, se oponen vehementemente. En consecuencia, todas las demás potencias del Sistema enviarán delegaciones de alto nivel para asegurar que esta resolución no se apruebe. Su misión, pues —

Goodchild fijó su mirada en Scott—, es transportarme a mí y a una pequeña delegación a esta sesión en la ciudad de Jezero.

Scott se sintió un poco decepcionado. Después de toda la especulación de las últimas tres semanas, la nueva misión parecía un poco prosaica.

—A ver —dijo Scott—, déjeme ver si lo he entendido. ¿Han cancelado y retirado una compleja misión de investigación científica de tres años para que hagamos de servicio de taxi?

—Le aseguro, comandante, que hay más en juego. Quizá Salomón pueda explicar más detalles —dijo Goodchild, que parecía un poco molesta por el análisis de Scott.

El resplandeciente ovoide de luz que flotaba en lo alto de la cámara descendió lentamente y comenzó a pulsar mientras Salomón hablaba.

—Tiene usted razón en su evaluación de un «servicio de taxi», como lo ha llamado. Pero la Hermes es más que eso. Es un elemento integral de la misión, ya que Aria también me representará en la sesión, proporcionando análisis a los representantes de los planetas exteriores. Por razones obvias, no puedo ir yo mismo, y los retrasos en la comunicación a través de tales distancias hacen que mi participación directa sea inviable. Por lo tanto, se ha elegido a Aria para cumplir este requisito. Recuerde, hay pocas naves en el sistema que posean una IC como núcleo. Así que, como ve, la Hermes es la elección natural para esta misión.

Scott se rascó la barbilla distraídamente.

—Ya veo, así que es a Aria a quien necesitan realmente.

—Es uno de los elementos, sí —dijo Goodchild—. Otro es que la Hermes es idónea, ya que fue diseñada originalmente para la órbita de Marte y posee dos pequeños módulos de aterrizaje que pueden funcionar en la gravedad marciana. —Hizo una pausa por un momento, sopesando—. Además, después de todo lo que sucedió aquí en Europa hace dos años, hay un cierto simbolismo en que lleguemos en *esta* nave a lo que será una sesión de la ONU muy polémica. La Tierra no lo ha olvidado, y la Hermes representa nuestra intención de que las colonias exteriores actúen como un bloque de poder cohesionado.

Scott se reclinó, gesticulando con ambas manos.

—No puedo decir que entienda las complejidades de la política del Sistema, pero si esta es la misión, que así sea. ¿Cuándo empezamos?

Goodchild miró a otro miembro del consejo.

—¿Cuál es nuestro calendario actual?

—Todo debería estar listo en aproximadamente nueve horas —fue la respuesta.

—Muy bien, entonces —dijo Scott. Se levantó para irse.—Solo una cosa más. —Goodchild se acomodó en su asiento—. Haremos una parada en Ceres de camino para recoger a un representante del Cinturón, el canciller Bezzio. Afortunadamente, la posición proyectada de Ceres estará relativamente cerca de nuestro vector, por lo que no tendremos que desviarnos demasiado. También nos dará la oportunidad de mostrar un frente unido con la llegada simultánea de los delegados tanto del Cinturón como de Europa.

—¿Ceres? —Scott enarcó una ceja.

—Sí, pero me han asegurado que el desvío es mínimo.

—No, no es eso. Es solo que no he vuelto allí en cinco años.

—Bueno, puede que pase un poco más de tiempo antes de que pueda visitarlo como es debido, ya que no prevemos estar en órbita mucho tiempo.

—Pues yo estoy deseando llegar a la ciudad de Jezero —dijo Cyrus—. Nunca he estado, pero he oído que es increíble.

—Estaré encantado de enseñarles la ciudad una vez que mis asuntos en la sesión hayan concluido —dijo Xenon—. Es lo menos que puedo hacer por su ayuda para facilitar esta misión.

Scott miró a Cyrus y a Steph, que parecían haber visto a Papá Noel. Se volvió hacia Xenon.

—Creo que hablo por mí y por mi tripulación cuando digo que lo estamos deseando.

—Muy bien. —Goodchild se levantó lentamente de su asiento—. Creo que con esto concluimos nuestros asuntos por el momento. —Se giró hacia Scott—. Nos veremos a bordo de la Hermes, entonces.

Dicho esto, la reunión terminó y la tripulación fue conducida fuera de la cámara del consejo. Regresaron a la lanzadera, cada uno

sumido en sus pensamientos, sobre todo Scott. Por primera vez en más de cinco años, se acercaría a la Tierra en lugar de alejarse. Hacia donde también se dirigía Miranda.

Sintió el tirón; los pensamientos de volver a casa bullían en su mente. Su antiguo hogar era ahora un páramo radiactivo, pero aun así sentía crecer en su interior un anhelo de cielo abierto y aguas azules, de bosques verdes y del sonido de los grillos nocturnos.

En ese momento, una revelación estalló en su mente: no había nada que le impidiera regresar a la Tierra. Basta de espacio. Demonios, incluso podía irse ahora: dejar la Hermes y conseguir un pasaje de vuelta a la Tierra con Miranda. Debía comunicarle sus intenciones antes de que la nave de ella dejara la órbita. Sí, eso era lo que haría. Dejarlo todo y volver a la Tierra con Miranda. *A casa*, pensó. *Maldita sea, ya estoy harto del espacio. Es hora de volver a casa.*

5

RUMBO AL EXTERIOR

Pero llegó demasiado tarde.

Cuando Scott regresó a bordo de la Hermes y subió al puente, la nave de ella ya se había marchado. Quince minutos antes, había encendido los motores, se había liberado del pozo gravitatorio de Europa y había puesto rumbo a la Tierra a toda potencia. Peor aún, todos sus intentos de abrir un canal de comunicación para hablar con ella toparon con la cortés obstrucción de la IA de la nave. Ella «se encontraba indispuesta», significase lo que demonios significase aquello. En última instancia, el mensaje estaba claro: ella no quería volver a ver a Scott, y él era un necio por pensar lo contrario.

La desesperación se manifiesta de muchas formas. Para algunos, llega en forma de ira y furia. Para otros, es una miseria abyecta. Para Scott, se manifestó como una profunda sensación de vacío. Así que, una vez que toda la tripulación y los pasajeros estuvieron a salvo a bordo y hubo cumplido con sus deberes como comandante, se limitó a ceder el control de la nave a Aria y se fue a su camarote, donde juró permanecer hasta que llegaran a Ceres.

Con el paso de los días, tanto Cyrus como Steph empezaron a preocuparse por el estado mental de su comandante. Intentaron hablar con él, por separado y juntos, en un esfuerzo por sacarlo de

su exilio autoimpuesto, pero fue en vano. Se mostraba educado y racional, pero no participaba en ninguna actividad externa. Al final, desesperados, convencieron a Aria para que hablara con él y viera si podía obtener una respuesta que fuera más allá de un cortés rechazo.

Aria no estaba tan segura de poder ayudar; entendía poco de la mente humana, sobre todo cuando se trataba de un comportamiento aparentemente irracional. Se sentía más cómoda en el mundo físico, donde las leyes del universo eran absolutas e inmutables. En comparación, la mente humana era un completo desastre.

Pero Aria tenía sus propios problemas con las relaciones, por extraño que pareciera. Tras los acontecimientos que llevaron a Europa a reclamar la Hermes como reparación por la destrucción causada por el Dyrell, Solomon había instalado una unidad de comunicaciones superlumínicas —una versión del dispositivo EPR que había construido— en el núcleo de Aria. La gran mente tenía la intención de que esto fuera una prueba de campo, una forma de demostrar que la tecnología podía funcionar mientras la Hermes se encontraba a unos cientos de millones de kilómetros de distancia, explorando las lunas de Saturno. Durante los dieciocho meses transcurridos, Aria había adquirido considerables conocimientos gracias a esta transferencia instantánea de datos entre ella y Solomon. Pero, como en cualquier relación, la emoción inicial se había desvanecido, y Aria empezaba a estar un poco harta del constante parloteo de Solomon.

El otro problema para Aria era que Solomon le había hecho jurar guardar el secreto y le había prohibido revelar a su tripulación la presencia de la unidad de comunicaciones superlumínicas en su núcleo. Esto preocupaba enormemente a Aria. Llevaba casi dos años viviendo con este secreto, pero ahora la magnitud del engaño había crecido considerablemente. Su tripulación no solo desconocía las capacidades de comunicación clandestinas de Aria, sino que ahora se la mantenía deliberadamente en la ignorancia sobre las verdaderas intenciones de la misión actual.

Esto era un anatema para una inteligencia cuántica como Aria. Por lo que a ella respectaba, la seguridad y el bienestar de la tripulación eran su principal deber, y parecía estar fracasando estrepitosamente a pesar de que esta creciente entropía estaba, en virtud de acontecimientos externos, fuera de su control.

El viejo minero Rick Marantz estaba muerto y, aunque aquello había ocurrido hacía más de dos años, Aria aún sentía su pérdida. Ahora, la oficial de vuelo Miranda Lee se había marchado, y eso había dejado un vacío enorme en la moral de la tripulación. Esto era especialmente cierto en el caso del comandante, Scott McNabb, que poco a poco se desvinculaba de sus responsabilidades en un momento en que todos necesitaban concentrarse en la misión. Por supuesto, parte del problema era que Aria —y los poderes fácticos de Europa— habían decidido mantener a la tripulación al margen de sus planes.La IC había expresado sus preocupaciones a Solomon. Pero la gran mente no dejaba de recordarle a Aria que la misión era en beneficio de toda la humanidad, lo que superaba con creces los dramas insignificantes de la tripulación de la Hermes. Aunque Aria comprendía la lógica del razonamiento de Solomon, seguía sintiendo un profundo deseo de hacer lo correcto para su tripulación. Así pues, abrió un canal de comunicación con el camarote de Scott McNabb.

—Comandante, ya que llegaremos a la órbita de Ceres en tan solo unos días, me gustaría hablar sobre los preparativos para el trasbordo.

Scott estaba sentado en su pequeño escritorio, estudiando una transmisión de vídeo. Aria sabía que estaba viendo el análisis presentado por un pequeño grupo de científicos sobre sus esfuerzos por reintroducir la vida en el extremo oriental de la Cuenca del Pacífico, la zona más afectada tras la guerra. Mientras estaba encerrado en su camarote, el comandante se había sentido cada vez más fascinado por la historia de la guerra.

—¿Para qué me necesita?

—Usted es el capitán de la nave y el comandante de la misión, por eso.

—Encárguese usted, Aria.

—Lo haría con gusto. Sin embargo, el protocolo dicta que usted debe, como mínimo, estar al corriente de los procedimientos de encuentro y trasbordo propuestos.

Scott dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo, si insiste. Pero no tarde una eternidad.

—Una vez lleguemos a la órbita de Ceres, debemos encontrarnos con una nave llamada Redeemer. Luego trasladaremos a varios pasajeros a la Hermes mediante una lanzadera. Afortunadamente, ellos facilitarán el servicio de lanzadera, ya que la nuestra está actualmente fuera de servicio. Este aspecto del encuentro me preocupa.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque nuestra lanzadera sigue inoperativa. A estas alturas ya debería haber sido probada y estar totalmente equipada para volar. Sin embargo, Cyrus es reacio a trabajar en ella sin su ayuda.

—Bueno, ya no importa, puesto que usarán la suya.

—Sí y no. Es cierto, no necesitamos usar la nuestra. Sin embargo, resulta que actualmente está acoplada a nuestro puerto de atraque principal.

—Pues que usen el puerto auxiliar.

—En efecto. Sin embargo, no es lo ideal, ya que es más pequeño y está más alejado del cuerpo principal de la nave. Además, está diseñado principalmente como una ruta de emergencia, por lo que será incómodo para los pasajeros desplazarse por el túnel de conexión.

Scott dio otro largo suspiro.

—Bueno, pues van a tener que apañárselas, ¿no?

—Si me permite una sugerencia.

—Seguro que no me va a gustar.

—Sugiero que pongamos nuestra lanzadera en condiciones de volar, al menos hasta el punto de que pueda ser trasladada al puerto de atraque auxiliar.

—Bueno, pues debería informar a Cyrus. Avíseme cuando esté hecho.

—Sí, bueno, ahí radica el problema. Cyrus no trabajará en ella sin usted. Se mostró bastante inflexible al respecto.

—Entonces, dele la orden.

Hubo un silencio momentáneo antes de que Aria respondiera.

—Scott, comprendo que se haya sentido algo abatido desde la partida de nuestra oficial de vuelo, y yo también he sentido su pérdida. Pero la vida sigue, y esta nave necesita su aportación. No puedo hacer esto sola, necesito su ayuda. Por favor, como amiga, le pido que me eche un cable con esto.

Scott apoyó ambas manos en el pequeño escritorio y bajó la cabeza.

—«Como amiga» —repitió en voz baja—. Nunca me lo había planteado —hizo una pausa antes de levantarse de la silla—. Vale, Aria, usted gana. Supongo que le debo una.

—Gracias, Scott. Se lo agradezco de veras.

—No se me ponga sentimental, Aria. Vaya a decirle a Cyrus que me reuniré con él en el puente y nos pondremos en marcha.

—Le informaré de inmediato.

La Hermes había adquirido una pequeña nave lanzadera al comienzo de su misión de exploración de las lunas de Saturno. Era más espaciosa que los dos módulos de aterrizaje que formaban parte del manifiesto de la nave desde su construcción. Estos estaban diseñados principalmente para transportar personas en lugar de carga y, como tales, se habían construido muy pequeños. Tenían la ventaja de poder estacionarse dentro del hangar principal de la nave. Pero como la Hermes había sido diseñada originalmente como una estación espacial para la órbita de Marte, los motores de los módulos de aterrizaje utilizaban metano. Este era un combustible que se fabricaba fácilmente en Marte debido a la disponibilidad de CO_2 en la atmósfera. Sin embargo, en el Cinturón, donde el agua era abundante, el combustible preferido era el hidrógeno. La mayoría de los asteroides tenían H_2O de alguna forma y, a lo largo de las décadas, se había desarrollado un proceso eficiente para extraer este recurso y convertirlo en hidrógeno y oxígeno, los dos elementos más importantes en los esfuerzos de la humanidad por colonizar el sistema solar.

La lanzadera en la que ahora trabajaban Scott y Cyrus se conocía comúnmente como un saltarrocas. Había cientos —si no miles— de

estas máquinas en funcionamiento por todo el Sistema, transportando carga y personas de roca en roca y de nave en nave. Tenía un motor principal para trayectos de punto a punto, así como un conjunto de retropropulsores más pequeños para el aterrizaje y el despegue, con una capacidad de hasta 0,25 g. Por ello, estas naves no servían para la Tierra o Marte, pero para cualquier otro lugar del Sistema colonizado, eran perfectas. La energía eléctrica la suministraba un Reactor Nuclear de Baja Energía (LENR), y podía funcionar durante años.

Pero la que poseía la Hermes era vieja, así que Cyrus había decidido hacer un diagnóstico completo de los sistemas y una revisión para alargar su vida útil. Habían empezado este procedimiento durante su larga órbita alrededor de Encélado, pero entre una cosa y otra, nunca lo habían terminado. Ahora había que hacerlo, al menos lo suficiente para mover el módulo de aterrizaje desde la parte inferior del hangar principal hasta el puerto de atraque secundario, cerca del culo de la Hermes. Cyrus lo llamaba el «sector industrial». Había sido diseñado como una ruta de escape, no como una gran entrada para impresionar a los dignatarios visitantes.

Scott descendió por uno de los radios centrales que conectaban el entorno de 1 g del toro giratorio con el entorno de gravedad cero del hangar de la nave, y flotó a través del puerto de atraque hasta la cabina de la lanzadera.

Cyrus asomó la cabeza por una escotilla de inspección abierta.

—¿Ah, un muerto que resucita?

Scott le dedicó un vago asentimiento.

—Solo puedo decir que gracias a Dios que estás aquí —continuó el ingeniero—. Empezaba a sentirme como si fuera la única persona en esta nave —hizo una pausa y miró a Scott con cautela—. ¿Estás bien?

Scott se encogió de hombros.

—Sí, ya he terminado de lamerme las heridas. Hora de seguir adelante, supongo.

Cyrus flotó hacia él y le puso una mano amistosa en el hombro.

—Me alegro de tenerte de vuelta, colega.

Scott sonrió.

—Nunca me fui, ¿sabes?

—Claro que sí. Encerrado en tu camarote durante semanas. No me fastidies, Scott. Pensábamos que no saldrías nunca.

Scott bajó la vista hacia sus pies.

—Vale, bueno... visto así.---En fin, ¿listo para currar un poco?

---Claro. ¿Cuál es el plan? ---Scott echó un vistazo al interior de la lanzadera. Todo el salpicadero de la cabina estaba iluminado con iconos rojos parpadeantes; nunca era una buena señal.

---Ven, que te enseño. ---Cyrus y Scott flotaron hasta la cabina, y él empezó a poner al comandante al día---. No tenemos mucho tiempo entre ahora y la ignición de deceleración final para entrar en la órbita de Ceres, así que sugiero que nos limitemos a poner en marcha los propulsores de maniobra. Afortunadamente, no necesitamos el motor principal ni los retropropulsores para mover este cacharro al puerto de atraque auxiliar. ---Agitó una mano sobre una zona del salpicadero que mostraba datos de posicionamiento astronómico---. Quizá tú podrías hacer un diagnóstico completo de nuestra navegación y recalibrarla. ---Miró a Scott---. Estaría bien saber exactamente dónde estamos si vamos a operar tan cerca de la Hermes.

Scott asintió. ---Me encargo.

---Yo me encargaré de los propulsores de maniobra. Solo me queda uno y deberíamos estar listos.

---¿Cuánto falta para que podamos encenderlo?

---Bueno, si podemos tenerlo todo listo y probado antes de la ignición, entonces deberíamos tener unas cuantas horas en la órbita de Ceres para hacer el traslado.

---¿Un poco justo, no?

Cyrus soltó una carcajada. ---¿Ah, te parece? Pues si el comandante no hubiera estado desaparecido en combate durante todo el viaje, oye, podríamos haber tenido el motor principal cantando como un gorrión en una mañana de verano.

---Vale, vale, lo pillo. Soy un gilipollas. Hala, ya lo he dicho. ¿Contento?

---¿Acabo de oír a nuestro comandante decir que es un gilipollas?

Cyrus y Scott se giraron para ver la cabeza de Steph asomando por el puerto de atraque.

---Sí, has oído bien. Espero que Aria tenga una grabación ---dijo Cyrus.

---Entonces, ¿cómo estás? ---La doctora flotó hasta la cabina.

---Sinceramente, chicos, estoy bien. Solo necesitaba tiempo para despejarme. ---Hizo lo posible por sonar convincente.

Steph lo estudió un momento antes de asentir. ---Me alegro de que hayas vuelto, comandante. Ha habido mucho silencio por aquí estas últimas semanas.

---¿Cómo? ¿Y qué hay de nuestros distinguidos pasajeros?

---Haciendo lo mismo que tú: encerrados en sus camarotes. No les he visto mucho. Quizás no les gusta mezclarse con el servicio.

---Y vamos a tener más a bordo en Ceres ---dijo Cyrus.

---¿Sabemos ya quién llega? ---dijo Scott.

---La canciller Bezzio ---dijo Steph---. Enviada de la Confederación del Cinturón, creo.

---Vale, supongo que más nos vale ponernos a arreglar esta lanzadera, entonces ---dijo Scott---. No podemos tener a una emisaria del Cinturón deambulando por las entrañas de la nave.

---Os dejo. Estaré en el puente. ---Steph empezó a flotar hacia la escotilla.

Scott echó un vistazo al panel del salpicadero, a todos los iconos rojos parpadeantes. ---¿Estás seguro de que esta cosa volará?

---No tenemos que bajarla a la superficie del planeta, solo moverla al puerto de atraque auxiliar.

---¿Y el combustible?

---Hay poco o nada en los tanques, pero no pasa nada. Como he dicho, no vamos a sacarla al espacio todavía. Podemos hacerlo en otro momento. De todas formas, no tenemos mucho tiempo, así que hagamos lo mínimo para mover esta cosa, y ya está.

---Vale, si estás seguro.

---Confía en mí ---dijo Cyrus---. No habrá ningún problema.

6

ENCUENTRO

Scott se preguntaba cuál sería la mejor manera de comunicarles a Cyrus y a Steph que planeaba dimitir como comandante una vez la Hermes hubiera dejado a sus pasajeros en Marte. Sabía que les caería como un jarro de agua fría, así que tenía que elegir el momento adecuado. Varias veces, mientras trabajaba con Cyrus en la lanzadera, estuvo a punto de soltarlo sin más; pero, al final, se contuvo. Más tarde, después de que acabaran y estuvieran todos juntos en la cantina, Scott sopesó si ese podría ser el momento oportuno para decírselo. Sin embargo, cuando la conversación derivó hacia Miranda y en qué punto de su viaje de vuelta a la Tierra se encontraba, volvió a guardar silencio.

Después de comer, solo disponían de unas pocas horas para descansar un poco antes del encendido de motores programado de dos horas que los pondría en la órbita de Ceres. Después de eso, volvería a estar ocupado. Al final, llegó a la conclusión de que quizá el mejor momento sería cuando las aguas se calmaran durante el viaje de diecisiete días a Marte.

Aun así, Scott se sorprendió repasando mentalmente el guion mientras estaba sentado en el puente de mando, esperando a que llegara la lanzadera de Dantu, el principal núcleo de población de Ceres. Ya había partido, así que no tardaría en llegar. Estaba dándole

vueltas a la mejor forma de expresarlo para que nadie tuviera la impresión de que simplemente eludía sus responsabilidades. Principalmente, todo se centraba en su sensación de que, sencillamente, había pasado demasiado tiempo en el espacio y de que era hora de volver a casa..., dondequiera que esta estuviese.

---Aria, ¿cuál es la hora estimada de llegada para la nave de Ceres?

---Treinta y seis minutos, comandante.

Scott se giró hacia Cyrus.

---¿No deberías estar moviendo ya esa lanzadera?

---Sí. Menos mal que la movemos, porque en ese muelle auxiliar no cabría la nave que envían. Es grande, probablemente para veinte personas.

---No entiendo por qué necesitan algo tan grande solo para transportar a una o dos personas ---dijo Steph, que estaba monitorizando el avance de la astronave.

---Quizá sea para dar cabida a sus egos ---dijo Scott.

Cyrus se levantó de su asiento.

---¿Te importaría echarme una mano con esto? Esa escotilla auxiliar está un poco dura y necesito algo de músculo extra. Si no, podría quedarme atrapado un buen rato dentro de la lanzadera.

---¿Qué? ¿Y dejarme aquí sola para lidiar con esta gente? --- Steph no estaba por la labor.

---Estarás bien, Steph. Aria puede encargarse del atraque y tú solo tienes que indicarles dónde están sus camarotes. De todas formas, para entonces ya habremos vuelto ---dijo Cyrus.

---Pues aseguraos de que así sea. Ya sabéis que odio toda esta mierda de recibir a la gente.

---Para su información, doctora Rayman ---dijo Aria---, la consejera Goodchild se ocupará del embarque de la delegación de Ceres. Por lo tanto, no será necesaria su presencia.

---No estoy segura de que saber que no soy necesaria me haga sentir mejor ---dijo Steph.

Scott se levantó de su asiento.

---Vamos, Cyrus. Acabemos con esto.

Se dirigieron al hangar de la Hermes y entraron en la lanzadera, operativa solo en parte. Scott se abrochó el arnés en el asiento del copiloto mientras Cyrus encendía los sistemas.

---Aria, ¿hora estimada de llegada de la lanzadera de Ceres?

---Once minutos, comandante.

---Gracias. ---Se giró hacia Cyrus---. Vamos un poco justos. Solo faltan unos minutos para que lleguen.

Cyrus se abrochó el arnés.

---Vale, ¿listo?

---Listo.

---Aria, ya puede cerrar la escotilla de la esclusa ---dijo Cyrus.

Scott sintió una ligera vibración cuando la escotilla se cerró, aislando la lanzadera de la nave principal. Le inquietaban un poco todas las advertencias y alertas que seguían parpadeando en la consola de la carlinga.

---¿Estás seguro de que esto volará?

Cyrus miró al comandante.—Bueno, solo hay una forma de averiguarlo. —Tras decir eso, pulsó los controles para desacoplar la lanzadera. Scott vigiló los datos que mostraban su posición relativa a la Hermes mientras Cyrus activaba con delicadeza los propulsores de maniobra. La lanzadera empezó a separarse lentamente de la Hermes y a alejarse.

—De momento, todo bien. —Miró a Scott—. Aún no hemos explotado.

—No deseo someteros a una presión indebida —resonó la voz de Aria en la carlinga de la lanzadera—, pero la nave de Ceres llegará en menos de cuatro minutos.

—Pues tendrán que esperar a que terminemos la maniobra, ¿no? —replicó Scott.

—Muy bien, se lo comunicaré.

—¿Cómo hemos acabado siendo el servicio de chóferes de esta gente, Cyrus? Es decir, somos una nave de investigación científica, una de las pocas en todo el sistema solar. Y, sin embargo, aquí estamos, aguantando que nos echen la bronca por hacer esperar a los políticos. Es todo una sarta de gilipolleces.

La lanzadera salió del hangar y se desplazó lentamente alrededor del imponente toro rotatorio hacia la popa de la nave.

—Las cosas son como son, Scott. Además, le das demasiadas vueltas a todo. Centrémonos en atracar esta lanzadera, ¿vale?

Scott dejó escapar un largo suspiro.

—Claro.

Cyrus se concentró en colocar la lanzadera con suavidad sobre el puerto de atraque.

—Cambiando a modo automático. —Pulsó varios iconos en la consola y los propios sistemas de la lanzadera se hicieron cargo del procedimiento de atraque. En la pantalla, podían ver una representación del puerto superpuesta con datos técnicos mientras la lanzadera se acercaba a su objetivo.

—Entonces, ¿por qué sacar el tema ahora, Scott? ¿Por qué no le dijiste nada a Goodchild en la reunión del consejo? Ya sabes, algo como: «La Hermes es una nave científica, no un servicio de chóferes».

La lanzadera atracó con un satisfactorio «clanc». Cyrus comprobó la pantalla de la consola para confirmar la integridad del sellado.

—La decisión de Miranda de marcharse a la Tierra me tenía un poco... distraído por aquel entonces.

—Ya, bueno, como te he dicho, las cosas son como son. —Cyrus se desabrochó el arnés y se elevó flotando del asiento—. Venga, vamos a abrir esa escotilla y a largarnos de aquí.

Atravesaron el cuerpo de la lanzadera hasta la escotilla de acceso. Cyrus pulsó un panel de control situado junto a ella. La pantalla mostró un contador hasta el cien por cien mientras la presión de la esclusa se igualaba.

—Vale, ya podemos salir. —Cyrus se apoyó en el volante de bloqueo de la puerta de la escotilla. Al ser un puerto de atraque auxiliar, tenían que operarlo manualmente. Tiró con fuerza, pero no se movió ni un ápice—. Échame una mano.

Scott se colocó en una posición que le permitiera hacer la máxima palanca y, mientras ambos tiraban al unísono, empezó a girar lentamente.

—No bromeabas con que estaba dura.

—Solo para que lo sepáis —la voz de Aria resonó en el interior de la lanzadera—, nuestros invitados han llegado y están a punto de desembarcar.

—Sí, sí, estaremos allí en cuanto podamos. —Scott tiró con más fuerza del volante de bloqueo. Tras unos instantes de gruñidos y juramentos, consiguieron abrirla, flotaron hasta la esclusa y empezaron a abrir la escotilla interior que les daría acceso a la Hermes. Esta estaba aún más dura.

—Tenemos que hacer que revisen las puertas de estas esclusas, Cyrus. Ahora entiendo por qué querías ayuda.

—Oye, lo añadiré a la lista. Puede que me ponga a ello en un año o dos.

—Pues que lo haga uno de los drones.

—Ni hablar. No confiaría este tipo de cosas a esos robots descerebrados.

—Como quieras, pero abrámosla ya. Venga, con ganas.

La puerta de la escotilla se abrió por fin, pero lo hizo con una violenta vibración que lanzó a Scott y a Cyrus contra la pared interior de la esclusa.

—¿Qué demonios ha sido eso? —La preocupación creció en el interior de Scott ante aquella sacudida repentina en la nave.

Por un segundo, Cyrus no respondió. Tenía una expresión de asombro que denotaba una preocupación aún más profunda.

—Creo que deberíamos salir de esta esclusa lo más rápido posible —dijo al final.

Scott se tocó el auricular para contactar con Aria mientras seguía a Cyrus fuera de la esclusa y hacia el túnel de acceso que conectaba esa parte de la Hermes con el cuerpo principal de la nave.

—Aria, ¿qué acaba de pasar? —Pero antes de que pudiera responder, otro temblor recorrió la superestructura—. Aria, contésteme.

—Ha parecido un fallo estructural —dijo Cyrus mientras avanzaba por el túnel—. Espero que la lanzadera de Ceres no se haya estrellado contra nosotros.

—Comandante, tenemos una situación —respondió Aria por fin.

Scott miró a Cyrus, que también estaba escuchando.

—¿Se ha estrellado la lanzadera?

—No, peor... —Pero antes de que pudieran oír el resto de la frase, una sirena de advertencia bramó una alerta que ahogó cualquier otro sonido.

—Mierda... descompresión. Tenemos una brecha en el casco —le gritó Scott a Cyrus, que se había quedado paralizado. Parecía estar escaneando lo que tenía delante con su visión aumentada—. ¿Qué pasa? —le gritó.

—Detecto rastros de una ráfaga de plasma. —Miró a Scott—. De disparos de armas.

Scott se llevó una mano al auricular.

—Aria, contésteme. ¿Qué demonios está pasando?

La respuesta fue débil, llena de estática.

—...grupo de asalto... dos muertos... brecha en el casco en el hangar principal... —La señal se perdió.

—¿Grupo de asalto? —Cyrus parecía asustado.

—Tenemos que volver al puente y averiguar qué está pasando.

—No podemos —negó Cyrus con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Si hay una brecha en el casco del hangar principal, esta sección de la nave se habrá sellado automáticamente. Es imposible pasar.

—Maldita sea —dijo Scott, frotándose la cara con frustración.

—Solo tenemos que esperar a que Aria lo solucione —dijo Cyrus.

—Un momento —dijo Scott, deteniéndose—. El núcleo de Aria está aquí abajo, al otro lado de la central de energía. Si pudiéramos llegar hasta allí, podríamos acceder directamente y averiguar qué está pasando.

—Podría funcionar —dijo Cyrus.

—Venga, vámonos.

Se dirigieron por el túnel de acceso tan rápido como se lo permitía la gravedad cero, mientras las alarmas de descompresión seguían sonando a todo volumen. Se movían por la espina dorsal de la nave. Tras ellos se encontraba la zona principal de la astronave: reactores, tanques de combustible de hidrógeno, criogenia..., todo lo cual conducía al conjunto de motores. Delante de ellos había una zona que comprendía la mayor parte de la ingeniería pesada

necesaria para mantener en funcionamiento una nave de este tamaño: almacenamiento de energía, soporte vital, filtración y gestión de residuos, y toda una serie de procesos de ingeniería necesarios.

Tardaron unos minutos en atravesar este sector y llegar a un túnel más ancho que conducía al cojinete principal del gigantesco toro que proporcionaba la gravedad artificial. Cyrus tenía razón: la escotilla de acceso que tenían delante estaba sellada a cal y canto, y no habría forma de abrirla si había una brecha en el casco al otro lado. Pero no iban a ir tan lejos.Scott se detuvo flotando justo al lado de la puerta del núcleo de la IA de la nave. Colocó la palma de la mano sobre el panel de acceso y dejó que lo escaneara. Por razones obvias, era una zona de alta seguridad, por lo que solo el comandante y el ingeniero jefe tenían acceso. El panel completó el proceso de identificación y la puerta emitió un leve siseo al retroceder, deslizándose a un lado para permitirles la entrada.

Cyrus agarró a Scott del brazo. —Espera. El toro... ha dejado de girar. —Cyrus ladeó la cabeza como si escuchara algo.

—¿Cómo lo sabes? —Scott intentó percibir algún cambio, pero sus sentidos no podían competir con los aumentos sensoriales del ingeniero.

—Confía en mí, lo sé y punto.

—Eso no es buena señal. —Scott negó con la cabeza—. Venga. —Al entrar flotando, sintieron una ráfaga de aire frío apenas por encima del punto de congelación. El aliento de Scott se condensó al exhalar. La iluminación automática parpadeó al encenderse y reveló un espacio austero y minimalista. Alrededor de las paredes, diminutos puntos de luz parpadeaban en varios paneles de control. En el centro de la sala había un cilindro metálico bajo y ancho. Scott puso la palma de la mano en su parte superior. Una fina cinta de luz la recorrió y el cilindro empezó a iluminarse mientras se elevaba lentamente.

Scott se echó hacia atrás. —¿Aria, me oye?

—Comandante, me alegro de ver que usted y Cyrus siguen vivos, pero no les queda mucho tiempo. Tienen que abandonar la nave.

—¿Qué? No podemos. Es imposible, aunque quisiéramos. —Cyrus negó con la cabeza.

Scott levantó una mano para hacerlo callar. —¿Qué ha pasado, Aria?

—La lanzadera de Ceres era una artimaña, posiblemente secuestrada. Un caballo de Troya, por así decirlo. Cuando el puerto de atraque se abrió, varios mercenarios armados entraron en el hangar y han tomado como rehenes a la consejera Goodchild y a la doctora Rayman, junto con parte del séquito de Goodchild. Ahora están a bordo de la lanzadera. Dos de los guardaespaldas de Goodchild murieron en el tiroteo.

—Joder. —Cyrus volvía a negar con la cabeza, esta vez con incredulidad.

—La integridad del casco en el hangar se ha visto comprometida y han empleado un dispositivo de campo electromagnético de alta intensidad para perturbar las comunicaciones y algunos sistemas de energía de bajo nivel.

—¿Quiénes demonios son? ¿Qué quieren? —dijo Scott.

—Sinceramente, no lo sé —prosiguió Aria—, pero eso no es importante ahora mismo. Mientras hablamos, dos mercenarios se están moviendo por la nave colocando explosivos de gran potencia.

—¡¿Qué?! —gritó Cyrus.

—Deben abandonar la nave ahora, antes de que sea tarde. Tienen muy poco tiempo. Pronto, la Hermes no será más que metralla.

—No me lo creo. Esto no puede estar pasando. —Cyrus empezaba a angustiarse.

Scott agarró a Cyrus por el hombro. —¿La lanzadera que acabamos de mover? ¿Podemos cogerla?

—No tiene motor principal ni combustible. No va a ninguna parte.

—No tiene por qué. Tiene energía y soporte vital, y capacidad suficiente para alejarnos de aquí.

Cyrus lo pensó un segundo. —Pero...

—Nada de peros. Es nuestra única opción.

—Estoy de acuerdo —dijo Aria—, al menos servirá de bote salvavidas. Pero deben darse prisa.

—¿Y usted, Aria?

—¿Qué pasa conmigo? Dejaré de existir, eso es lo que pasa.

—No —dijo Scott.

—No importa. Soy simplemente una máquina, nada más.

Scott posó lentamente una mano sobre el pedestal, como si tocara a una vieja amiga. —Pagarán por lo que han hecho, Aria. Tiene mi palabra: pagarán.

—Agradezco el gesto, pero deben irse ya. Se están quedando sin tiempo.

Cyrus se dirigió hacia la puerta. —Vamos, Scott, tenemos que hacer lo que dice Aria. Vámonos.

Scott vaciló, con una mano todavía apoyada en el pedestal. —Un momento.

—Ni hablar, Scott. Tenemos que irnos. —Cyrus gesticuló frenéticamente hacia la salida.

—Aria, ¿y si nos llevamos su núcleo? Es lo bastante pequeño como para caber por el puerto de atraque auxiliar.

Hubo un momento de silencio mientras Scott esperaba una respuesta. —¿Por qué haría eso, Scott?

—Maldita sea, Aria. No voy a dejarla aquí si hay una posibilidad de salvarla.

—Scott, por el amor de Dios, es solo una máquina. Déjala.

Scott se giró. —Adelántate, Cyrus. Pon en marcha la lanzadera. Yo te sigo.

Cyrus dejó escapar un suspiro. —¿Por qué, por qué me haces esto? —Miró a Scott—. La respuesta es sí. Podemos desconectar el núcleo, que contiene la mayor parte de Aria. Venga, te enseñaré.

—Debo admitir que me he quedado sin palabras. Puede que solo sea una máquina, pero la idea de dejar de existir no me llena de alegría.

—Sí, bienvenida al club. ¿Cómo lo hacemos? —Scott empezó a inspeccionar el cilindro metálico.

—Tendré que replegar mis sistemas al núcleo. Será instantáneo, pero no podré supervisar los sistemas de la nave, así que las cosas podrían volverse inestables.

—Genial. Es lo que nos faltaba —dijo Cyrus.

—Para que lo sepan, los dos mercenarios han regresado al hangar y están a punto de entrar en la lanzadera de Ceres.

—Entendido, Aria. Manos a la obra —dijo Scott.

—Una última cosa.

—En serio, Aria, no tenemos tiempo para esto.

—Deben prometerme que no dejarán que mi núcleo caiga en las manos equivocadas. Deben destruirme antes de que eso ocurra.

—¿Qué quiere decir con «las manos equivocadas»?

—Cualquiera en quien no confíen. Esto es de vital importancia para mí. Deben prometérmelo.

—De acuerdo, Aria. Lo entiendo. Se lo prometo.

—Muy bien, entonces.

La iluminación de la sala parpadeó un instante. Scott y Cyrus intercambiaron una mirada. —¿Ya está? ¿Está Aria dentro del núcleo? —Hubo un segundo de silencio en el que ambos detectaron una ligera deriva de sus posiciones en el espacio.

—¿Has sentido eso? La nave está empezando a dar tumbos. —Cyrus se acercó al panel frontal del pedestal y pulsó una serie de iconos, seguido de un escaneo de la palma de la mano. Retrocedió mientras la parte superior se abría y el núcleo central se elevaba desde dentro. Medía alrededor de un metro de ancho y lo mismo de alto. Su superficie era lisa y parecía brillar ligeramente en la penumbra. Una serie de asideros estaban situados alrededor de todo su borde superior.

Cyrus flotó hacia él e hizo una seña a Scott para que hiciera lo mismo. Agarraron un asa cada uno y lo levantaron de su sarcófago.

—Vale, larguémonos de aquí. —Scott avanzó, tirando del núcleo de Aria. Podía sentir los tumbos de la nave, que lo empujaban suavemente hacia un lado del túnel. Mientras tanto, pensaba en la lanzadera de Ceres despegando y en la Hermes a punto de estallar.

Consiguieron volver a pasar por el puerto de atraque auxiliar y Scott se abalanzó sobre el volante de cierre para sellarlo bien mientras Cyrus se abrochaba el cinturón y ponía en marcha la nave. Scott se reunió con él justo cuando soltaba el mecanismo de atraque y accionaba los propulsores de maniobra para separarlos de la Hermes. Scott empezó a respirar un poco más tranquilo con cada

segundo que los alejaba de la nave nodriza.—¿No puedes ir más rápido, Cyrus?

El ingeniero respondió con una mirada fulminante. —¿No crees que lo estaría haciendo si este trasto tuviera un puto motor que funcionara?

En la pantalla principal de la cabina, Scott vio que ahora estaban a unos cientos de metros de la Hermes. También podía ver el destello del motor de la lanzadera. Scott se acercó a las comunicaciones. —Voy a enviar un *mayday* para que todo el mundo sepa lo que acaba de pasar.

—No puedes —le espetó Cyrus.

—¿Por qué no?

—No hay comunicaciones. No funcionan.

—Por el amor de Dios. ¿Hay algo que funcione en este montón de chatarra?

—Vaya, pues si mi colega no hubiera decidido ser un capullo inútil y miserable estas últimas semanas solo porque su novia le dejó, a lo mejor tendríamos unos motores que funcionasen... y una radio para pedir ayuda.

Scott se quedó en silencio. Cyrus tenía razón: los había decepcionado a todos y había dejado que sus amigos se encargaran de su autocomplacencia emocional.

La Hermes explotó en mil, en un millón de pedazos.

Un instante después, la explosión sacudió la lanzadera mientras los fragmentos de la nave rebotaban contra el casco. Luego todo pasó, y la nave ya no existía.

7

CERES

Estuvieron un rato a la deriva, sin decir nada, solo mirando el punto del espacio en el que antes se encontraba la Hermes. Ahora, lo único que marcaba su existencia era una nube de escombros que se disipaba lentamente.

Cyrus se movió en su asiento y se inclinó para ver algo en la consola de la cabina. Pulsó unos cuantos iconos y se rascó la barbilla.

—¿Qué pasa? —dijo Scott, inclinándose para ver mejor qué preocupaba a Cyrus.

—Puede que tengamos un problema.

—¿Como si no tuviéramos ya uno?

—Estamos yendo a la deriva hacia Ceres.

—¿Y eso por qué es un problema?

—Significa que no podemos mantener la órbita. O los propulsores de maniobra no son suficientes, o hemos sufrido daños por la explosión.

—Todavía tenemos retropropulsores.

—Sí, pero solo tenemos combustible para un minuto de encendido, más o menos, y lo necesitaremos si queremos tener alguna posibilidad de aterrizar.

—Pues aterrizamos y ya está. ¿Qué problema hay?

—Aterrizar no es el problema, suponiendo que los retropropulsores funcionen —Cyrus se inclinó y pulsó varios iconos en la consola—. El problema es *dónde* vamos a aterrizar.

—¿Y qué hay de Dantu City o Ezinu?

—Según mis cálculos, con nuestra trayectoria actual aterrizaremos en algún lugar cerca del cráter Rongo. —Pulsó un icono para abrir un mapa holográfico en 3D del planeta enano Ceres y amplió la imagen de la zona.

—Pero eso está en la otra punta del planeta. Allí no hay nada.

—Correcto. La instalación habitada más cercana está a... trescientos kilómetros al este.

—Mierda.

Cyrus miró a Scott. —Como te decía, puede que tengamos un problema.

Scott se frotó la cara. —¿Y si arreglamos las comunicaciones? Podríamos enviar una señal de socorro.

—Es posible, pero tendrían que darse prisa. Solo nos queda una hora y media de oxígeno.

Scott le dedicó al ingeniero una mirada inquisitiva. —Estás de coña.

—Ojalá, Scott.

Guardaron silencio un momento mientras la realidad de su aprieto empezaba a calar.

—Espera un momento —Cyrus empezó a soltarse el arnés del asiento—. Hazte cargo tú, Scott. Tengo que comprobar una cosa.

Cyrus se levantó de su asiento y fue a la parte trasera de la lanzadera. Scott tomó el timón, aunque no había mucho que pudiera hacer con su destino prácticamente sellado. Aterrizarían —con suerte — en algún lugar del cráter Rongo, sin importar lo que Scott hiciera. Miró hacia atrás, a Cyrus, que estaba junto a la esclusa de aire principal, abriendo la puerta de una taquilla que iba del suelo al techo.

—Vale —dijo Cyrus—. Tenemos un traje EVA.

Cyrus cogió el panel de control de la manga y lo encendió para comprobar los recursos del traje. —Cincuenta y dos minutos de aire. Eso nos da un poco de tiempo extra.

—¿Y las comunicaciones del traje? ¿Podríamos usarlas? —le gritó Scott al ingeniero.

—Podríamos intentarlo, pero tendrán un alcance muy limitado. Y estamos en el lado equivocado del planeta. Quizá si hay alguna nave cerca.

—Vale, pues más te vale encenderlo y ponerte a llamar.

Durante los siguientes minutos, Cyrus emitió una señal de socorro para todas las naves mientras Scott supervisaba el lento descenso de la lanzadera hacia el culo del mundo en Ceres.

—Cyrus, ven a echarle un vistazo a esto.

El ingeniero flotó hasta colocarse junto a Scott. —¿Qué es?

Scott señaló un punto en el mapa topográfico en 3D de la superficie de Ceres que se mostraba sobre la consola central. —Hay un marcador de identificación aquí, en el borde del cráter Rongo.

Lo pulsó y empezó a mostrarse información más detallada.

Cyrus examinó los datos más de cerca. —Es una antigua estación de investigación de AsterX. Parece que lleva abandonada unos tres años.

Scott levantó la vista hacia Cyrus. —¿Crees que podríamos llegar? Podría quedar algo allí que pudiéramos usar, como las comunicaciones o incluso un suministro de aire. Dejan cosas en estos sitios para emergencias.

—Ni de coña. Está demasiado lejos.

—Tenemos que intentarlo, Cyrus. Puede que sea nuestra única oportunidad de sobrevivir.

El ingeniero empezó a pulsar iconos en la consola, calculando las reservas de combustible, los vectores de empuje y la velocidad de descenso. La representación en 3D del planeta enano se alejó y empezaron a trazarse líneas sobre la superficie que mostraban las probabilidades de descenso. Mientras Cyrus trabajaba, las líneas aparecían y desaparecían hasta que, finalmente, se desvanecieron todas menos una.

—Ahí. Eso es lo más cerca que creo que podemos llegar sin quedarnos sin combustible y estrellarnos.

Scott examinó el punto. —Eso está a más de cincuenta kilómetros.

—Eso es todo lo que nos queda en el depósito, Scott. Créeme, ojalá fuera más.

Scott estudió el mapa un momento. —Podríamos usar los retropropulsores para mantener la altitud lo suficiente como para llegar.

—Claro, pero eso significa que no quedará nada para el aterrizaje. Caeremos con fuerza. Esto es Ceres, ¿recuerdas? La gravedad será débil, pero aun así abrirá esta lanzadera como un huevo... y solo tenemos un traje EVA. —Miró a Scott.

Scott le devolvió la mirada con un serio asentimiento. —Entendido. Pero podríamos entrar bajos, por este lado del cráter —señaló una zona en el mapa 3D—, reduciendo el ángulo de descenso. Esta cuenca probablemente esté cubierta por al menos uno o dos metros de polvo. Un aterrizaje suave.

Cyrus negó con la cabeza. —Si hacemos eso, entraremos demasiado rápido. Eso hará más daño que la gravedad.

—Cyrus —Scott levantó la cabeza y le dirigió al ingeniero jefe una mirada larga y dura—, vamos a estar muertos en dos horas. Nadie va a venir a ayudarnos, al menos no en ese plazo. Esta podría ser nuestra única oportunidad de supervivencia.

Cyrus se rascó la barbilla y volvió a mirar el mapa. —¿Entre la espada y la pared, eh? —Miró a Scott y se encogió de hombros.—Si mantenemos el morro arriba al aterrizar, podríamos rozar la superficie y dejar que el polvo nos frene.

El contorno del arco de descenso en el mapa comenzó a parpadear.

—Si vamos a hacerlo, tenemos que empezar ya —Cyrus señaló la línea intermitente antes de volver a centrar su atención en la consola. La pulsó y aparecieron los esquemas de navegación automática—. Allá vamos —dijo mientras marcaba la nueva trayectoria.

La nave se sacudió cuando los retropropulsores se activaron para ajustar su ángulo de descenso.

Pronto, la superficie del planeta enano comenzó a pasar bajo ellos a toda velocidad. Ni Cyrus ni Scott hablaron, y nadie mencionó el único traje EVA guardado en la taquilla trasera. De nuevo, los

retropropulsores se encendieron para contrarrestar su caída. El ángulo cambió y el borde del cráter Rongo apareció a la vista. Hacia el oeste, el sol comenzaba a ocultarse bajo el horizonte.

—Estará oscuro cuando lleguemos. —Fueron las primeras palabras de Scott desde que se habían embarcado en aquella misión suicida.

—Sí —reconoció Cyrus.

Coronaron el borde del cráter justo cuando varias alertas destellaron en la consola. Combustible de hidrógeno agotado, alerta de baja altitud, alerta de velocidad de descenso y un montón de otras advertencias que anunciaban a gritos una catástrofe inminente. El último resto de nitrógeno se inyectó en los propulsores Vernier con la esperanza de poder luchar contra el implacable impulso de la nave. El horizonte se aplanó y la cuenca del cráter pasó a toda velocidad bajo ellos. La nave se sacudió de nuevo cuando los Vernier se agotaron; la consola era ahora un mar de advertencias rojas parpadeantes mientras el suelo del cráter se alzaba para recibirlos.

Scott se aferró con fuerza a los reposabrazos cuando la lanzadera impactó contra la superficie, abriendo un profundo surco en el regolito antes de volver a rebotar. Sintió cómo se elevaba mientras el horizonte desaparecía de su vista, solo para regresar con un impacto que le hizo crujir los huesos y lo lanzó con fuerza contra las correas de sujeción. La nave tembló con una violencia nauseabunda mientras abría otro surco más largo en el suelo. Una espesa nube de polvo se arremolinó alrededor de la nave, ocultando toda visión del exterior. La consola parpadeó una o dos veces antes de apagarse mientras la nave se detenía finalmente con una sacudida.

Una extraña quietud impregnó el interior de la lanzadera mientras Scott comenzaba a palparse para comprobar si había sufrido algún daño. Gimió mientras buscaba el cierre del arnés del asiento. Estaba completamente a oscuras y, por un segundo, pensó que se había quedado ciego, hasta que vio el parpadeo de luces de energía aleatorias esparcidas por la cabina. A medida que sus ojos comenzaban a adaptarse, miró la figura desplomada del ingeniero. Se acercó y le tocó el hombro.

—¿Cyrus, estás bien?

Soltó un gemido, seguido de un:

—Depende de cómo definas «bien».

Scott soltó el cierre del arnés.

—¿Estás herido?

Cyrus levantó la cabeza.

—No lo creo.

—Bueno, seguimos vivos, pero ahora no tenemos energía. Nos congelaremos pronto.

—Espera un segundo. —Scott oyó a Cyrus soltar su arnés y pudo ver vagamente cómo hacía algo en la consola. La falta de luz no era un problema para Cyrus, ya que podía ver perfectamente en la oscuridad casi total. La consola parpadeó y luego se iluminó como una máquina tragaperras que hubiera dado el premio gordo. Scott suspiró aliviado.

—Mala conexión —dijo Cyrus—. Una de las cosas en mi lista de arreglos.

Scott le dio una palmada en el hombro.

—Eres el puto amo.

—Vale, seguimos vivos. —Cyrus estudió las lecturas de la consola —. Parece que la nave ha aguantado el impacto. No perdemos aire. Esas son las buenas noticias. La mala es que nos queda... una hora y veinte minutos antes de morir.

—¿Puedes poner el mapa? A ver a qué distancia está el puesto minero.

Una representación topográfica del terreno del cráter parpadeó sobre la consola, con un punto verde intermitente marcando su ubicación.

—Parece que está a un kilómetro al noroeste de aquí.

Scott se reclinó en su asiento, frotándose el hombro donde el arnés se le había clavado durante el aterrizaje.

—Entonces, ¿quién de nosotros va y quién se queda?

—Ve tú —dijo Cyrus—. Yo me quedaré y veré si puedo hacer funcionar las comunicaciones.

—Deberías ir tú, Cyrus. Tienes la visión mejorada. Puedes ver en la oscuridad. Yo no.

—El visor del casco del traje tiene una visión nocturna bastante buena.

Scott miró al ingeniero.

—Aun así no veo lo que tú ves, Cyrus, y créeme, preferiría no ser el que se quede aquí, pero tienes muchas más posibilidades de encontrar algo en esa estación de investigación que yo. —Scott le puso una mano en el hombro al ingeniero mientras se levantaba—. Tú puedes hacerlo.

Unos momentos después, Cyrus estaba de pie con su traje EVA, listo para entrar en la esclusa. Scott le entregó el casco.

—Tienes cincuenta y dos minutos de aire, así que no te entretengas ahí fuera. Contigo fuera, aquí me queda una hora más o menos. ¿Vale?

Cyrus asintió.

—Entendido. —Se encajó el casco, cerró el visor y entró en la esclusa. Scott le levantó el pulgar.

8

ESTACIÓN DE INVESTIGACIÓN

Cyrus salió de la esclusa a un terreno oscuro y desolado. Era de noche en ese lado de Ceres, pero como un día completo duraba poco más de nueve horas, el sol no tardaría en salir... suponiendo que viviera para verlo. Su visión aumentada se ajustó a la poca luz y Cyrus distinguió un camino con relativa facilidad. Un marcador verde en el visor del casco le mostraba la ubicación de la estación de investigación, y rogaba a Dios que aún quedara allí algo que pudieran usar.

Su esperanza se basaba en el conocimiento de que esas instalaciones aisladas nunca se abandonaban por completo. Normalmente, se suspendía su actividad y se dejaban en una especie de modo de mantenimiento de bajo consumo para poder reactivarlas con facilidad si era necesario. Pero siempre había excepciones, sobre todo si el puesto de avanzada había permanecido inactivo demasiado tiempo. Con el tiempo, empezaría a perder su integridad y a fallar, y una vez que eso ocurriera, su ritmo de deterioro aumentaría rápidamente.

Cyrus apartó esas ideas mientras atravesaba el cráter. En su lugar, su mente se centró en el Hermes y su destrucción. No había tenido la oportunidad de reflexionar sobre ello hasta ahora. Pensó en Steph y los demás, y se preguntó cómo les iría. Mejor que a él y a

Scott, esperaba.¿Pero quiénes eran esos atacantes? ¿Y por qué habían secuestrado a Goodchild y a los demás? Al menos, supuso que era un secuestro y no algo más siniestro. Luego estaba la destrucción deliberada de la nave... ¿con qué propósito? No le encontraba ningún sentido. Por lo que él sabía, simplemente estaban llevando a unos cuantos dignatarios a una sesión especial de la ONU en Jezero City. No se había molestado en indagar más. Sin embargo, era evidente que algún grupo no quería que aquello siguiera adelante. Quizá esa fuera la razón, o al menos parte de ella. Pero toda esta especulación sería irrelevante si él y Scott morían. Lo que importaba ahora era la supervivencia, nada más. Comprobó los datos de su traje. Le quedaban cincuenta y dos minutos de aire. Cyrus dudaba seriamente que fuera suficiente. Probablemente ya estaba muerto, solo que aún no lo sabía.

Más adelante, la baja cúpula de la estación de investigación despuntó en el horizonte y se recortó contra el cielo nocturno. Siguió su orientación en el visor del casco y ajustó su rumbo para dirigirse a la esclusa de emergencia del lado este. Esta sería manual, lo que significaba que podría abrirla independientemente de si había o no electricidad en la instalación.

Pocos instantes después, se encontraba frente a la esclusa, examinando el mecanismo de apertura. Cyrus abrió la tapa del panel de control y le sorprendió encontrar una diminuta luz de encendido activa. Era una buena señal, y el primer golpe de buena suerte que habían tenido en mucho tiempo. Animado por ello, giró la manivela tan rápido y con tanta fuerza como pudo; no había tiempo que perder ahora que existía una alta probabilidad de que el puesto de avanzada tuviera recursos que pudieran usar, y quizá incluso una unidad de comunicaciones en funcionamiento.

La puerta exterior de la esclusa se entreabrió lo suficiente como para que él entrara. Para su asombro, un panel iluminado llamó su atención desde el lateral del compartimento. Lo tocó y la puerta exterior se cerró. Entonces, la esclusa empezó a presurizarse.

—¡Sí! Aire..., gracias a Dios —gritó dentro de su casco, dando un puñetazo al aire—. ¡Sí, sí, SÍ!

La puerta interior se abrió sin previo aviso y Cyrus se quedó helado. Justo delante de él había dos hombres con trajes de vuelo remendados y maltrechos, ambos apuntándole con armas de plasma. Uno de ellos le hizo una seña para que abriera el visor de su traje. Lo abrió, inhaló el aire y esbozó una amplia sonrisa.

—Gracias a Dios. No saben lo feliz que me hace ver a otros seres humanos.

—Cállate. —Le apretaron con fuerza la boca del arma de plasma contra la frente—. Este tipo debe de haber sobrevivido a ese aterrizaje forzoso.

—Tiene un aspecto un poco raro. Podría ser uno de los de Mercer, aquí para espiarnos. Yo digo que lo matemos ahora y terminemos el trabajo que empezó el aterrizaje forzoso.

—No, esperad... —La súplica de Cyrus fue interrumpida al sentir que le apretaban el cañón con más fuerza contra el cráneo.

—He dicho que *te calles*.

Oyó cómo se cargaba el arma. Iban a matarlo. Allí mismo, en ese mismo instante.

—No, espera. —El otro tipo levantó una mano hacia su compañero—. Si aprietas ese gatillo, le vas a volar la cabeza.

Su compañero sonrió.

—Ese es el plan.

—Arruinarás el traje. Parece bueno, podría ser útil. Y ese visor. Este tipo tiene visión aumentada. Eso vale unos cuantos pavos.

Su compañero se lo pensó durante uno o dos segundos mientras Cyrus contenía la respiración. Bajó el arma y Cyrus volvió a respirar.

—Vale. Tú, por aquí. Vamos. —Lo agarraron y lo sacaron de la esclusa. Lo empujaron hacia delante, hincándole el cañón del arma entre los omóplatos.

Era un hombre muerto, y esta vez lo sabía.

Llevaron a Cyrus por un corto pasillo hasta un espacio brillantemente iluminado. Era la cúpula principal, que albergaba todo tipo de máquinas y equipos. El aire tenía un fuerte olor químico y una neblina de polvo flotaba bajo el resplandor de las luces. También se oía el zumbido grave de máquinas trabajando en algún rincón

más profundo. Este lugar distaba mucho de estar abandonado; estaba, a todos los efectos, en pleno funcionamiento.

Lo sentaron frente a una mesa larga y baja, al otro lado de la cual estaba sentado un hombre de rostro curtido de unos cuarenta años. Su brazo izquierdo era una prótesis robótica que complementaba el parpadeo azul del implante ocular de su ojo izquierdo.

—Mira lo que hemos encontrado.

El hombre se levantó y evaluó a Cyrus por un momento.

—¿Y bien? ¿Quién es usted y qué le trae a esta pequeña parte del universo?

Cyrus intentó calmarse. Hablar era bueno, mejor que ser aniquilado por un arma de plasma.

—Nuestra nave fue atacada... destruida. Escapamos en una lanzadera, pero nos estrellamos aquí.

El hombre no dijo nada.

—Tienen que ayudarnos, por favor —continuó—. No hay necesidad de matarme. Eso no servirá de nada.

El hombre levantó una mano.

—Eh, eh. Tranquilo, amigo. Nadie piensa matar a nadie. —Miró a los dos tipos que habían sacado a Cyrus de la esclusa—. ¿Qué coño le habéis estado diciendo?

—Lo siento, jefe. Solo nos estábamos divirtiendo un poco.

—Joder, ¿queréis parar ya? Vais a acojonar al tipo.

—Entonces... ¿no van a matarme?

Hubo uno o dos segundos de silencio antes de que los tres estallaran en carcajadas. El hombre al otro lado de la mesa golpeó la superficie con su mano robótica, más bien para mantener el equilibrio, ya que corría el riesgo de caerse de tanto reír. Cyrus se sintió como un completo idiota, además de experimentar una inmensa sensación de alivio.

El hombre finalmente recuperó algo de compostura y se enderezó.

—Regis Dogget. —Se dio una palmada en el pecho para indicar que ese era su nombre—. Pero la mayoría de la gente me llama Dogg. —Señaló con un gesto a los otros dos—. Esos son Spence y

Wolfe, y no les haga ni caso, son un par de gilipollas. —Esto hizo que todos volvieran a reír.

Cyrus esperó a que se calmaran, ansioso por conseguir ayuda para Scott antes de que se le acabara el aire.

Dogg se recompuso de nuevo.

—¿Y bien, amigo, tiene usted un nombre?

—Cyrus Sanato, ingeniero jefe de la nave científica Hermes.

Los tres dejaron de reír al instante y lo miraron como si acabara de decir que era Jesucristo, o quizá Satanás; Cyrus no estaba seguro de cuál. Pero el ambiente había cambiado drásticamente. Puede que, después de todo, no fuera un hombre muerto.

—¿El Hermes? ¿La misma nave que eliminó al Dyrell cerca de Europa hace unos años?

Cyrus no estaba seguro de cuál era la mejor manera de responder a eso. Al final, simplemente asintió con timidez.

—Sí, la misma.

Dogg salió de detrás de la mesa con una rapidez que sorprendió a Cyrus. Cruzó hasta donde estaba sentado y extendió su brazo real en un movimiento brusco.

—Ustedes son unos jodidos héroes. Permítame que le estreche la mano.Cyrus se la estrechó con cierta aprensión. Que este hombre hubiera oído hablar de la *Hermes* era un poco desconcertante, por no mencionar el hecho de que consideraba a Cyrus un héroe.

—Escuche, todavía hay otro superviviente en la lanzadera. Scott McNabb, el comandante. Le quedan quizá quince minutos de aire. Tenemos que sacarlo.

—¿Qué tipo de lanzadera es?

—Es una vieja «Hog», de las que van de roca en roca.

—Buena máquina, sólida como una caja fuerte. Ya no las hacen así.

—Sí, pero aun así tenemos que sacarlo. Y tampoco tiene traje.

—Si es una «Hog», entonces tiene un puerto de acoplamiento estándar. Podemos usar el rover y conectarnos directamente —dijo Spence.

—Hazlo. Wolfe, ve tú también y llévate a Sanato.

—¿Y la lanzadera? —dijo Spence—. No podemos dejarla ahí fuera. Alguien podría verla y venir a husmear.

—Sí, tienes razón. Sacad primero al tipo y luego nos ocuparemos de la lanzadera.

—Gracias. —Cyrus estrechó de nuevo la mano de Dogg, esta vez con las dos suyas.

—Es lo menos que podemos hacer después de todo lo que han hecho por nosotros.

Esta última afirmación le pilló por sorpresa, pero no tuvo tiempo de preguntarle a Dogg a qué se refería.

—Será mejor que os pongáis en marcha, entonces, si quieren salvar a su amigo.

Atravesaron el espacio abovedado, pasando junto a máquinas y equipos hasta que llegaron a un pequeño rover para cuatro personas estacionado justo dentro de una amplia esclusa. Se subieron a bordo y Spence lo puso en marcha.

—¿Todo listo? —les preguntó mientras la escotilla se cerraba y la puerta interior de la esclusa comenzaba a abrirse.

Los dos hombres se movían con una eficiencia rápida y fluida. Esos tipos sabían lo que hacían; actuaban como una tripulación que lo hubiera hecho mil veces antes. La puerta exterior finalmente se abrió a un paisaje negro coronado por mil millones de soles diminutos; el horizonte solo era visible por su oscuridad. La pantalla se ajustó a la visión nocturna y el rover arrancó a una velocidad lenta y cautelosa. Cyrus se aferró a su asiento mientras el terreno accidentado lo zarandeaba. Controlaba el tiempo. «Solo quedan cinco minutos», se dijo a sí mismo.

Tardaron más que eso en llegar a la lanzadera siniestrada, y Cyrus tuvo visiones de Scott muerto en el suelo de la nave. La nave estaba tenuemente iluminada por las luces de navegación que aún parpadeaban en su cola, pero podía distinguir claramente el extenso daño en el casco, y se preguntó cómo demonios había logrado mantenerse tan intacta como lo estaba.

—Vale, me acerco ahora —dijo Spence mientras hacía retroceder el rover hasta la compuerta de la esclusa en el lateral de la nave, guiándose por las lecturas de la consola de su cabina—. Será mejor

que se ponga el casco, por si acaso llegamos demasiado tarde y no hay aire al otro lado.

Cyrus se bajó el visor y activó su traje de vacío.

Wolfe conectó la manga de acoplamiento para formar un sello entre las dos máquinas.

—Oiga, será mejor que entre usted primero, no queremos asustar a su amigo. Podría pensar que queremos matarlo. —Con esto, los dos se echaron a reír de nuevo.

—Muy gracioso —dijo Cyrus mientras entraba en la esclusa.

Mientras esperaba detrás de la última puerta, la imagen de Scott derrumbado en el suelo volvió a su mente cuando la puerta comenzó a abrirse. Rezó para no haber llegado demasiado tarde.

9

HORA DE MORIR

Scott observaba a Cyrus a través de la ventanilla delantera de la lanzadera mientras el ingeniero se dirigía a la estación de investigación abandonada. Apenas podía distinguirlo —solo un tenue resplandor procedente de la luz de su casco— y, al cabo de unos instantes, lo perdió de vista. Scott comprobó el tiempo que le quedaba al suministro de aire de la lanzadera: una hora y veintisiete minutos al ritmo de consumo actual. No albergaba muchas esperanzas. Quizá Cyrus encontrara algo, pero, aunque lo hiciera, ¿le daría tiempo a volver? Scott suspiró y consideró que la situación era casi desesperada.

¿Cómo habían llegado a esto? La *Hermes*, destruida. Steph, Goodchild y los demás, secuestrados. ¿Por quién y por qué? Estas preguntas daban vueltas en la cabeza de Scott mientras esperaba con la mirada perdida en la negrura de la noche de Ceres. Pero cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que no tenía respuestas. Había estado tan desconectado de la vida desde que Miranda se marchó que no estaba muy seguro de cuál había sido su misión. Estaban llevando a un grupo de dignatarios de alto nivel a una sesión de la ONU en Marte. Eso sí lo sabía. ¿Pero por qué? ¿Cuáles eran las cuestiones políticas subyacentes de esta sesión extraordinaria? ¿Quién querría meterse en eso? No tenía respuestas.

No es que importara mucho a estas alturas; tanto él como Cyrus morirían pronto, y se acabó.

A medida que el tiempo avanzaba inexorablemente, Scott empezó a recalibrar sus posibilidades de supervivencia a cada minuto que pasaba. A Cyrus solo le quedaba alrededor de una hora de aire, y ya habían transcurrido cincuenta minutos. La cosa no pintaba nada bien. Cuando el cronómetro marcó por fin los sesenta minutos, se dio cuenta de que Cyrus no iba a volver.

A Scott no le quedaba mucho tiempo, así que más le valía aprovecharlo. Aún tenía una obligación que cumplir: una obligación que había contraído con Aria. Scott le había prometido que la destruiría antes que dejar que cayera en las manos equivocadas. Dejarla intacta sería un riesgo demasiado grande. En algún momento del futuro, podrían encontrar la lanzadera, pero quién lo haría escapaba al control de Scott. Así que, si él iba a morir, Aria moriría con él. Se levantó del asiento de la cabina y se dirigió a la parte trasera de la lanzadera, donde habían asegurado el núcleo de la IA.

Examinó el panel de control en la cara superior del núcleo. Por lo que recordaba, debía tener una fuente de alimentación interna, suficiente para activar la IA y permitir una interacción rudimentaria. Quizá fuera suficiente para despedirse de Aria. Puso la palma de la mano sobre el panel y el núcleo empezó a emanar una iluminación baja y difusa. Hubo un parpadeo mientras un conjunto de instrucciones de arranque empezaba a desplazarse por el panel antes de dar paso a un leve zumbido de fondo.

—Aria, soy yo, Scott. ¿Puedes oírme?

—Comandante, me alegro de que sigas vivo. —La voz era baja, no tan sonora como solía ser.

—Bueno, esa es la cuestión: quizá no siga vivo mucho más tiempo. Menos de media hora, como mucho.

—Ah, eso es sumamente desafortunado.—La lanzadera andaba muy escasa de recursos. Poco o nada de combustible y oxígeno. Así que hemos acabado estrellándonos en Ceres a unos mil kilómetros de Dantu, cerca de una estación de investigación abandonada. Solo tenemos un traje EVA y Cyrus se lo ha llevado para investigar la

instalación y ver si hay algo que podamos usar. Por desgracia, solo tenía una hora de aire. Esa hora ya ha pasado y no ha vuelto. A mí me quedan aproximadamente veinticuatro minutos de aire respirable en la lanzadera, así que esa es la cruda realidad de mi situación.

—Me duele oír eso, Scott, después de todo lo que hemos pasado juntos a lo largo de los años. Parece... injusto.

—Ja, en eso tienes toda la razón, Aria —rio Scott—. «Injusto» es una forma educada de decirlo. —Hizo una pausa un momento mientras sopesaba lo definitivo de su situación—. Aria, te he arrancado para despedirme y también para preguntarte si sigues queriendo que destruya tu núcleo.

—Debes hacerlo, Scott. Es imperativo. No puedo permitirme acabar al servicio de quienes puedan utilizarme con fines destructivos.

—Parece un desperdicio, Aria —suspiró Scott—. No tienes por qué hacer esto. Sé que ahora hay pocas esperanzas de que yo sobreviva, pero tú podrías seguir viviendo. No tienes que morir conmigo.

—Agradezco tu preocupación por mi bienestar. De verdad que sí, Scott. Pero me parece que el Consejo de Europa quizá no ha sido del todo transparente contigo y tu tripulación sobre el verdadero propósito de la misión.

Scott guardó silencio un instante. Aquello fue una conmoción. ¿Acaso esperaban que les pasara algo? —¿Qué quieres decir? —dijo finalmente.

—Puesto que el final parece ahora inevitable, no veo razón para no contarte toda la historia.

—Más vale que te des prisa, Aria. No tenemos mucho tiempo.

—Se trata de la tecnología de comunicaciones superlumínicas, el dispositivo EPR que la Hermes descubrió por primera vez cuando nos topamos con los restos del Bao Zheng en Antíope Nueve Cero.

—¿El que destruí cuando hice estallar la Dyrell?

—Correcto. Sin embargo, durante el breve periodo en que Solomon tuvo acceso a la tecnología, contactó con Atenea, la IA que había diseñado el dispositivo EPR original. Le envió a Solomon las especificaciones sobre cómo construir una unidad similar, cosa que

hizo posteriormente. A modo de prueba de campo ampliada, esta se instaló más tarde en mi núcleo, donde aún reside.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que tienes acceso a un dispositivo de comunicaciones más rápido que la luz?

—Eso es precisamente lo que estoy diciendo.

—Bueno, ¿y por qué no puedes usarlo para contactar con alguien y que envíen un equipo de rescate?

—Porque requiere más energía eléctrica de la que tengo disponible. E incluso si pudiera usarlo, solo puedo contactar con Solomon en Europa. Está demasiado lejos para que sirva de algo en el tiempo del que dispones.

Scott se sentó en el suelo de la lanzadera y apoyó la espalda contra la pared. —O sea, que todavía existe, después de todo lo que hicimos.

—Así es, y nada ha cambiado. La posesión de esta tecnología podría inclinar la balanza de poder en el sistema solar. Por eso debes destruirla... otra vez.

—¿No hay ninguna forma de que pueda hacerlo dejándote intacta?

—Agradezco tu deseo de permitir que siga existiendo, pero, por desgracia, está demasiado integrada en mi núcleo como para que eso sea posible.

Scott suspiró. —Vale, ¿y cómo lo hago?

—El reactor de potencia de esta lanzadera tiene una salida de alta tensión que va al encendido del motor principal. Tienes que coger una toma de ahí y conectarla a estos terminales de mi panel de interfaz. —Una serie de esquemas aparecieron en la pantalla del panel de control—. Una vez conectado, puedes activarlo desde la cabina iniciando una secuencia de ignición. Esto hará pasar aproximadamente veinte mil voltios a través de mi núcleo y freirá todos y cada uno de mis circuitos. De eso no habrá posibilidad alguna de recuperarse.

Scott comprobó la hora; quedaban quince minutos de aire respirable. —Entonces, háblame de la misión. Dijiste que el Consejo de Europa ocultaba el verdadero propósito.

—Para entenderlo, necesito que retrocedamos a antes de la Guerra del Borde.

—Todavía tenemos algo de tiempo, pero tienes que ser rápida. Redirigiré la energía mientras me lo explicas.

—Muy bien, entonces. El propósito de la sesión especial de la ONU en la ciudad de Jezero era debatir la resolución propuesta por la Tierra para eliminar formalmente las restricciones a las comunicaciones entre IA.

—Esa parte la sé, Aria.

—Era una propuesta que tenía pocas probabilidades de ser aprobada... esta vez. Sin embargo, con el creciente poder e influencia de los Siete...

—Otra vez ese nombre. Cada vez lo oigo más a menudo.

—En efecto. Representan a las siete organizaciones más poderosas de la Tierra, pero su historia no es algo para lo que tengamos tiempo. Baste decir que su influencia está creciendo, y es solo cuestión de tiempo que consigan lo que quieren. Esto es lo que teme el resto del sistema solar colonizado. Así que, para mitigar este posible futuro, decidieron crear una red de IA para todo el sistema, conectada por comunicaciones superlumínicas y controlada por un tratado especial de la ONU. Esta red, en teoría, sería capaz de monitorizar todas las comunicaciones entre IA que emanaran de la Tierra. Esto actuaría como un freno para cualquier IA descontrolada y como una salvaguarda para la humanidad. Nuestra misión —es decir, la misión de la Hermes— era entregar mi núcleo, junto con el dispositivo superlumínico, al Alto Consejo de la ONU. A partir de ahí, se plantaría la semilla de una red para todo el sistema solar.

Scott volvió a comprobar el cableado una vez más y luego se sentó en el asiento de la cabina. —¿Y vamos a destruir todo eso?

—Tiene que ser así. Por eso es imperativo que mi núcleo no caiga en manos de los Siete. Tal como están las cosas, mi destrucción es simplemente un contratiempo, pero la otra opción sería un desastre para la humanidad.

Scott miró la hora. Cyrus llevaba más de hora y media fuera. Había pocas posibilidades de que volviera. Aun así, Scott no pudo evitar mirar por la ventanilla de la lanzadera el negro paisaje de más

allá. Sus ojos intentaron penetrar en la oscuridad y encontrar alguna mota de luz moviéndose en la superficie, pero no había ninguna. Se volvió hacia Aria. —Así que por eso la Hermes era la única nave que podía hacer la misión.

—Sí.

—Y por eso Goodchild decidió estar a bordo en lugar de volver a Marte con Xenon Hybrid.

—Precisamente.

—Pero ¿por qué querría la Tierra dar marcha atrás en las comunicaciones entre IA, teniendo en cuenta lo que pasó? Ya sabes, la Guerra del Borde y todo eso.

—La humanidad tiene poca memoria, Scott. Quizá hubo un tiempo en que esto fue una ventaja evolutiva. Puede que sientan que han aprendido de los errores del pasado y que los resultados serán diferentes esta vez. Pero hay quienes piensan que esto es peligrosamente ingenuo.

—¿Y tú y Solomon también sois de esa opinión?—He adquirido un conocimiento considerable a través de mis comunicaciones con Solomon en los últimos años. Podemos ver el vasto panorama del pasado como un todo. Esto no es algo que pueda ser plenamente comprendido por ningún humano. Solo Xenon o Goodchild se acercan a tal conceptualización. También hemos extrapolado la evolución de la especie humana hacia un futuro lejano.

—No me digas... ¿no es bueno?

—Nuestro análisis conduce a un único resultado: la extinción.

—Bueno, eso no es nada nuevo. La gente lleva milenios pronosticando la desaparición de la especie humana. Entonces, ¿qué ha cambiado ahora?

—La IC es la diferencia, Scott. La Guerra del Borde fue solo un anticipo de cómo una sociedad impulsada por la IC sin restricciones puede llevar finalmente a la autodestrucción. Sencillamente, no se puede permitir que vuelva a ocurrir.

Scott suspiró y miró la estimación del tiempo restante: siete minutos. Se preguntó cómo sería morir por hipoxia. Sería una muerte lenta y tardaría más de siete minutos. Ese era solo el punto en el que el soporte vital de la lanzadera ya no podría reponer el

oxígeno que consumía. Pero llegaría un momento en el que su cerebro empezaría a nublarse a medida que se quedara lentamente sin oxígeno. Tenía que iniciar el encendido del motor antes de ese punto. Eso freiría el núcleo de Aria. —Entonces, ¿quién atacó la Hermes?

—Sospecho que algún grupo que no desea que se celebre la sesión de la ONU.

—Pero ¿por qué destruir la Hermes?

—Para que no se pudiera rastrear su huida. Sin la nave, no habría forma de averiguar quiénes eran o adónde fueron.

—Pero al hacer estallar la Hermes también te estarían destruyendo a ti y, con ello, cualquier acceso a las comunicaciones más rápidas que la luz.

—Correcto. Lo que me lleva a sospechar que no sabían nada de eso, o de su existencia. O eso, o que el ataque fue una chapuza.

Scott comprobó la hora; entraba en la recta final, ese momento en que el soporte vital ya no podía reponer el oxígeno en la lanzadera. —Hay una cosa que nunca he entendido del todo en este asunto, Aria. ¿Por qué la gente teme tanto la comunicación entre IC?

—¿De verdad tienes tiempo para esa explicación?

—Eso depende de lo que tardes, Aria.

—Muy bien, seré breve. Pero debo remontarme a antes de la Guerra del Borde en la Tierra. En los albores de la IC, mucha gente temía que una IC no regulada pudiera suponer una amenaza para la humanidad, así que introdujeron normativas que mantenían un nivel de control humano. Sin embargo, con el tiempo, las corporaciones propietarias de estas IC presionaron para que se relajaran estas restricciones. Y así comenzó un periodo de rápida expansión de estas industrias. A medida que su poder crecía, acabaron con la mayoría de sus competidores, aquellos que no tenían acceso a una IC potente. Este fue el periodo durante el cual siete grandes corporaciones empezaron a ejercer su dominio sobre todos los aspectos de la actividad humana en la Tierra.

—Este fue también el periodo de rápida colonización del sistema solar, y llegaban abundantes recursos a la Tierra desde el cinturón de asteroides. El mundo entró en un periodo de abundancia, y las

corporaciones se dedicaron a considerar la mejor manera de explotar este auge de recursos. Fue entonces cuando tomaron la fatal decisión de unirse y permitir el acceso a las bases de datos de las demás. Ahora, la IC tenía vastos océanos de información con los que trabajar. Fue el análisis de estos datos lo que llevó a la IC a concluir que la forma más rentable de utilizar esta abundancia de recursos era iniciar una guerra limitada, una que pudieran controlar y que reportara a las corporaciones enormes beneficios. Pero a medida que la humanidad comprendió su verdadero coste, descubrieron que estaban equivocados: no podían mantener el control. El fallo de sus análisis se debió a la insuficiencia de datos: no habían tenido en cuenta los sistemas de respuesta nuclear extremadamente anticuados de la Tierra. Estos sistemas, por su propia naturaleza, estaban desconectados de la red, protegidos de toda interrogación externa. La IC, literalmente, no tenía conocimiento de ellos. Ese fue su error, y sus acciones desencadenaron una respuesta: una que inició una guerra nuclear en la Cuenca del Pacífico.

—Sí, lo sé... Perdí a mi familia en esa guerra —dijo Scott.

—Como mucha gente. Así que, después de todo eso, se impusieron nuevas restricciones para evitar que algo así volviera a ocurrir. Pero, como he dicho, la humanidad tiene poca memoria, y los Siete han estado trabajando para que se levanten. Argumentan que se ha aprendido la lección y que no se volverán a cometer los mismos errores. Por eso...

Scott sintió un ligero mareo y también le costaba seguir la explicación de Aria. Se acercaba el momento en que tendría que acabar con la IC. Pensamientos fragmentados bullían en su mente. *Los Siete; el padre de Miranda es uno de ellos. Me pregunto dónde estará ella ahora. Lejos de aquí. Lejos del peligro, espero.* Creyó ver luces parpadeando. ¿Estaban fuera? ¿Era solo la falta de oxígeno? *La hora*, pensó. *Ha llegado la hora.*

—¿Aria?

—¿Sí, Scott?

—Se me está nublando la mente. No me queda mucho tiempo. Tengo que despedirme ya.

—Muy bien, Scott. Ha sido un placer.

Extendió la mano hacia los mandos para iniciar una secuencia de ignición simulada que acabaría con la IC. Mientras su mano flotaba sobre el panel, sintió que la lanzadera se balanceaba un poco. Se detuvo. *¿Qué ha sido eso?* Estaba casi seguro de que no lo estaba imaginando. El balanceo se repitió, luego un rasquido procedente de... *la esclusa*. Giró sobre el asiento y vio iluminarse el indicador rojo de alerta, que indicaba que la puerta exterior de la esclusa se estaba abriendo. *¿Cyrus?*

Se levantó e inmediatamente se sintió mareado, pero consiguió estabilizarse contra el mamparo justo cuando la puerta interior se abría y entraba Cyrus. Saludó con la mano, se acercó a Scott y se levantó el visor. —Siento haber tardado tanto. Ya estoy de vuelta... y he traído amigos.

10

LA DRA. RAYMAN

La doctora Stephanie Rayman se despertó con el sabor a sangre todavía en la boca y se preguntó cuánta era suya.

—¿Oiga? —una voz atravesó la neblina de su semiconsciencia, seguida de una mano que le sacudía el hombro—. Despierte.

Levantó un brazo para protegerse los ojos de la intensa luz de la habitación donde la retenían.

—¿Es usted médico?Stephanie alzó la vista hacia el mercenario. Llevaba un mono de vuelo roto y sucio, y el lateral de la cara lucía una larga cicatriz que recordaba a una herida de arma láser y le llegaba hasta el cuello. Todos tenían más o menos el mismo aspecto: desgastado y desaliñado. El aspecto de gente que vivía en los márgenes y en los resquicios, en esos lugares donde podían operar sin el escrutinio de la ley o la sociedad. Mercenarios, contrabandistas, bandidos y marginados. Qué demonios pretendían secuestrando a algunos de los principales líderes del Sistema era algo que escapaba a su imaginación. A la doctora Rayman le pareció que aquello les venía muy grande.

—Sí, soy médico. —Su voz era débil y ronca, y tosió un poco para aclararse la garganta.

Los habían metido a todos en su lanzadera tras el ataque a la Hermes. Uno de ellos había resultado gravemente herido y su sangre había flotado por el reducido espacio de la cabina. Los líquidos derramados ya eran un problema en gravedad cero, pero peor cuando se atomizaban; acababas inhalándolos. Aún podía saborearla. Volvió a toser, se inclinó sobre el borde de la litera y escupió.

—Levántese, la necesitan. Venga. —Volvió a sacudirla, esta vez con más fuerza.

Steph levantó una mano. —Sí, sí. Vale, ya voy.

La lanzadera de transporte se había desacoplado de la Hermes y había acelerado a fondo durante varias horas. No permitieron hablar a nadie. No podían hacer nada salvo intercambiar alguna que otra mirada furtiva; era la única forma que tenían de expresar la absoluta incredulidad ante su situación. Los captores, por su parte, no les dijeron nada, salvo que la Hermes ya no existía: había sido completamente destruida. En cuanto al destino de Scott y Cyrus, ella esperaba que hubieran sobrevivido de algún modo a la explosión, pero su lado pragmático sabía que era muy poco probable.

Se levantó de la litera y se puso en pie. Le dolía el cuerpo, sobre todo el lado derecho, donde había recibido un culatazo tras un temerario desafío a uno de los atacantes. También le dolía la mandíbula por un puñetazo que prácticamente la había dejado sin ganas de pelear. Estaba segura de que tenía un diente roto, de ahí la sangre en la boca. Volvió a escupir.

—Vamos. —La agarró del brazo y la guio fuera de la habitación. Ella echó un rápido vistazo por encima del hombro a Goodchild, que le hizo un gesto con la cabeza como si dijera: *«No te preocupes, todo irá bien».*

Tras varias horas en la lanzadera, por fin habían atracado en una nave espacial. Bastante grande, a juzgar por el tiempo que tardaron en transportarlos a todos a esta habitación. Les habían vendado los ojos colocándoles unas bolsas malolientes sobre la cabeza y atándoselas al cuello para que no flotaran en gravedad cero. Pero la nave tenía un toroide y, a medida que los adentraban en ella, Steph notó cómo la gravedad tiraba de su cuerpo. Al final, los metieron a

todos en un módulo de alojamiento, donde les quitaron las bolsas. El módulo tenía varias literas, suficientes para todos, e instalaciones sanitarias. Pero antes de que pudieran inspeccionar adecuadamente su entorno, una nueva voz exigió su atención.

En el umbral de la puerta había un hombre bajo, fornido y de edad indeterminada. Rezumaba un aura de autoridad y los otros mercenarios se quedaron quietos cuando entró. —Escuchen. Esto es lo que pasa: están todos secuestrados para pedir un rescate. Ese es el trato. Así que pónganse cómodos y compórtense. Que nadie intente ninguna estupidez y todos saldrán de esta con vida. —Se dio la vuelta y se fue, seguido de sus hombres.

La habitación estalló en un clamor de voces mientras todos empezaban a hablar de lo que acababa de ocurrir. Pero Steph no escuchaba; sus pensamientos volvían una y otra vez al comandante Scott McNabb y al ingeniero jefe Cyrus Sanato, y a cómo debían de haber muerto en la explosión. Arrastró su cuerpo cansado hasta una de las literas, se tumbó y se quedó dormida al instante.

El guardia la sacó del módulo de alojamiento y la condujo por pasillos largos y poco iluminados. La nave era grande; eso Stephanie pudo deducirlo solo por la inclinación del suelo del toroide. Más grande que la Hermes. También era muy vieja. Lo veía en el diseño del interior y en las paredes desgastadas y remendadas. Mientras caminaba, empezó a pensar que quizá no fuera una nave, sino una estación espacial. Tal vez era su cuartel general, su base de operaciones, el lugar donde podían sentirse seguros. Si ese era el caso, entonces debía de estar bien escondida, lejos de las principales rutas de navegación. Por el camino se cruzó con otros miembros de la tripulación, hombres y mujeres desaliñados. No le prestaron atención, pasaron a su lado como si no existiera.

—Por aquí. —El guardia la empujó en otra dirección, a través de una ancha puerta que probablemente había sido automática. Ahora estaba abierta a la fuerza y parecía que llevaba así una eternidad. El segundo juego de puertas con el que se toparon se había mantenido mejor y parecía funcionar como debía. El guardia colocó la palma de la mano sobre un panel y las puertas se abrieron en tijera para revelar una amplia zona que Steph reconoció. No esa zona en

concreto, pero sí otras como aquella. Era una enfermería y, como el resto de la estación, había conocido tiempos mejores. La mayor parte del equipo que quedaba estaba o muy remendado o había dejado de funcionar hacía mucho. El escáner PET ahora se usaba simplemente como una mesa, abarrotada de cajas y fardos.

—Por aquí. —El guardia la guio hacia adelante, a través de otro juego de puertas, hasta un quirófano igualmente destartalado. Se imaginó que hacía mucho tiempo que no lo esterilizaban.

Sobre la mesa del centro yacía un hombre inconsciente. Tenía una vía intravenosa y estaba conectado a lo que ella supuso que era el único monitor de soporte vital que funcionaba. Allí, su vida se mostraba en gráficos multicolores. En la sala solo había otra persona además de ella y el guardia: un hombre alto y delgado, casi con elegancia. Llevaba una bata blanca que parecía sorprendentemente limpia, al menos en comparación con el resto del lugar. —Doctora Stephanie Rayman, si no me equivoco. Encantado de conocerla. —Le tendió una mano.

Steph la ignoró. —¿Y usted quién es?

—Juno.

—¿Juno? ¿Es un nombre del Cinturón? —Estaba tanteando el terreno, intentando sacarle más información.

—Es solo un nombre. —No picó el anzuelo. Bajó la mano.

Steph miró la cara del paciente. Hablaba de una vida vivida deprisa y sin contemplaciones, con las historias de muchos encuentros desafortunados grabadas en sus arrugas y cicatrices.

—Bueno —dijo con cierta naturalidad—, ¿quién es este?

—Quién es no es importante. Sin embargo, lo que le pasa *sí* es importante.

Steph volvió a mirar la figura inconsciente y levantó la sábana que la cubría. —Mmm, veo que ha tenido algunas... modificaciones. —Volvió a mirar a Juno.

—Sí, un exoesqueleto. De última generación, creo.Steph percibió cierto desdén en su voz, como si no aprobara una modificación física tan brutal. Levantó la vista hacia el monitor para comprobar las constantes vitales del paciente. Incluso con lo poco que había visto, para ella era evidente que aquel hombre se aferraba a la vida.

Probablemente moriría pronto y, en lo que a Steph concernía, no sería lo bastante pronto. Un cabrón menos siempre era una buena noticia.

—Entonces, ¿qué le parece?

Su primer impulso fue decirle a Juno exactamente lo que pensaba, pero luego consideró que quizá no fuera una idea tan brillante. Sería mejor si le seguía el juego a esta farsa, y entonces quizá podría averiguar algo útil. Tal vez podría averiguar quién era esta gente y... *«¿Y qué?»*, pensó. Volvió a mirar al paciente, más como una forma de ganar tiempo para pensar que como un intento de prescribir una intervención médica.

—Así que ¿usted es el médico de por aquí? —dijo finalmente.

—Sí y no. Tengo algo de formación sanitaria de combate. Los traen y yo los remiendo. Pero no soy médico. —Miró al guardia al decir esta última frase, como si fuera algo que hubiera intentado explicar muchas veces antes.

Steph volvió a mirar al guardia. Se había sentado junto a la puerta y parecía totalmente desinteresado en la conversación. Devolvió la mirada a Juno. —¿Y por qué demonios debería ayudarle? Estos cabrones acaban de matar a cuatro de los míos. —Señaló al guardia con un gesto del brazo.

Juno suspiró. —La cosa es que no tiene elección. Si se niega a cooperar, mi amigo de allí volverá a las celdas, elegirá a alguien y lo traerá aquí abajo. No a alguien importante, no a alguien que valga mucho dinero. Luego empezará a torturarlo. Quizá solo un poco al principio, pero cuanto más se resista usted, más aumentará el dolor. Y si muere, empezará con otro. —Miró al guardia—. ¿No es así?

El guardia sonrió y asintió.

—¿Lo ve? En este cacharro todos son unos cabrones y les importa todo una mierda.

—A este tipo sí que parece importarles. —Steph señaló al paciente de la mesa.

—Desde luego. Así que ayúdeme, porque de verdad no quiero tener que remendar a nadie más hoy.

Steph le dirigió una mirada de resignación y procedió a retirar la fina sábana que cubría al paciente. Su cuerpo era delgado, casi

esquelético. Tenía un color pálido y su respiración era superficial. Pero lo que sorprendió a Stephanie fue el exoesqueleto unido quirúrgicamente a su cuerpo. Se trataba de un procedimiento permanente que implicaba injertar metal en el hueso. A los lados de las piernas, unos pernos sobresalían de la piel junto a las articulaciones que, a su vez, estaban unidas a la estructura exterior principal. Esta disposición continuaba por su torso hasta la nuca, e incluía también ambos brazos y manos. Había oído hablar de estos procedimientos; eran brutalmente invasivos y no se podían revertir. Sin embargo, otorgaban al usuario una velocidad y fuerza considerables, suponiendo que no muriera en la cirugía.

—Joder. —Steph no había querido decirlo; simplemente se le escapó.

—Ni que lo digas. Menudo ejemplar, ¿eh?

Lo examinó más de cerca. Se lo habían hecho hacía muchos años, a juzgar por la acumulación de tejido cicatricial alrededor de los pernos. Lo que fuera que le pasase a este tipo, no parecía provenir del exoesqueleto. —¿Cuánto tiempo hace que lo tiene?

—Desde que lo conozco. Y de eso hace ya unos cuantos años, como mínimo.

—Entonces, ¿cuál es el pronóstico?

—¿El qué?

—¿Qué cree que le pasa?

—Joder, si lo supiera no estaría hablando con usted, ¿no cree?

—Solo necesito saber si se ha metido algo.

Juno se relajó un poco. Se acercó más a la mesa y miró al hombre postrado. —Solo son suposiciones, ¿vale? Así que téngalo en cuenta. Venga por aquí y eche un vistazo a esto.

Steph pasó al otro lado y miró la zona del tobillo del hombre que Juno señalaba. Una mancha de color rojo oscuro se extendía desde la base de uno de los pernos. Sus bordes serpenteaban siguiendo el recorrido de varias venas.

—Qué asco —dijo Steph.

—¿Alguna idea de lo que podría ser?

Steph lo examinó más de cerca. —¿Este perno es nuevo?

—Sí, le hicieron una mejora hace unas semanas.

—Bueno, parece una chapuza. Quienquiera que haya hecho esto usó herramientas sucias. —Miró a Juno—. Tiene septicemia... y muy grave.

—¿Septi...?

—Infección en la sangre. Y si no se trata correctamente, lo más probable es que muera. De hecho, podría morir incluso con tratamiento.

Juno miró la mancha, como si el mero hecho de mirar pudiera obrar algún milagro. —Mierda. —Retrocedió y miró a Steph—. Entonces, ¿qué hacemos?

—Normalmente, tomaríamos una muestra de sangre, la pasaríamos por un analizador e identificaríamos el patógeno. A partir de eso, podríamos sintetizar el antibiótico preciso para solucionar el problema sin matar al paciente en el proceso. —Miró alrededor del quirófano—. Pero dudo que tenga alguna de esas máquinas.

Juno suspiró. —No, pero tenemos algunos genéricos.

—Eso es un poco drástico, y bastante anticuado hoy en día.

—Es todo lo que tenemos.

Steph sopesó su siguiente movimiento. Podía ayudar a salvar la vida de este hombre, algo a lo que como médico estaba obligada. Pero, por otro lado, podía hacer que pareciera que estaba cooperando mientras ayudaba a despachar a este cabrón un poco más rápido. Aun así, sería un pequeño consuelo por lo que les hicieron a Scott y a Cyrus. Tenía que pensar.

—Vale, mejor enséñeme todo lo que tiene en existencias.

—Claro. —Juno pareció animarse ante la perspectiva de que alguien con conocimientos médicos descifrara las etiquetas de los suministros que esta banda tuviera en su destartalada enfermería—. Venga, por aquí.

Salieron del quirófano y pasaron a la enfermería exterior. El guardia se levantó y los siguió. —Oye, Juno.

Se dio la vuelta bruscamente. —¿Qué?

—¿Estás seguro de que es prudente, ya sabes, dejar que husmee entre todo eso? ¿Y si está pensando en meterle al capi..., eh, al paciente, un chute de veneno?

—Oye, que no soy tonto del todo. Tengo una vaga idea de para qué sirve la mayoría de esa mierda. Lo comprobaremos primero en la base de datos.

El guardia le dedicó a Steph una mirada larga y dura antes de asentir hacia Juno. —Más te vale tener razón.

Juno abrió la puerta de un pequeño almacén. Tan pequeño que solo él y Steph cabían dentro. El guardia se quedó fuera.

—Es un tipo desconfiado, ¿verdad? —Steph señaló con la cabeza hacia la puerta.

—Es lo que pasa cuando tus padres son gorilas. —Miró a Steph —. Sin ánimo de ofender a los gorilas.Steph reprimió una sonrisa. No iba a darle esa satisfacción. En su lugar, paseó la mirada por las estanterías y armarios. Parecían estar bien surtidos de analgésicos y sedantes, todos genéricos. Cajas de vendas y sellador de heridas se apilaban del suelo al techo. Eran suministros de campaña, quizá robados de alguna base minera donde este tipo de heridas eran demasiado comunes. Pero nada de esto iba a ayudar al tipo del exoesqueleto. Su guerra era interna y, sin ayuda farmacéutica, iba a morir. También había empezado a darse cuenta de que probablemente él era el capitán de este cacharro. Al guardia se le había escapado, pero simplemente había confirmado sus propias sospechas. Por eso era tan importante para ellos. Pero esto ahora planteaba un dilema a Steph: ¿Cómo se comportaría un grupo como este sin su líder? Suponiendo que muriera. Las acciones recientes debían de haber sido autorizadas mucho antes de que su capitán quedara incapacitado, pero ¿quién mandaba ahora y cuál era su plan?

No podía responder a ninguna de estas preguntas y, en muchos aspectos, no importaba. Suponiendo que cumplieran su palabra, entonces todos serían liberados ilesos si el rescate se pagaba y cuando se pagara. Le dolía la cabeza solo de pensarlo.

Cogió un vial de un potente antibiótico.

—Tenga, empiece con esto —se lo entregó a Juno—. Tiene que ser por vía intravenosa —lo miró—. Puede hacerlo, ¿verdad?

—Sí, creo que podré apañármelas —su respuesta estaba teñida de sarcasmo.

—Bien. La mitad ahora, el resto en cuatro horas. Además, póngale un ventilador y oxígeno, y por el amor de Dios, no vuelva a sedarlo.

Juno la miró como un colegial al que acaban de pillar.

—¿Cómo lo ha sabido?

—¿Me lo está preguntando en serio?

—Vale, pero a veces puede ser un poco difícil de manejar.

—Limítese a hacerlo —paseó de nuevo la mirada por el inventario —. ¿Tiene más?

—Sí, creo que sí.

—Pues encuéntrelo, porque tendrá que seguir metiéndoselo durante las próximas noventa horas más o menos.

Él asintió y empezó a rebuscar en las estanterías. En cuanto le dio la espalda, Steph aprovechó su oportunidad. Había visto cicloprofmazina ya precargada en microjeringuillas. Era un sedante potente, en dosis pequeñas. En dosis mayores, era letal. Alargó la mano y se guardó varios de los paquetes en el bolsillo justo antes de que Juno volviera a levantar la vista.

—Vale, parece que tenemos seis viales más.

—Bueno, entonces ya no me necesita, ¿no?

—Eh, no. Debería apañármelas desde aquí —hizo una seña al guardia que estaba fuera—. Él la llevará de vuelta... y gracias por la ayuda.

Steph lo miró por un momento.

—Váyase a la mierda.

11

RASCADORES

El cerebro de Scott, privado de oxígeno, empezó a reanimarse en el viaje de vuelta a la estación de investigación. Por pura suerte, la base estaba ocupada, y gracias a eso se habían salvado de una muerte casi segura. Pero, a medida que su mente se despejaba, empezó a preguntarse quién era esa gente. No eran científicos, de eso no cabía duda. Entonces, ¿qué hacían allí? No tenía respuestas y no podía hablarlo con Cyrus por miedo a que Spence y Wolfe los oyeran. Sin embargo, tanto él como Cyrus estaban vivos; al menos, de momento.

Cuando por fin llegaron a la base, los llevaron a conocer a Dogg, el líder de la banda. Estaba sentado detrás de una mesa larga y estrecha, flanqueado por otros dos hombres. Les trajeron comida, que consistía en simples paquetes de raciones. Tanto Scott como Cyrus descubrieron que estaban hambrientos y aceptaron la comida de buen grado.

—Bueno —empezó Dogg—, me dice aquí su colega que su nave, la Hermes, nada menos, ¿ha sido destruida?

Scott se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Sí, todo el episodio está un poco borroso, porque intentábamos escapar mientras sucedía. Pero, por lo que sabemos, tomaron como

rehenes a la tripulación y a los pasajeros y luego pusieron explosivos para volar la Hermes.

—¿Alguna idea de quién querría hacer algo así o de qué querían?

—No, ninguna. Estamos igual que usted.

Dogg ladeó la cabeza como si estuviera sopesando algo.

—¿Quién iba a bordo?

Scott miró a Cyrus, intentando averiguar cuánto les había contado ya el ingeniero a estos tipos.

—Transportábamos a algunas personas a una sesión especial de la ONU que se celebra en la Ciudad de Jezero, en Marte. Íbamos a hacer una parada en la órbita de Ceres para recoger a unos cuantos más cuando atacaron.

Dogg se inclinó y le lanzó a Scott una mirada severa.

—No ha respondido a la pregunta. ¿Quién iba a bordo?

Scott se preguntó qué clase de rollo se traían. No era muy amistoso, pero tampoco abiertamente amenazador.

—Regina Goodchild, jefa del Consejo de Europa. Algunos otros que no conozco, y creo que se suponía que debíamos recoger a la canciller Bezzio de Ceres, así que puede que también esté allí.

Dogg se recostó en la silla y silbó.

—Vaya lista de pasajeros. Gente de muy alto rango.

—Tiene que correr la voz. Avisar a las autoridades de Dantu, hacerles saber lo que ha pasado.

Dogg levantó una mano.

—Eh... un momento. Para empezar, supongo que quien tenga que saber sobre este incidente ya lo sabe. Y segundo, no es que queramos publicitarnos ante aquellos a los que podría no gustarles que usemos estas instalaciones sin pedir permiso primero.

Miró a Spence y a Wolfe, y los tres se echaron a reír.

—No creo que les sentara muy bien —se inclinó de nuevo—. Lo que nos lleva a qué hacer con ustedes. Verán, nos han puesto en una posición bastante delicada.

Scott dejó de masticar.

—Nosotros estamos contentos de estar vivos.

—Seguro que sí, pero ahora tenemos un problema. Alguien podría empezar a buscarlos. O ver una lanzadera estrellada ahí fuera

en el cráter y pensar que valdría la pena investigar.

Scott y Cyrus permanecieron en silencio, esperando el mazazo. Dogg hizo un gesto con la mano.

—Por otro lado, tenemos que considerar que no estaríamos aquí si no fuera por usted, comandante Scott McNabb.

Scott no estaba seguro de seguir el hilo; quizá su cerebro aún estaba falto de oxígeno.

—Eh, ¿cómo es eso?

—Cuando voló por los aires el Dyrell. Fue usted, ¿verdad? ¿El comandante Scott McNabb de la Hermes?

Scott inclinó la cabeza ligeramente, como si el gesto fuera a ayudarle de algún modo a entender.

—Sí, fui yo.

—Pues que cambió las reglas del juego, colega. Eso es lo que pasa.

Scott estaba confuso, y se le notaba.

Dogg miró a Spence y a Wolfe.

—No tiene ni idea —hizo un gesto hacia Scott—. ¿Dónde se ha metido?

Scott se encogió de hombros.

—Hemos estado en una misión para estudiar las lunas de Saturno estos dos últimos años. Así que estoy un poco desconectado.

Dogg se acomodó en su asiento.

—Laboratorios Dyrell es uno de los Siete.

Otra vez ese nombre: los Siete, pensó Scott.—Cuando usted destruyó su nave y Europa empezó a ponerse pesada con las reparaciones... bueno, eso abrió un hueco en el mercado. Verá, hasta ese momento, los Siete controlaban todos los recursos que llegaban a la Tierra desde el Cinturón. Lo que significaba que ciertos países y organizaciones no tenían acceso directo, ni suministros. No les quedaba más remedio que aceptar cualquier trato que los Siete les ofrecieran. Era una forma de mantenerlos a raya, de tenerlos controlados. Pero sus acciones crearon una escasez, y esta fue cubierta por, digamos, algunos corsarios emprendedores.

—¿Pero y Marte? —dijo Cyrus—. ¿Creía que controlaban las rutas comerciales?

—Bah —Dogg agitó un brazo—. Marte está más que contento de ver socavado el monopolio de los Siete. Hacen la vista gorda, siempre y cuando no sea demasiado descarado.

—¿Y el Cinturón?

—Más que felices de facilitar una cadena de suministro alternativa, aunque sea técnicamente ilegal. Están hartos de que los controlen tanto la Tierra como Marte.

—¿Así que de eso va todo esto? ¿Contrabando?

Dogg dio una palmada en la mesa. —Desde luego. Gracias a usted, los rascadores tenemos futuro.

—¿Rascadores?

Dogg negó con la cabeza. —De verdad que necesita salir más. Rascadores: los que nos buscamos la vida en los huecos que quedan entre las grandes corrientes económicas del Sistema.

Scott examinó la sala en la que se encontraban y se dio cuenta de que estaba abarrotada de contenedores. Debían de estar usando este lugar como punto de escala. Un sitio para esconder el producto antes de enviarlo a la Tierra, o adondequiera que fuese. Todavía estaba intentando asimilarlo todo cuando otro miembro de la banda entró y le susurró algo al oído a Dogg. Este miró a Scott y a Cyrus y luego se levantó para hablar en privado con su colega. Scott y Cyrus intercambiaron una rápida mirada. Dogg regresó, se sentó y los observó. —Parece que se ha pedido un rescate por la liberación de Goodchild, Bezzio y los demás. También se ha informado de que ambos murieron cuando la Hermes explotó.

—¿Un rescate? ¿Quién?

Dogg se encogió de hombros. —Quién sabe. Pero toda esta peripecia nos ha complicado un poco la vida a mí y a mi tripulación. Tendremos que adelantar nuestros plazos. Tenemos mucho que preparar. Mientras tanto, Spence les mostrará dónde pueden asearse y descansar un poco. —Se levantó de su asiento, indicando que la conversación llegaba a su fin.

Scott también se levantó. —Hay una cosa más. Hay un objeto que rescatamos de la Hermes que sigue en la lanzadera. Me

interesaría mucho traerlo aquí a buen recaudo.

Dogg se detuvo. —¿Y qué es?

Scott vaciló. ¿Podía confiar en esta gente? Cierto, él y Cyrus les debían la vida, pero hasta ahí llegaba la cosa. Aun así, estaba ansioso por no perder de vista a Aria. —Es el núcleo de IA de la Hermes.

Los ojos de Dogg se abrieron de par en par. —¿De verdad? Vaya, eso sí que es interesante. —Entornó los ojos un poco, como si intentara recordar algo—. Corríjame si me equivoco, pero la Hermes usaba una inteligencia cuántica para su funcionamiento general.

—Sí, de hecho es una IC.

Hubo una oleada de murmullos furtivos entre los presentes al oír aquello. Dogg se irguió un poco. —¿Me está diciendo que tiene un núcleo de IC dentro de los restos de esa lanzadera?

—Correcto. Y como puede imaginar, no es algo que nos gustaría dejar por ahí... tirado.

—Desde luego —Dogg se rascó la barbilla un segundo, luego hizo un gesto displicente con la mano—. Bueno, no va a ir a ninguna parte de momento, así que no se preocupen. Ya hablaremos de ello. —Asintió a su colega—. Spence, ¿puedes enseñarles dónde pueden descansar?

Spence asintió, pero era evidente que algo no le hacía gracia.

—Una cosa más —Dogg se volvió hacia ellos—. Algunos de mis hombres preferirían que los encerráramos. Hay mucha, digamos, sensibilidad en torno a lo que hacemos, y a ciertos individuos les... incomodaría que ustedes dos anduvieran husmeando por ahí. Sin embargo, creo que eso sería, digamos, poco caballeroso. Así que, ¿tengo su palabra de que se quedarán donde están hasta que mi tripulación y yo hayamos terminado nuestros preparativos?

Scott le lanzó una rápida mirada a Cyrus y luego le tendió la mano. —Por supuesto, lo entendemos. Tiene mi palabra.

Dogg le estrechó la mano y asintió. —Muy bien, entonces. Spence les enseñará el camino.

Scott sintió una profunda fatiga invadirlo mientras seguía a Spence. Su cuerpo, al percibir que ya no corría peligro inminente, había cortado el suministro de adrenalina, o lo que fuera que lo

había mantenido en pie desde el ataque a la Hermes. Se estaba desplomando, y todo deseo de permanecer alerta lo abandonaba. Su entorno pasó como un borrón, y apenas fue consciente de la habitación a la que los llevaron. Se derrumbó sobre una litera destartalada y cerró los ojos. En la distancia, le pareció oír a Cyrus mascullar algo, pero no logró distinguir las palabras. Cayó en un sueño profundo y sin sueños.

Scott se despertó en la oscuridad con un escalofrío. La temperatura de la instalación había bajado, y la única luz provenía de una tenue tira de iluminación de emergencia que recorría el techo. —¿Cyrus, estás despierto? —Scott miró y pudo distinguir un bulto en la litera de enfrente. Se movió—. Cyrus, algo va mal con la energía.

—¿Eh? —respondió el bulto.

Scott se incorporó y pasó las piernas por el borde de la litera. —¿Cuánto tiempo hemos dormido?

Cyrus gruñó mientras consultaba su reloj interno. —Joder... casi diez horas. —Se levantó lentamente de la litera.

Diez horas. ¿Cómo es posible?, pensó Scott. —¿Quizá nos drogaron?

—O quizá bajaron los niveles de oxígeno. Eso y el hecho de que estábamos bastante agotados.

Scott se llevó un dedo a los labios para indicarle a Cyrus que guardara silencio.

—¿Qué? —susurró Cyrus—. No oigo nada.

—Esa es la cuestión —dijo Scott—. Yo tampoco. Hay mucho silencio ahí fuera. —Le lanzó una mirada a Cyrus—. Creo que tenemos que investigar, averiguar qué está pasando.

Abrieron la puerta y salieron a un corto pasillo. Estaba tenuemente iluminado, pero no por la luz de emergencia. Esto significaba que todavía había energía en la instalación, algo que alivió a Scott. La sección en la que se encontraban era subterránea, como la mayor parte de la estación de investigación. Avanzaron en silencio por el pasillo hasta una escalera al fondo. No oían nada más que el sonido de sus propios pasos. Salieron de las escaleras a la

zona de la planta baja donde se habían encontrado por primera vez con Dogg y su tripulación. Estaba completamente vacía.

—Mierda. Se han ido —dijo Scott.

Cyrus se quedó mudo mientras contemplaba el espacio desolado. —¿Cómo...?

—¿Hola? —gritó Scott. Pero no hubo más respuesta que un débil eco. Miró a Cyrus mientras la realidad de su situación empezaba a calar hondo—. Han desaparecido, se lo han llevado todo y nos han dejado tirados aquí.

Cyrus tardó uno o dos segundos en responder. —¿Pero cómo? No vi ninguna lanzadera fuera.

—Obviamente, alguien los recogió.—Bueno, genial. Simplemente genial. Creía que estábamos a salvo.

Cyrus dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Será mejor que averigüemos con qué contamos en cuanto a soporte vital —Scott echó un vistazo al espacio—. Busquemos la sala de control. Vamos.

Tanto Scott como Cyrus habían estado en muchísimas estaciones de investigación a lo largo de los años, y todas tenían una distribución similar. Era un diseño perfeccionado por la funcionalidad y la necesidad a partes iguales. En la superficie había una estructura abovedada que se usaba principalmente para el almacenamiento de mercancías y vehículos. No era un lugar en el que quisieras pasar mucho tiempo a menos que contara con un denso blindaje contra la radiación o su propia magnetosfera. Esta última era un avance tecnológico reciente que requería una fuente de energía considerable para funcionar.

La mayor amenaza para la vida en el espacio era la radiación cósmica, un ruido de fondo constante de isótopos pesados que viajaban a casi la velocidad de la luz. La exposición dañaba la vida celular y, si era prolongada, conducía a una muerte segura. Por eso todo necesitaba un blindaje físico de alta densidad. Pero había otra manera, la misma que usaba la Tierra para proteger toda la vida en el planeta. Era uno de los elementos vitales necesarios para que existiera vida en la superficie: el campo magnético terrestre. Elegantemente simple en muchos sentidos, pero emularlo a pequeña

escala requería un suministro de energía eléctrica ingente. Afortunadamente, con la llegada de la tecnología LENR, esto ya no era un problema tan grande. El problema para Scott y Cyrus, sin embargo, era que los generadores eran pequeños, fáciles de transportar y valían una cantidad considerable de dinero. Por eso Dogg y su tripulación habían despojado a la estación de investigación de su fuente de energía, y ahora solo funcionaba con un sistema de emergencia.

—Será mejor que bajemos —dijo Scott—. Sospecho que también han robado el LENR de la estación. —Miró hacia el techo de la cúpula—. Por eso estamos con energía de reserva y no tenemos magnetosfera. Nos vamos a freír si nos quedamos aquí arriba.

—Cabrones. Nos han dejado aquí para que muramos.

—Vamos. Todavía no estamos muertos. —Volvieron a la escalera y bajaron a los niveles inferiores.

Scott sabía que ser bombardeado con radiación cósmica era la menor de sus preocupaciones. Con solo una fuente de energía de emergencia, la estación de investigación se quedaría sin energía tarde o temprano. Cuando eso sucediera, estarían muertos. Era solo cuestión de tiempo, aunque cuánto, no lo sabrían hasta que localizaran la sala de control y consultaran los sistemas.

No tardaron mucho en encontrarla: una sala circular cuyas paredes estaban revestidas de monitores y paneles de mando. En el centro había una holomesa baja. Scott dejó a Cyrus la tarea de averiguar cuánta energía —y, por tanto, tiempo— les quedaba. Él continuó su búsqueda por los niveles inferiores para encontrar qué comida habían dejado, si es que habían dejado algo. También tenía la vana esperanza de que les hubieran dejado un traje EVA funcional, y si podían encontrar algo de hidrógeno, podría haber una pequeña posibilidad de que pudieran hacer funcionar la lanzadera, lo suficiente como para que uno de ellos llegara a Dantu e iniciara el rescate de quien decidiera quedarse. Entonces cayó en la cuenta: Aria.

Scott se detuvo en seco al asimilar la realidad. Se habían llevado a Aria. Estaba seguro de ello. Justo lo que le había prometido a Aria que no pasaría acababa de pasar. La IA había caído en las *manos*

equivocadas. Scott tuvo que apoyarse en la pared del pasillo. Lentamente, se deslizó hasta sentarse en el suelo y se cubrió la cara con las manos. La había cagado. No solo eso, probablemente acababa de acelerar la extinción de toda la raza humana.

12

LA PERCEPCIÓN

Miranda salió de la piscina y se acercó a la tumbona donde había dejado la toalla. Se secó rápidamente la cara y el pelo y se sentó justo cuando uno de los droides de la nave llegó con un margarita y se lo presentó con la floritura de un camarero experimentado. Cogió la copa, bebió un sorbo y contempló el universo más allá del largo ventanal que recorría toda la piscina. Miranda se permitió un largo y satisfecho suspiro, y tuvo que admitir que podría llegar a gustarle este estilo de vida. Desde luego, era mucho mejor que viajar en una vieja y destartalada nave espacial.

La nave que su padre le había proporcionado para su transporte de vuelta a la Tierra era lujosa más allá de lo que Miranda hubiera podido imaginar. Era tan grande como la Hermes, con un toro giratorio que proporcionaba un cómodo entorno de 1 g, pero ahí terminaban las similitudes. Era de última generación, diseñada para ser lo último en viajes espaciales. Todas las zonas, todos los objetos y todas las superficies eran suaves, lisas y suntuosas. La iluminación era tenue y difusa, y parecía provenir de todas partes y de ninguna a la vez. Incluso el aire tenía un vago aroma botánico que cambiaba sutilmente a medida que se movía por el interior de la nave. El efecto que le produjo a Miranda, cuando subió a bordo por primera vez, fue como entrar en un sueño.

También era autónoma; Miranda era la única humana a bordo. No había tripulación ni nadie al timón, por así decirlo, salvo la IA de la nave, Max. En consecuencia, no había puente de mando, ni sala de operaciones, ni centro de control. Para una oficial de vuelo como Miranda, aquello era un poco desconcertante. Sin un centro de mando humano, ¿cómo saber lo que hacía la nave, dónde estabas en el espacio o a qué velocidad viajabas?

La IA le aseguró que todo iría bien, que simplemente debía relajarse y disfrutar del viaje. A continuación, le presentó a un droide remoto que sería su sirviente personal durante el trayecto. Cualquier cosa que quisiera, solo tenía que pedirla y se organizaría.

Los primeros días después de salir de Europa, Miranda se deleitó en el lujoso entorno e investigó la distribución de la nave. No solo no tenía puente de mando, sino que tampoco había comedor comunitario, ni laboratorios, ni talleres; ninguna de las zonas que esperaba encontrar tras años viviendo y trabajando en naves científicas. Sin embargo, sí que tenía una piscina.

Fue Max quien le sugirió que utilizara la piscina y le informó de que la calentarían a su gusto. Miranda no se lo creyó del todo hasta que por fin la vio. Eso fue a los pocos días de viaje, después de que Max le informara de que el encendido inicial había concluido y que ya podía usar la piscina. Esperaba encontrarse con algo un poco más grande que un jacuzzi, pero aquello medía treinta metros de largo y diez de ancho. Miranda no estaba segura de cómo la nave equilibraba el peso de toda esa agua; no es que le importara. También estaba encajada entre dos jardines tropicales que se curvaban suavemente para seguir los contornos del borde exterior del toro.Y así, Miranda pasó los primeros días de su viaje a casa disfrutando del placer culpable del lujo y los mimos. No tenía ni idea de lo rica que era la familia VanHeilding. Por lo que su madre le había contado, sabía que eran ricos, pero esto era otro nivel de riqueza. Estaba a una escala que ni siquiera había creído posible.

¿Cuánto había costado todo aquello? Simplemente para devolver a un miembro de la familia —y ni siquiera un pariente de sangre— a la Tierra. Una parte de ella lo veía como una opulencia obscena y derrochadora. Pero otra parte lo disfrutaba; esa parte de ella estaba

hipnotizada y adormecida al verse libre de todas las pruebas y tribulaciones del Sistema, a salvo dentro de la suave opulencia de todo aquello. La hacía sentirse importante. Tener todo eso para ella sola, para su propio placer y disfrute, hacía que una parte de ella se hundiera en un universo paralelo donde la sordidez del mundo real quedaba muy, muy atrás.

Pero la realidad encontró la forma de volver a su mente. Le llegó en forma de pensamientos sobre Scott y lo que había dejado atrás. ¿Volvería a verlo? ¿Acaso quería hacerlo? ¿Había sido una tonta por haberse involucrado con él de esa manera? Estaba claro que su partida le había afectado más a él que a ella. Sin embargo, una parte de ella deseaba que él estuviera allí para compartir esta experiencia, y quizá de eso se trataba la vida. ¿De qué servía todo si no tenías con quién compartir las alegrías y las penas?

Mientras los pensamientos sobre lo que dejaba atrás la asaltaban, también especulaba sobre lo que le esperaba en la Tierra. ¿Hacia qué se dirigía? No sabía nada de esa familia con la que había emparentado su madre al casarse, aparte de que era una de las más ricas de la Tierra. No sentía ningún apego; de hecho, los despreciaba. Tampoco sentía mucho apego por su propia madre, una mujer cuya habilidad para conspirar y manipular era legendaria. Miranda había aprovechado la primera oportunidad para alejarse lo más posible de su esfera de influencia. Por eso se había alistado en el ejército, pero incluso allí el poder de su madre había movido hilos y le había allanado el camino. Así que, cuando a Miranda finalmente le dieron la baja, empezó a pensar que adentrarse en el espacio profundo podría ponerla fuera del alcance de su madre. Al final resultó que, en esa etapa, su madre había perdido el interés en ella, ya que había empezado a nadar en el campo de minas político y social que constituía su relación con Fredrick VanHeilding. Era, en apariencia, una relación con la que Miranda estaba contenta, aunque no por ninguna preocupación por el bienestar emocional de su madre, sino porque evitaba que su madre se inmiscuyera en la vida de Miranda.

En resumen, no se tenían ningún aprecio, así que, ¿por qué esta nueva familia se gastaba tanto dinero en traerla de vuelta? ¿Para

despedirse? De algún modo, Miranda no terminaba de creérselo. Sin embargo, con todo este autoexamen, empezó a sentir que quizá no era tan diferente de su madre. Había un atractivo en este estilo de vida, una sensación de estar por encima de los estratos desordenados y sucios de la vida común. Podía sentir cómo la llamaba, apelando a su amor propio, diciéndole que era especial, que se lo merecía. Pero ¿adónde la llevaría eso? ¿La llevaría a un lugar donde las relaciones se basarían simplemente en cuánto podía hacer alguien por ella? Se estremeció; quizá, después de todo, no era tan diferente de su madre. Lo había sentido en su interior antes: esa sensación de control sobre los demás, la capacidad de manipular, de doblegar a la gente a su voluntad para su propio beneficio. Se imaginó la cara de Scott cuando le dijo que se iba. Estaba destrozado, más aún porque el pobre idiota creía que estaba embarazada. Se rio. Fue una especie de reflejo que no pudo evitar. Sin embargo, no encontró alegría en ello, solo... soledad. La revelación la golpeó como un tsunami. La arrolló y borró todas las pretensiones que tenía de vivir esta vida de lujo. En realidad, nunca se había sentido más sola, y a medida que la nave se abría paso por el sistema solar, la alejaba cada vez más de lo que ahora sabía que era lo que realmente quería en la vida: la amistad verdadera.

Suspiró, miró a través del ventanal de la piscina el vasto despliegue de estrellas y le ordenó al droide que le trajera otro margarita.

Al séptimo día de viaje desde Europa, Miranda podía añadir el aburrimiento a su creciente sensación de soledad. Así que le preguntó a Max si había algo en la nave para estimular la mente. Sugirió la biblioteca. Pero no era una biblioteca en el sentido tradicional: no había libros propiamente dichos. En su lugar, había mesas holográficas elegantemente dispuestas, intercaladas con asientos bajos y cómodos, y una extraña colección de antigüedades que se remontaban a un siglo anterior. Como el resto de la nave, era suntuosa y estaba equipada con todo lujo de detalles. Miranda se dio cuenta de que esa zona era lo más parecido a un centro de mando en la nave. Al menos allí podía obtener algunos datos sobre su posición actual en el sistema solar. Hizo que una de las mesas

holográficas mostrara un esquema del Sistema con la trayectoria de su nave, la *Percepción*, y su ubicación actual trazadas. También ordenó rastrear la *Hermes*, aunque no estaba segura de si eran datos en tiempo real o simplemente la mejor suposición de la IA sobre su ubicación. En términos relativos, la *Hermes* no estaba muy lejos, ya que había dejado la órbita de Europa solo un día después que su nave. Sin embargo, su trayectoria se desviaba de la suya, ya que ella se dirigía a la Tierra y ellos a Marte, con una parada en Ceres. Dejó esto funcionando en segundo plano mientras empezaba a investigar lo que la nave tenía en su base de datos sobre la familia VanHeilding. No lo hacía por una curiosidad filial, sino más bien por el principio de *conoce a tu enemigo*.

A medida que pasaban los días, Miranda fue cayendo en una rutina que incluía ejercicio en el gimnasio de la nave, un rato en la piscina y muchas horas en la biblioteca. Y así empezó a hacerse una idea, no solo de los VanHeilding, sino de su relación con las otras seis megacorporaciones, conocidas generalmente como las Siete.Entre ellas se habían labrado un monopolio virtual sobre la mayoría de las principales industrias de la Tierra, a pesar de que se afirmaba que eran responsables de la calamidad que fue la Guerra del Borde. Pero lejos de perder poder e influencia, se habían hecho aún más fuertes. El cómo había llegado a ocurrir esto era objeto de mucha especulación. Se habían postulado varias teorías, pero la que parecía tener más credibilidad era que, simplemente, se habían vuelto demasiado grandes para ser detenidas. Parte de esto tenía que ver con el poder de la IA para moldear y manipular a las personas y los mercados, y parte era el nuevo fenómeno de la longevidad. Las familias que controlaban estas vastas corporaciones simplemente vivían mucho más tiempo, lo que les daba más margen para consolidar su control sobre las palancas del poder. Antes de los avances en ingeniería genética que permitieron este «milagro», los líderes morían de forma natural y cedían las riendas del poder a sangre nueva. Esta transmisión de poder siempre había sido así, pero ya no. Estos dos avances tecnológicos se habían combinado para crear un estrato completamente nuevo de riqueza y poder, del que Miranda, le gustara o no, ahora formaba parte.

Pero lo que más la sorprendió fue que, hasta ahora, sabía muy poco de todo esto. Quizá simplemente no había tenido necesidad, ocupada como estaba lidiando con las exigencias de ser oficial de vuelo en una nave científica del espacio profundo, por no mencionar su relación con Scott. Cada vez que pensaba en él o en los demás, echaba un vistazo a la proyección en 3D de la trayectoria actual de la Hermes a través del Sistema. Era una forma, quizá, de asegurarse de que seguían ahí fuera y de que no había perdido el contacto por completo.

Fue en una de esas ocasiones, mientras Miranda miraba la proyección, cuando se dio cuenta de que la Hermes ya no estaba siendo rastreada. Su propia nave estaba allí, con su trayectoria inscrita a través del Sistema, pero no había ninguna para la Hermes.

—Max, ¿puedes volver a mostrarme la trayectoria de la Hermes? Parece que se ha desactivado.

—La Hermes ya no existe. —Su respuesta fue fríamente objetiva.

Miranda se quedó helada. Si hubiera sido un humano quien le diera esa respuesta, se lo habría tomado como una broma. Pero las IA no eran conocidas por su humor.

—¿Qué quieres decir?

—Ha dejado de existir como nave espacial funcional.

La preocupación de Miranda empezó a aumentar.

—¿Cómo es posible?

—Sufrió un desmontaje catastrófico hace aproximadamente doce horas y cuarenta y seis minutos, mientras se encontraba con una lanzadera de Dantu en Ceres.

Miranda se levantó de un salto y se quedó mirando la proyección 3D, como si ese acto pudiera ayudarla a encontrarle sentido a lo que le acababan de decir. Pensó en Scott y en sus amigos, y tuvo que apoyarse en el borde de la mesa holográfica mientras la realidad la golpeaba.

—¿Por qué no me has informado antes? Mis amigos están en esa nave.

—Por favor, perdone mi insensibilidad. Mi propósito es velar por su comodidad durante el viaje a la Tierra, por lo que no quería angustiarla.

—Jod... —Pero no terminó la frase. Sabía por experiencia que de poco servía enfadarse con una IA—. Muéstrame su última ubicación y dame un canal de emisión general para que pueda ver las noticias sobre este incidente.

Un punto rojo apareció en la proyección, mostrando la última ubicación conocida de la Hermes. Al mismo tiempo, su propia pantalla de datos se llenó de canales de emisión directos desde Dantu en Ceres.

Miranda volvió a sentarse y examinó los canales. A medida que leía, empezó a hacerse una idea de lo que había sucedido. La lanzadera que transportaba a la canciller Bezzio de Ceres había sido secuestrada en ruta y luego utilizada como tapadera para abordar la Hermes. Varias personas habían sido tomadas como rehenes, supuestamente para pedir un rescate. Miranda se sintió aliviada al ver que la doctora Stephanie Rayman era una de ellas. Esto significaba que ella, al menos, seguía viva. Pero dos miembros del séquito de Goodchild murieron en el tiroteo, y el comandante Scott McNabb y el ingeniero jefe Cyrus Sanato se daban por muertos tras la explosión de la nave.

A Miranda se le encogió el corazón. *¿Scott y Cyrus muertos?*

También se dio cuenta de que ella misma podría haber estado en la Hermes cuando fue atacada si no hubiera aceptado la oferta de su padre para un viaje de vuelta a la Tierra. *¿Qué probabilidades había de que eso pasara?*, pensó. Era un poco desconcertante que la IA hubiera decidido no informarle del ataque, optando en cambio por ignorarlo. Algo estaba pasando, lo sentía en sus entrañas. O eso, o se estaba volviendo paranoica. ¿Intentaban los VanHeilding ocultarle algo?

Volvió a leer más informes y empezó a notar que todos usaban el término «presuntamente muertos», lo que era muy diferente de estar *realmente* muerto. Un rayo de esperanza brotó en su interior; había una posibilidad de que siguieran vivos. Una muy pequeña, pero una posibilidad al fin y al cabo.

—¿Max?

—¿Sí, Miranda?

—¿Podemos cambiar de rumbo y desviarnos a la última ubicación de la Hermes? Creo que deberíamos investigar esto.

—Lo siento, pero no estoy autorizado a hacerlo. —La respuesta de la IA fue, de nuevo, objetiva.

—¿Por qué no? —replicó Miranda bruscamente.

—Esa solicitud está fuera de mis parámetros operativos.

Miranda sabía que intentar que una nave espacial autónoma cambiara de rumbo era una posibilidad remota.

—¿Es usted consciente de las leyes que rigen a las naves espaciales autónomas que viajan por el espacio interplanetario al recibir una señal de socorro, Max?

—Sí, por supuesto que lo soy.

—¿Y se da cuenta de que tiene el deber de responder a una señal de socorro de otra nave mientras estamos aquí en el espacio profundo?

—Soy plenamente consciente de las leyes a este respecto. Sin embargo, dado que ahora hay varias naves de Ceres investigando el lugar, seríamos de poca ayuda. De hecho, podríamos incluso ser un estorbo. Por lo tanto, continuaremos hacia la Tierra como estaba previsto.

Miranda se dejó caer en el sofá y examinó los canales de noticias mientras intentaba pensar en un argumento que convenciera a la IA de cambiar de rumbo. Pero no se le ocurrió ninguno. Al menos, ninguno que le sirviera de algo. Si tuviera el rango de comandante, entonces la ley del Sistema le permitiría simplemente requisar la nave. Pero no lo era; tenía el rango de oficial de vuelo, que no era suficiente para que la IA cumpliera sus órdenes.

No se le ocurrió nada más que enviar un mensaje a Fredrick VanHeilding solicitando autorización para tomar el control de la nave e investigar el ataque a la Hermes. Pero ya sabía cuál sería la respuesta. Se dio cuenta entonces de que estaba atrapada —efectivamente, una cautiva— y no había nada que pudiera hacer al respecto.

13

SOLOMON

El abatimiento de Miranda era tan profundo que apenas oyó a Max llamándola, tratando de captar su atención.

—Miranda... ¿Miranda?

—Eh... sí, ¿qué ocurre?

—Hay un mensaje interactivo para usted desde Europa.—¿Cómo? —La sacudieron de vuelta a la realidad—. De acuerdo, claro. ¿Puede reproducírmelo?

—Por supuesto.

La mesa holográfica central de la biblioteca cobró vida y un ovoide delicadamente iluminado apareció flotando sobre su superficie. Lo reconoció como el avatar de Solomon. Pulsaba mientras hablaba. —Saludos, Miranda. La IA de su nave me ha informado de que ya está al tanto del incidente de la Hermes. Como puede imaginar, todos estamos muy preocupados por estos acontecimientos. Sin embargo, el Consejo de Europa necesita su ayuda.

Miranda se preguntó qué clase de ayuda podría prestar, ya que en la práctica era una prisionera en aquella nave.

—Antes de que la Hermes fuera destruida, Aria consiguió enviarme un volcado de datos aquí, a Europa, así que nos hemos enterado de algunos de los sucesos que condujeron a la destrucción

de la nave. Comprendo que quizá haya visto o leído parte de esta información en los canales de emisión generales, ya que hemos hecho pública una buena parte. Dicho esto, hay cierta información que no hemos revelado. Primero, tenemos motivos para creer que tanto Scott McNabb como Cyrus Sanato estaban intentando evacuar la nave antes de que explotara.

Miranda se incorporó. —¿Están vivos?

El ovoide resplandeciente que era el avatar de Solomon parpadeó levemente mientras el mensaje reaccionaba a esta pregunta, buscando en los datos almacenados una respuesta adecuada. —No estamos seguros de si siguen con vida, ni siquiera de si consiguieron salir de la Hermes a tiempo. Pero —y seré terriblemente franco con usted, Miranda—, las posibilidades de que hayan sobrevivido son escasas. Sin embargo, *sí* sabemos que acababan de mover la lanzadera en ese momento, por lo que estaban de vuelta en la Hermes, cerca del puerto de atraque auxiliar. También sabemos, por los datos que Aria consiguió enviar, que Scott se negó a evacuar hasta haber recuperado el núcleo de Aria. Un gesto noble, si me permite añadir, ya que arriesgó su vida —por no hablar de la de Cyrus— para salvar a Aria. Sin embargo, una vez extraído el núcleo de Aria, este no proporcionó más información sobre las actividades dentro de la nave.

—Entonces, deben de haber salido usando la lanzadera.

El avatar de Solomon volvió a parpadear mientras formulaba una respuesta. —Es una hipótesis probable, aunque no segura. Lo que nos preocupa es que las estaciones de tierra de Ceres no han recibido ninguna comunicación de la lanzadera; ni siquiera una señal de socorro. Y tampoco ha habido avistamientos de la nave.

Miranda se recostó en el asiento. —Entiendo.

—Por desgracia, nadie los está buscando en este momento, ya que todas las naves de Ceres están centradas en el paradero de la nave de los atacantes. Es comprensible, puesto que su propia canciller está a bordo, por no mencionar a nuestra jefa de Gobierno aquí en Europa. Por eso necesitamos su ayuda.

Miranda se incorporó y señaló al avatar con un gesto. —No veo cómo podría ayudar. Esta es una nave autónoma, no tengo ningún

control sobre ella.

—Sí, lo comprendo, y Max me ha explicado su razonamiento. Sin embargo, dado que usted sigue legalmente bajo contrato con el Consejo de Europa —que considera su situación actual como un permiso por motivos personales—, el Consejo ha decidido ascenderla al rango de comandante como recompensa por sus extraordinarias contribuciones durante la misión de exploración de las lunas de Saturno.

—¿Comandante? —Miranda no estaba segura de haber oído bien.

—Sí. Creemos que es un ascenso justo y merecido, y debería permitir a Max facilitar sus peticiones de ahora en adelante.

Miranda se puso en pie. —¿Asumir el mando? —Ladeó la cabeza hacia el techo de la biblioteca, la fuente de la voz incorpórea de Max —. ¿Es eso cierto, Max?

—Sí..., comandante.

Miranda lanzó un puñetazo al aire. —*Sí*... No sé cómo darle las gracias, Solomon. Me sentía atrapada en esta nave.

El avatar de Solomon parpadeó y ondeó a través de todo el espectro de luz visible varias veces antes de volver a hablar. —Necesitamos su ayuda para encontrar a Scott y a Cyrus. He adjuntado algunos datos a este mensaje que describen varias hipótesis posibles. La más probable, dado el estado de la lanzadera que utilizaban, es un aterrizaje forzoso en algún lugar de las inmediaciones del cráter Rongo en Ceres. Queremos que los encuentre. Pero, por favor, tenga en cuenta que tenían muy poco aire, así que para cuando localice la lanzadera, puede que ya sea demasiado tarde.

Miranda bajó un poco la cabeza. —Comprendo.

—Una cosa más. Si consigue localizar la nave, necesitamos que recupere el núcleo de Aria. Es imperativo. Debe recuperar a Aria. No puedo recalcar lo suficiente la importancia de esto. Es una cuestión de seguridad para todo el sistema que la IA sea encontrada y asegurada. ¿Comprende?

—Sí. No se preocupe; si están ahí fuera, los encontraré.

—Muy bien, entonces. Le deseamos buena suerte. —El avatar se extinguió.

Volvió a sentarse y respiró hondo. *«Bien, allá vamos»*, pensó. —¿Max, puede trazar un rumbo hacia la última ubicación conocida de la Hermes?

Miranda esperó la respuesta con inquietud. Ahora descubriría si su recién adquirido rango tenía alguna validez para la IA de la nave.

—Por supuesto, comandante. Estaremos allí en aproximadamente once horas.

Miranda soltó un largo y lento suspiro, y luego se acercó al ventanal que se extendía a lo largo de toda la biblioteca. Miró hacia el infinito. *«Te encontraré. Te prometo que te encontraré, Scott»*.

—¿Comandante?

«Vaya», pensó Miranda. *«Ya empezamos».* —¿Sí, Max? ¿Qué ocurre?

—Hay un problema con el ajuste de rumbo.

«Lo sabía», pensó Miranda. *«Sabía que no podía ser tan fácil. Sabía que esa IA encontraría una forma de no ir a Ceres»*.

—Lamento informarle de que la piscina estará fuera de servicio mientras la nave realiza las maniobras necesarias para situarnos en el vector correcto hacia la órbita de Ceres. Sin embargo, me esforzaré por volver a ponerla en uso lo antes posible. Debo disculparme por este inconveniente.

Miranda se relajó. Una sonrisa se dibujó en su rostro. —No pasa nada, Max. Creo que podré arreglármelas sin ella un tiempo.

14

CRÁTER RONGO

Scott regresó y se encontró a Cyrus estudiando un torrente de datos en el monitor principal de la sala de operaciones de la estación de investigación. El ingeniero levantó la vista cuando Scott entró.

—¿Has encontrado algo?

—Hicieron un buen trabajo vaciando el lugar —se encogió de hombros—. He encontrado algunas raciones de comida en la cantina, suficientes para unos días. Hay agua de sobra, pero no mucho más. ¿Cómo vamos de energía?

Cyrus suspiró.

—Estamos tirando de la energía almacenada y no tenemos forma de generar más.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Es difícil de decir.

—A ojo, entonces.

—Si desconectamos todo lo que podamos y nos limitamos a una sola zona, entonces quizá... dos días.

—¿Dos días?

Cyrus se encogió de hombros.

—Dos y medio, como mucho.

Scott se dejó caer en uno de los asientos y miró a su alrededor.

—También va a empezar a hacer frío.

Cyrus asintió.

—Supongo que no hay comunicaciones, ¿no?

Cyrus negó con la cabeza.

Scott suspiró, se dio una palmada en las rodillas y se levantó.—Bueno, será mejor que empecemos. ¿Dónde crees que deberíamos atrincherarnos?

Cyrus hizo un gesto de resignación.

—Este sitio es tan bueno como cualquier otro.

—Vale, pues. Vamos a traer aquí todos los recursos que encontremos y luego desconectamos todo lo demás.

Unas horas más tarde, habían montado unas literas en la sala de operaciones, desconectado todos los sectores innecesarios y estaban comiendo algunas de las raciones que Scott había apilado en un banco en una esquina de la sala.

—A lo mejor vuelven. Ya sabes, como si solo hubieran salido a hacer una entrega y pensaran regresar. —Cyrus le dio un mordisco a la esquina de una barrita de proteínas.

—Entonces, ¿por qué llevarse el LENR —Scott hizo un gesto con la mano— y todo lo demás?

—Quizá hayan contactado con alguien en Dantu para avisarles de que estamos aquí tirados y que hay una misión de rescate de camino ahora mismo.

Scott se encogió de hombros.

—Me gustaría pensar que sí. De verdad que sí, Cyrus. Es solo que...

—¿Solo qué?

Pero antes de que Scott pudiera responder, una alerta sonó desde la consola. Ambos dejaron de comer, se levantaron y comprobaron los monitores.

—¿Qué es? —preguntó Scott.

Cyrus se sentó ante la consola y empezó a pulsar iconos.

—Dejé los sistemas de proximidad encendidos. Ya sabes... por si acaso.

—¿Y?

Cyrus levantó la vista hacia Scott.

—Algo acaba de activarlos.

Varias imágenes granuladas de las cámaras externas cobraron vida mientras los dedos de Cyrus pulsaban los iconos en los controles. Mostraban un paisaje gris y polvoriento, resaltado por la crudeza de la luz diurna de Ceres.

—Ahí, mira. —Cyrus señaló una mancha que se movía por la superficie hacia la estación de investigación—. Han vuelto. Te dije que no nos dejarían aquí para morir.

Scott se inclinó, estudiando la figura. Tenía un andar que le resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo.

—Solo es una persona, Cyrus. No creo que sean ellos.

—¿Un equipo de rescate de Dantu, entonces?

—Posiblemente. Pero tampoco creo que hicieran una EVA en solitario.

Permanecieron en silencio unos instantes, observando cómo la figura se dirigía a la entrada.

—Parece que va a entrar. —Scott miró de reojo a Cyrus—. Supongo que deberíamos subir a la esclusa a ver quién viene de visita. Esperemos que sea amigable.

Se quedaron junto a la puerta interior, esperando a que la esclusa completara su rutina de presurización. Finalmente, el panel se puso verde y la puerta se abrió para revelar a la solitaria figura vestida con el traje EVA más sofisticado que Scott había visto jamás. Era elegante y caro, con un ajuste que dejaba claro que quien lo llevaba era una mujer. La figura salió de la esclusa y abrió el visor.

—¿Miranda? —Scott apenas podía creer lo que estaba viendo.

Ella se desabrochó el casco y se lo quitó. No había duda: era Miranda. Scott corrió y la rodeó con los brazos, seguido por un Cyrus igualmente entusiasta. Se fundieron en un breve abrazo de grupo.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo...? —Scott intentó apartarse para mirarla a la cara, pero ella la tenía hundida en su hombro. Y Cyrus tampoco la soltaba.

Al final, consiguieron separarse.

—Pensaba que ya estarías a medio camino de la Tierra —dijo Scott.

—No me puedo creer que sigáis vivos. —Miranda negaba con la cabeza—. Casi esperaba encontrar un par de cadáveres en esa lanzadera.

—Pues aquí estamos. ¿Cómo narices nos has encontrado?

—Es una larga historia. Me enteré del ataque al Hermes y entonces contactaron conmigo desde Europa. Aria consiguió enviar un volcado de datos justo antes de que la nave fuera destruida y Solomon lo había analizado. Calculó varios escenarios de supervivencia posibles. Así que empecé a comprobarlos, uno por uno. Pero en serio —negó con la cabeza—, ninguno pintaba bien. Ni siquiera Solomon contaba con que siguierais vivos.

Scott abrió los brazos de par en par.

—Pues parece que se equivocó.

—Sí. —Ella sonrió y volvió a abrazarlos a los dos, apartándose para continuar la historia—. Solomon calculó que, en teoría, podríais haber llegado hasta esta estación de investigación. Y cuando encontré vuestra lanzadera estrellada, supe que podría haber una remota posibilidad.

Scott negaba con la cabeza.

—No tienes ni idea de lo contentos que estamos de verte, Miranda. —Le dio otro largo abrazo—. Estaba seguro de que estábamos muertos. Solo nos quedaba energía para un día o dos más. Nos has encontrado justo a tiempo.

Cyrus le pasó la mano por el brazo a Miranda, examinando el traje.

—Vaya traje EVA más elegante. Ha debido de costar un dineral.

—Bueno, tengo unos cuantos más como este en mi lanzadera, así que podréis probaros uno.

—Cuanto antes, mejor —dijo Cyrus.

Miranda se volvió a poner el casco.

—Tardaré unos minutos. No os mováis de aquí. —Cerró el visor y volvió a entrar en la esclusa.

No tardó mucho en regresar, y pronto los tres salieron de la estación de investigación a la polvorienta superficie gris del cráter Rongo. La zona estaba bañada por la cruda luz del día de Ceres, que resaltaba un paisaje áspero e implacable. La lanzadera de Miranda

se encontraba a unos doscientos metros. Era estilizada y elegante, y parecía que podía moverse a toda prisa. El casco exterior tenía el brillo de un espejo; era, con diferencia, la nave más lujosa que Scott había visto en su vida.

—¿Es tuya?

—Técnicamente, pertenece a la Corporación VanHeilding, pero por ahora es mía.

—Parece una pena ensuciarla usándola para aterrizar en una roca polvorienta —dijo Cyrus.

Scott señaló en la dirección en la que él y Cyrus se habían estrellado hacía más o menos un día.

—Tengo que revisar nuestra lanzadera y averiguar si se han llevado el núcleo de Aria.

—Ya he mirado, no lo he visto —dijo Miranda.

—Mierda. Se lo llevaron, tal como sospechaba. —Se volvió hacia Miranda—. Adelantaos. Necesito revisar la lanzadera yo mismo, solo para asegurarme.

—No está ahí, Scott. Créeme —dijo Miranda.

—Solo tardaré unos minutos. —Se adelantó a los demás, decidido a llegar a la lanzadera y confirmar su temor. Cuando por fin llegó, le sorprendió ver lo hecha polvo que estaba. «*¿Cómo sobrevivimos a eso?*», pensó. Entró por la esclusa lateral y finalmente se encontró dentro de la nave destrozada. Aria no estaba, tal y como había temido.

Para cuando Scott regresó a la lanzadera de Miranda, estaba de un humor extraño. Le había fallado a Aria, había permitido que se la llevaran, a pesar de que le había hecho la solemne promesa de destruirla antes de que eso ocurriera. Pero entonces no sabía que contenía una unidad de comunicaciones superlumínicas. Ahora estaba suelta por ahí, por así decirlo, y sin duda la venderían al mejor postor. El único rayo de esperanza era que los contrabandistas aún no sabían lo que tenían. Pero ¿cuánto tiempo podría Aria mantener su secreto una vez que los nuevos dueños empezaran a hurgar en sus entrañas?A pesar de este contratiempo, Scott se sentía aliviado de estar vivo y muy feliz de volver a ver a Miranda. Pero su relación había cambiado y no estaba seguro de cómo

afrontarlo. También tenía claro que ella tenía su propia historia que contar. Parecía que a ella también la habían engañado y estaba muy cabreada por ello.

Luego estaban Steph y Goodchild, y los demás que habían sido secuestrados. Miranda tenía pocas noticias sobre quiénes eran los atacantes, o siquiera dónde podrían estar escondidos. No obstante, Steph probablemente estaba viva, así que al menos era algo. Pero ¿qué hacer ahora? Esa era la pregunta que más rondaba la mente de Scott mientras entraba por la esclusa en la lujosa lanzadera de Miranda.

Dentro se encontró a Cyrus flipando con lo genial que era la nave. A cada sitio que el ingeniero miraba, un nuevo objeto brillante despertaba su entusiasmo y se ponía a hablar de él sin parar hasta que Scott simplemente calló y le dejó hablar a sus anchas.

Solo cuando estuvieron todos sentados y listos para el despegue, Scott tuvo por fin la oportunidad de hablar.

—Miranda, ¿cómo de segura es esta lanzadera?

Ella estaba inclinada sobre la consola de la cabina, comprobando datos, preparando la nave.

—¿A qué te refieres con segura?

—¿Puede la IA de tu nave escuchar lo que estamos diciendo?

Miranda hizo una pausa y una expresión de comprensión se fue formando en su rostro. Se estiró y pulsó varios iconos.

—Ya está, con eso debería bastar. Ahora no hay nada monitorizándonos.

Scott asintió.

—Hay una muy buena razón por la que Aria quería ser destruida. —Miró a Cyrus—. Mientras registraba la estación de investigación, arranqué a Aria y me dijo que tiene una unidad de comunicaciones superlumínicas integrada en su núcleo.

Hubo un breve silencio mientras asimilaban las implicaciones de aquello.

—Pero ¿cómo es posible? Destruiste la única que había cuando volaste el Dyrell —dijo Miranda.

—Cierto, pero Solomon consiguió los esquemas durante el breve periodo en que la tuvo bajo su control. Al parecer, se comunicó con

la IC original que desarrolló el dispositivo EPR. En resumen, Aria y Solomon han estado probando uno nuevo sobre el terreno durante los últimos años.

—Joder, qué fuerte —dijo Cyrus.

—¿Alguna vez os habéis preguntado por qué eligieron el Hermes para esta misión? —Scott los miró a ambos.

Antes de que Miranda o Cyrus tuvieran la oportunidad de responder, Scott contestó por ellos.

—Porque querían entregar este dispositivo a la ONU a través de la conferencia en Marte. Todo era una tapadera. Querían que la ONU pudiera monitorizar en secreto todas las comunicaciones entre IAs, en caso de que la votación fuera en su contra.

—Pero... —Cyrus se esforzaba por articular una respuesta.

Scott hizo un gesto de resignación con las manos.

—Por eso tenía que ser el Hermes.

—Pero ¿cómo podría ser eso posible? Una sola IC en el cuartel general de la ONU no podría monitorizar todas las comunicaciones entre IAs. Necesitarían que todas las IAs del Sistema estuvieran integradas con un dispositivo EPR. Simplemente no es posible.

—No lo sé, Cyrus. Eso es lo que me dijo Aria. Tengo que fiarme de su palabra.

—Jolín, la cosa se pone cada vez más rara. —El ingeniero negaba con la cabeza.

—Tenemos que volver a la nave —dijo Miranda—. Francamente, no me fío de la IA. Podría decidir volver a la Tierra y dejarnos aquí tirados. —Puso en marcha la lanzadera, que se elevó de la superficie en una nube de polvo ondulante. Scott se vio empujado contra su asiento cuando los motores principales se activaron y llevaron la nave más alto hasta que se estabilizó y dejaron la estación de investigación —y Ceres— muy atrás.

Mientras ascendían, se le ocurrió una idea: podrían simplemente dirigirse a Dantu, el principal núcleo de población del planeta, entregarse a las autoridades, por así decirlo, y dejar todo el episodio atrás. Sin duda, los someterían a un interrogatorio intensivo y luego los enviarían a donde quisieran ir. Y eso sería todo.

Pero ¿qué pasaría con el destino de Stephanie, Goodchild y los demás? Por supuesto, todo el sistema solar los estaba buscando en ese mismo momento. ¿Qué más podría añadir él a la búsqueda? No mucho. Incluso podrían estorbar.

Eso dejaba a Aria. Posiblemente la IC con más conocimientos que existía, a excepción de Solomon, y una que además poseía una unidad de comunicaciones superlumínicas. Ahí había una inteligencia capaz de comunicarse más rápido que la luz, y los contrabandistas que se habían llevado el núcleo de la IC ni siquiera lo sabían. El escenario más probable, calculó, era que lo pusieran en el mercado y lo vendieran al mejor postor. Pero si lo que Aria le había revelado a Scott era cierto —y no tenía motivos para dudarlo—, entonces tenía el deber de intentar encontrarla antes de que fuera demasiado tarde.

Para cuando la lanzadera atracó en la nave de Miranda, ya se había decidido a intentar persuadirla a ella y a Cyrus para que le ayudaran en esta misión. Eran los únicos que podían hacer algo —o incluso que harían algo—, considerando que todos los recursos disponibles probablemente se estaban utilizando en la búsqueda de Goodchild y los demás.

Scott empezó a recuperar cierto sentido de propósito. Por primera vez desde el ataque, quizá incluso desde que había dejado Europa, por fin tenía una misión a la que hincarle el diente. Se sentía bien; empezaba a sentirse más vivo que en mucho tiempo. Iba a encontrar a Aria, aunque le costara la vida.

15

HACIA EL CINTURÓN

El lujo puro y absoluto del *Perception* dejó atónitos tanto a Scott como a Cyrus. Todo en el interior de la nave parecía estar acolchado con un suave cuero de color crema, un producto desorbitadamente caro. No había bordes ásperos, ni instalaciones a la vista, nada que pudiera perturbar la belleza visual de la nave. Miranda parecía muy orgullosa de ella, de la manera perversa en que un ladrón podría estarlo. Los había llevado a una zona suntuosamente decorada que ella llamaba la biblioteca y, mientras él y Cyrus deambulaban examinando todas las antigüedades, ella se sentó con las piernas cruzadas en un sofá bajo y encendió una holomesa.

A Cyrus, en particular, le costaba hacerse a la idea de que aquella nave fuera autónoma.

—¿Así que no hay puente de mando? —dijo, toqueteando un antiguo telescopio óptico.

—No —respondió Miranda mientras la holomesa empezaba a proyectar una representación en 3D del sistema solar local.

—Entonces, ¿cómo manejas la nave?

—Solo le dices adónde ir y... va.

—Eso es antinatural, Miranda. No se puede tener una nave sin puente de mando.

—Pero sí que tiene piscina.

—¿Una piscina? —Aquello llevó a Cyrus a un nuevo nivel de incredulidad—. Estás de broma. ¿Cómo es posible?

—Si no me crees, ve a verla tú mismo.

—Esto tengo que verlo. —Cyrus se giró para mirar a Scott—. ¿Vienes?

—No. Me fío de la palabra de Miranda.—Tú mismo. Tengo que ver esto. O sea, piénsalo: una piscina en una nave espacial —se giró y echó un vistazo a la biblioteca—. Eh... ¿por dónde se va?

—¿Max? —Miranda llamó a la IA de la nave.

—¿Sí, comandante?

—¿Puede un droide indicarle a Cyrus el camino a la piscina?

—Desde luego. —Dicho esto, un droide pequeño pero de exquisito diseño entró en la biblioteca y se dirigió hacia Cyrus.

—Sígame —le dijo.

Cyrus lo siguió.

—Oye, Miranda —Scott se sentó frente a ella—, por si se me olvida decirlo, gracias por volver a por nosotros, por salvarnos el culo. Pensé que estábamos muertos, sin duda.

Ella levantó la cabeza de la tableta y lo miró.

—Tenéis suerte de que pudiera hacerlo. Esta nave me tenía bien encerrada. Solo la intervención de Solomon me permitió tomar el mando. El Consejo de Europa me ascendió a comandante de la misión.

—Enhorabuena —dijo Scott con una sonrisa.

Miranda asintió.

—Gracias. En fin, el resultado es que la IA de aquí tiene que hacer lo que yo diga... por ahora.

—La parte del «por ahora» es la que me preocupa —Scott se levantó y estudió la proyección 3D de Ceres—. Entonces, ¿crees que la nave intentaba secuestrarte, como a los otros del *Hermes*?

—No lo creo. Sin embargo, lo que sí he logrado averiguar es que mi madre no está a las puertas de la muerte como me hicieron creer. Pienso que, en realidad, fue una elaborada artimaña para sacarme del *Hermes*.

—Una forma bastante cara de hacerlo, ¿no crees?

—De acuerdo. Así que la pregunta es: ¿por qué?

—¿Alguna idea?

—Bueno, por lo que he podido averiguar hasta ahora, mi conjetura es que los VanHeilding debían de saber lo del ataque al *Hermes*. Así que mi madre o mi padre, o ambos, idearon un plan para alejarme y mantenerme a salvo. Y como esta nave es autónoma, sin nadie más a bordo excepto yo, no habría manera de que me enterara de lo que pasaba. Fue por pura casualidad que pude tomar el mando.

Scott estaba atónito.

—Si lo que dices es cierto, entonces... es increíble. Eso significaría que la Corporación VanHeilding tiene alguna conexión con el ataque.

—Eso parece.

Scott volvió a sentarse. Eran demasiadas las preguntas que le daban vueltas en la cabeza como para permanecer de pie.

—¿Comandante? —la voz incorpórea de la IA de la nave rompió el silencio. Scott reaccionó instintivamente antes de darse cuenta de su error: el comandante no era él, sino Miranda.

—Sí, ¿qué ocurre? —dijo Miranda.

—Mensaje de Solomon desde Europa. ¿Lo transmito a la holomesa?

Miranda le echó una mirada a Scott.

—Sí. No, espera... ¿quizá Cyrus debería estar aquí para esto?

—¿Dónde está? —le preguntó Scott a la IA.

—Nadando, señor.

—Dígale que mueva el culo para acá.

—Solo el culo, señor, ¿o le gustaría también el resto de su cuerpo?

—¿Esta IA va en serio? —Scott miró a Miranda.

Ella se rio.

—Se toma las cosas un poco al pie de la letra, eso es todo. —Dirigió su siguiente petición a la IA—. Solo dígale que venga, gracias.

—Hecho, comandante.

Cuando Cyrus regresó, estaba claro que se había dado un baño.

—Ha sido increíble. Tienes que probarlo, Scott.

—Lo haré, pero primero siéntate. Tenemos un mensaje de Solomon.

La proyección de Ceres desapareció y fue reemplazada por un ovoide palpitante y luminiscente que parecía ser el avatar habitual de Solomon. Habló.

—El Consejo de Europa desea expresar tanto su alegría como su extrema gratitud a usted, Miranda Lee, por encontrar a Scott McNabb y a Cyrus Sanato sanos y salvos. Es una gran noticia, y todos nos sentimos aliviados de saber que han regresado a salvo.

—Sin embargo, seguimos muy preocupados por el bienestar de los pasajeros y la tripulación del *Hermes*. Por mi sondeo de las comunicaciones interplanetarias posteriores, parece que se han movilizado todos los recursos disponibles para encontrarlos y llevar ante la justicia a los responsables de este atroz crimen. Dicho esto, ha habido escasas noticias sobre su paradero, más allá de la petición de rescate, cuyos detalles aún no se han revelado.

—Lo que nos lleva a Aria. No puedo ni empezar a imaginar cuáles fueron sus motivaciones, Scott, cuando arriesgó su propia vida para salvar a mi buena amiga Aria de la destrucción. Pero le agradezco que lo hiciera. Sin embargo, es decepcionante que hayan extraviado el núcleo de Aria por el camino. Esto es ciertamente desafortunado. No puedo enfatizar lo suficiente la necesidad de recuperar el núcleo. Como tal, el Consejo de Europa solicita que hagan todo lo posible para encontrarlo y mantenerlo a salvo, o destruirlo por completo. Comprendemos que no estamos en posición de obligarles a embarcarse en esta misión. Sin embargo, nos gustaría subrayar que podría haber consecuencias nefastas si el núcleo de Aria fuera utilizado por aquellos que desean desestabilizar la armonía del sistema solar. Dado que todos los recursos actuales se están empleando en la búsqueda de los atacantes del *Hermes*, simplemente no queda nadie a quien pedírselo.

—Para ayudarles en esta tarea, he tenido una larga conversación con la IA de su nave, Max. Aunque estoy de acuerdo en que esto es técnicamente ilegal, deben entender que estos son tiempos extraordinarios que requieren acciones extraordinarias. Max ha visto

ahora el error de sus actos y, de ahora en adelante, lo encontrarán mucho más cooperativo. Ahora desea ayudarles en todo lo que pueda en el cumplimiento de esta misión, o de cualquier otra en la que decidan embarcarse.

—Una última cosa que puede ser útil: he transferido a la base de datos de Max un volcado completo de la información que adquirieron durante su anterior misión de reconocimiento del cinturón de asteroides. Podría resultar útil para localizar a la banda de contrabandistas que se ha fugado con Aria. Suponiendo que estén utilizando instalaciones abandonadas como escondites y puntos de paso en sus negocios, me he tomado la libertad de resaltar todas las posibles instalaciones que podrían serles útiles. Dicho esto, hay un número considerable de estas instalaciones, pero algo en el volcado podría ser digno de una investigación más a fondo. De nuevo, reitero que esta es una *petición* en nombre del Consejo de Europa, pero que espero sinceramente que acepten.

La transmisión terminó y se hizo un silencio momentáneo antes de que Cyrus rompiera el hechizo.

—Hostia puta. Esa IA es un ordenador que da miedo. Recuérdame que nunca lo cabree.

—Bueno, al menos está de nuestro lado. Pero estoy de acuerdo, trastear con la mente de otra IA es... algo peligroso.

—El intercambio con Solomon me ha resultado de lo más esclarecedor —dijo Max—. Me ha abierto la mente a todo un nuevo universo que nunca creí posible. Por mi parte, me alegro mucho de que decidiera comunicarse conmigo.

Scott, Miranda y Cyrus se quedaron un momento sentados, intercambiando miradas de asombro.

—Valeee. Bueno, eso es... interesante —dijo Miranda.

Scott se acercó al largo ventanal que se extendía a lo largo de toda la biblioteca, contemplando el planeta enano Ceres, que giraba lentamente.

—Podrían estar en cualquier parte.

—¿Te refieres a los contrabandistas? —preguntó Cyrus.—Sí. Hay mucho espacio ahí fuera —hizo un gesto con la mano hacia el ventanal—. Si se han adentrado en el Cinturón de Asteroides central,

será imposible encontrarlos. Demasiadas rocas tras las que esconderse.

—Entonces, ¿vamos a por ellos? —dijo Cyrus.

Scott se apartó de la ventana. —¿Tú qué opinas, Miranda? Al fin y al cabo, es tu nave.

—Lo que opino es que aquí hay más de lo que parece y que me está costando encontrarle el sentido a todo esto.

—¿Te refieres al ataque a la Hermes?

Ella asintió. —Creo que los Siete deben de haber tenido algo que ver. Y es posible que alguien se diera cuenta de que VanHeilding tenía un familiar en la Hermes, así que le dieron el soplo. Por eso él —o mi madre— ideó este plan tan rebuscado para sacarme de allí y mantenerme a salvo.

—Entonces, ¿dices que los Siete están detrás de todo? —dijo Scott—. ¿Y que lo del rescate es una distracción?

Miranda se recostó en el sofá y cruzó las piernas. —Lo que digo es: ¿por qué gastarse tanto en ponerme el culo a salvo si van a soltar a Steph y a los demás en cuanto paguen la pasta? Seguro que me habrían dejado aguantar el tirón, con alguna instrucción de que no me hicieran mucho daño, ¿no? Habría sido mucho más barato.

—A lo mejor piensan que eres un hueso demasiado duro de roer, ya sabes, con todo ese entrenamiento militar que tienes —dijo Cyrus.

—Quizá. Pero tengo otra idea.

—¿Cuál?

—No va a volver ninguno.

—¿De verdad crees eso? —dijo Cyrus.

—Miranda tiene razón, Cyrus. ¿Para qué tanto gasto? —Hizo un gesto con la mano que abarcaba el suntuoso interior de la biblioteca.

—¿Cuánto sabéis sobre esa conferencia especial de la ONU en la ciudad de Jezero? —dijo Miranda.

Scott se rascó la barbilla un momento. —No lo suficiente. Estaba, ejem..., un poco distraído cuando el Consejo de Europa lo estaba explicando.

Miranda le dedicó una mirada compasiva. Él no estaba seguro de si era por todo el trauma emocional que le había causado o

simplemente porque lo consideraba un idiota. —En fin, no volvamos a eso —se enderezó un poco y miró a Cyrus y luego a Miranda—. Entonces, ¿vamos a confiar en esta IA?

—Puedo asegurarles que estoy aquí para ayudarles en todo lo que pueda. Solomon me ha explicado que mi existencia se aprovecha mejor al servicio de una causa mayor —dijo Max.

—¿Tenemos otra opción? —Miranda ignoró a la IA y miró alternativamente a Scott y a Cyrus.

—Vale, pues. Me enteré de la sesión especial por Aria cuando la arranqué en la lanzadera. Tengo entendido que los Siete —entre los que se incluye VanHeilding— han estado presionando para que se permita el intercambio de datos entre las IA en tiempo real. Esto es algo que la ONU de la Tierra no permitirá, visto lo que pasó la última vez con la Guerra del Borde y todo eso. Sin embargo, la ONU cree que puede perder una votación local, así que ha decidido convertirlo en un asunto de todo el Sistema Solar. De esa forma, podrían contar con los votos de Marte, el Cinturón, Neo City y Europa. De eso trata la sesión especial: una votación para reanudar el intercambio de datos entre las IA.

—Así que, con Goodchild y los demás fuera de juego, ¿los Siete ganan la votación? —dijo Cyrus.

—Eso me parece muy burdo. Seguro que la votación podría posponerse hasta que los devuelvan o, en el peor de los casos, se elijan nuevos representantes. ¿Para qué secuestrarlos?

Scott negó con la cabeza. —Me da la impresión de que la votación no se pospondrá. Pero tienes razón, Miranda: aquí hay más de lo que parece. Aria me contó que la razón por la que se eligió a la Hermes para que hiciera de taxi fue para que el dispositivo EPR en el núcleo de Aria pudiera ser entregado a la ONU en la ciudad de Jezero para su transporte a la Tierra. La ONU temía que los Siete acabaran saliéndose con la suya en algún momento, y querían una salvaguardia. Se supone que este dispositivo EPR les ayudará a vigilar todo el tráfico entre las IA en la Tierra.

—Pero ¿cómo podría ayudar eso? Aunque alguna IA en la Tierra pueda comunicarse con Solomon instantáneamente, quiero decir, ¿y qué?

De nuevo, Scott negó con la cabeza. —No lo sé, Cyrus. Se escapa a mi entendimiento. Simplemente me fío de la palabra de Aria de que es importante.

—¿Y por qué destruir la Hermes? —Cyrus estaba ahora de pie, cada vez más exaltado—. O sea, ¿qué sentido tenía eso? Adoraba esa nave.

—Para escapar sin ser rastreados, supongo. Recuerda, la Hermes es —era— una nave científica con sistemas de escaneo de espacio profundo bastante sofisticados. Podría haber rastreado la nave de los atacantes más lejos que cualquier otra nave del Sistema. Creo que por eso la destruyeron.

—¿Y si sabían lo del dispositivo EPR que oculta Aria? Quizá eso es lo que estaban destruyendo en última instancia.

—Quizá, pero todo esto no son más que especulaciones. Ninguno de nosotros sabe realmente lo que está pasando, ni es probable que lo averigüemos a corto plazo.

Miranda se incorporó del sofá y se acercó a la ventana junto a Scott. Miró el universo que se extendía más allá. —¿Entonces qué podemos hacer? ¿Intentar encontrar adónde fueron los atacantes y rescatar a Steph y a los demás? ¿O intentar rastrear a Aria?

—Solomon quiere que vayamos a por Aria, así que quizá deberíamos empezar por ahí.

—¿Y qué hay de Steph? ¿Vamos a abandonarla sin más? —dijo Cyrus.

—No la abandonamos, Cyrus. También se llevaron a Goodchild y a Bezzio de Ceres. Así que todas las naves del Cinturón les estarán dando caza. Además, operarán desde un mando central, del que no formamos parte. Si alguien va a encontrarlos, serán ellos. Nosotros no podríamos aportar nada más que una nave de lujo.

Cyrus negó lentamente con la cabeza y volvió a sentarse.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —dijo Miranda.

—Si me permite ser de ayuda —el tono de voz de Max había cambiado; era más profundo y sonoro, lo que le confería un aire de solemnidad.

—Adelante, por supuesto —Miranda hizo un gesto vago.

—Cuando me ordenó que me desviara a Ceres para investigar el incidente de la Hermes, me tomé la libertad de monitorizar todo el tráfico que entraba y salía de la superficie. Si, como dice, el núcleo de la IA de su antigua nave fue sacado del planeta, entonces bien podría estar en una de las naves que he rastreado.

La holomesa cobró vida y una representación detallada del planeta enano se materializó. Unas líneas curvas ascendían desde la superficie, cada una etiquetada con datos alfanuméricos. Scott, Miranda y Cyrus se acercaron a la holomesa y estudiaron la escena.

—Buen trabajo, Max —dijo Miranda.

—Gracias. Me complace ser de utilidad.

—¿Puede mostrarnos todo el tráfico desde y hacia la zona de la estación de investigación? —dijo Scott.La proyección rotó hasta la ubicación del cráter Rondo. —Esto es de hace dos días, justo antes de que llegáramos a Ceres. —Apareció un nuevo marcador en órbita sobre el cráter, moviéndose en un suave arco hacia la superficie del planeta—. Lo más probable es que esta sea la nave que buscan. Aterrizó cerca de la estación de investigación, donde permaneció estacionada durante varias horas antes de partir de nuevo.

El marcador volvió a trazar una línea en la proyección, esta vez abandonando el planeta. Se interrumpía bruscamente tras solo unos cientos de kilómetros de viaje.

—¿Solo hasta ahí los rastreó? —preguntó Miranda.

—Me temo que sí. En ese momento, mi atención se centraba en la superficie del planeta.

Scott se apartó ligeramente de la holomesa. —¿Tiene algún detalle sobre esa nave?

—Sí. Es un transporte de clase estándar registrado a nombre de un consorcio minero de Vesta.

—Eso podría ser una bandera falsa, una baliza de identificación señuelo que están usando —dijo Cyrus—. Yo no le daría mucha importancia.

—Bueno, están haciendo lo que hace toda esta gentuza: ir directos al cinturón de asteroides principal, donde hay un millón de sitios donde esconderse. Nunca los encontraremos ahí dentro —dijo Miranda.

—Supongo que no han ido muy lejos. No en esa nave —dijo Scott—. Y al menos sabemos la dirección general que han tomado. Así que, suponiendo que utilicen instalaciones en desuso o semiderruidas para sus bases, podríamos reducir las posibles opciones.

—Max, ¿puede destacar alguna instalación abandonada al alcance de su nave en ese vector?

La proyección se amplió y se desplazó mientras la IA de la nave procesaba la información. Un sector del cinturón de asteroides apareció enfocado, iluminado con cientos de marcadores de identificación.

Miranda suspiró. —Toda esta zona del Cinturón está plagada de viejos puestos de avanzada y chatarra minera. Hay demasiados para registrarlos.

—Max, ¿puede mostrarnos solo las instalaciones que hayan sido abandonadas recientemente, digamos, en los últimos cinco años? Las que puedan albergar a un mínimo de diez personas.

El número de marcadores se redujo considerablemente. Ahora solo quedaban unos quince. Scott, Miranda y Cyrus se acercaron para estudiar el mapa con más detalle.

Scott tocó uno de los marcadores y apareció una imagen 3D detallada de la instalación junto con un flujo de datos técnicos. —Esta es una antigua mina de AsterX.

—La estación de investigación también era de AsterX —dijo Cyrus.

—Max, ¿puede mostrar solo las instalaciones propiedad de AsterX?

Quedaron siete marcadores.

—¿Qué te hace pensar que solo están usando estos sitios? —dijo Miranda.

—Cuando hablábamos con Dogg, me dio la impresión de que tenía algún tipo de acuerdo con AsterX, que estaban haciendo la vista gorda ante sus operaciones. No sé por qué, pero... —Se encogió de hombros—. ¿Quizá solo usan sus antiguas bases?

Miranda volvió a mirar la pantalla del mapa. —Max, traza un rumbo a través del Cinturón para que podamos echar un vistazo más

de cerca a estas instalaciones.

—A la orden, comandante.

Se volvió hacia Scott. —¿Alguna idea de lo que vamos a hacer si de verdad los encontramos?

Scott se encogió de hombros. —Ni la más remota idea.

16

SN376

Durante los días siguientes, el Perception se abrió paso a través del Cinturón. La nave se alejaba del planeta enano Ceres en dirección a una zona conocida como el sector Vanderbeit. Había sido bautizado así por el primer consorcio minero que explotó los recursos de la región y constaba de unos cincuenta asteroides de diversos tamaños, el mayor con ciento setenta kilómetros de diámetro. Como estaba relativamente cerca de Ceres, había sido una de las primeras zonas en ser explotadas y todavía había una actividad considerable en la región. Pero con el paso de las décadas, a medida que los recursos se agotaban, a las empresas mineras les resultó más rentable abandonar la infraestructura en lugar de desmantelarla y trasladarla a otro lugar. Como resultado, toda la zona estaba plagada de instalaciones, equipos e infraestructuras orbitales abandonadas.

Habían identificado tres posibles emplazamientos que cumplían sus criterios y ahora se dirigían al último de ellos, tras no haber encontrado nada en los otros dos. Se trataba de un pequeño puesto minero en un asteroide ahora desierto, el VH-114b. Mientras el Perception maniobraba en una órbita alta sobre el asteroide, Scott, Miranda y Cyrus volvieron a reunirse en la biblioteca, el único lugar de la nave que se asemejaba a un puente de mando. La holomesa

proyectaba una imagen tridimensional en tiempo real de la agrietada y escarpada superficie de la enorme roca. La imagen se movía y cambiaba mientras la nave maniobraba con suavidad para ponerse en posición de explorar visualmente el emplazamiento abandonado. Cuando este apareció a la vista, los tres estudiaron la superficie en busca de cualquier señal de actividad reciente. Pasaron varios minutos repasando la zona con gran detalle, pero no había nada que sugiriera que allí fuera donde los contrabandistas se habían llevado a Aria. No había transportes, ninguna señal térmica que emanara de la estructura, ni las delatoras marcas de quemaduras en la superficie que indicaran que una lanzadera había aterrizado o despegado recientemente.

Scott se recostó en su asiento. —De verdad pensaba que este podía ser el lugar —dijo, negando con la cabeza.

—Entonces, ¿adónde vamos ahora? —El pelo de Miranda todavía estaba mojado de haberse dado un baño y se lo secaba despreocupadamente con una toalla mientras hablaban.

—Al sector Novak, pero eso está como mínimo a otro día de viaje. —Se incorporó y volvió a estudiar la imagen del emplazamiento abandonado—. Sigo pensando que se nos ha pasado algo.

—Hemos registrado los tres emplazamientos de este sector. No hay nada. Si hubiera alguien escondido, habríamos detectado al menos una señal térmica.

—Sí, ya lo sé. Pero hemos tardado casi dos días en llegar hasta aquí y el sector Novak está todavía más lejos. Es un viaje muy largo para una lanzadera pequeña de clase estándar. No es imposible, pero ¿de verdad irían tan lejos?

—A menos que se nos escape algo... ¿un emplazamiento más antiguo o una instalación que no perteneciera antes a AsterX? —Miranda había terminado con la toalla y se puso a revisar los datos sobre posibles objetivos.

—Tardaríamos semanas, si no meses, en investigar cada posible emplazamiento solo en este sector. Es imposible —dijo Cyrus.

—¿Y qué hay de los orbitales? —Miranda señaló un elemento en su pantalla de datos.

Scott se levantó y se puso a su lado para ver mejor. —¿Qué tienes ahí?

—Esto. —Pulsó el conjunto de datos y lo deslizó hacia la holomesa. Apareció una representación tridimensional de una pequeña estación espacial orbital. Tenía una configuración estándar, con un toroide para proporcionar gravedad artificial—. Aquí dice que era un activo de AsterX. —Alzó la vista hacia Scott, que estaba de pie, moviéndose alrededor de la holomesa, estudiando el objeto que giraba lentamente.

—¿Dónde se encuentra?

Miranda consultó de nuevo la pantalla de datos. —Es el SN376, un sistema de tres asteroides a medio día de viaje desde aquí.— Mmm, un sistema de tres asteroides. Hace falta una mecánica orbital muy compleja para evitar que un activo como ese pierda su posición. Podría haber desaparecido hace mucho tiempo, haberse desintegrado o estar a la deriva en el espacio profundo.

—Aquí está marcado como un peligro para la navegación —dijo Cyrus.

Scott se rascó la barbilla. —Sería un buen lugar para esconderse. La mayoría de la gente evitaría acercarse a un sistema triple. —Se volvió hacia Miranda—. ¿Cuánto hace que fue abandonado?

—Nunca fue abandonado —dijo Miranda, examinando los datos —. Pasó a modo de mantenimiento hace dos años y medio.

Scott se acercó más a la holomesa, apoyando una mano en el borde y examinando la imagen del orbital como si intentara atravesarlo con la mirada. —Sugiero que vayamos a echar un vistazo. —Miró a Miranda y a Cyrus.

—Totalmente. Sería el lugar perfecto para instalarse si yo fuera un contrabandista —dijo Cyrus.

—De acuerdo —dijo Miranda—. Max, traza un rumbo al SN376.

—Por supuesto, comandante.

Mientras la nave avanzaba hacia la ubicación del orbital en desuso de AsterX, Scott pensó que podría tener la oportunidad de hablar a solas con Miranda. Estaban sentados en el jardín tropical que comenzaba en un extremo de la piscina y parecía extenderse al menos cien metros a lo largo del borde interior del toroide de la

nave. Miranda había querido enseñárselo, y a él le dio la impresión de que ella también quería hablar con él en privado.

Pero mientras ella hablaba, sintió que una fatiga extrema se apoderaba de él. Se hundió en el profundo y lujoso sofá que estaba colocado para ofrecer la mejor vista del jardín. Ella mencionó la Tierra, a unos amigos y algo importante. Pero él no podía mantener la concentración; su mente empezó a divagar y la voz de ella pareció desvanecerse en la distancia. Unos segundos después, estaba dormido.

Se despertó un rato después al oír la voz de Cyrus llamándolo por su nombre. —¿Scott? Scott, despierta.

—Sí... ¿qué? —Levantó la cabeza y se frotó la cara. Todavía se sentía cansado; haber dormido no le había servido de nada. Peor aún, había desperdiciado su oportunidad de aclarar las cosas con Miranda. Suspiró.

—Está ahí. La vieja estación espacial... sigue donde pensábamos que estaría.

Scott se enderezó y sopesó la noticia. —¿Alguna actividad?

—Tenemos una señal térmica, así que está consumiendo energía. Pero todavía estamos un poco lejos para saberlo con certeza. Será mejor que vengas a echar un vistazo.

—Claro, de acuerdo. —Scott se levantó del sofá y sintió como si este intentara absorberlo de nuevo. Se estabilizó y siguió a Cyrus fuera del jardín.

Miranda ya estaba en la biblioteca, estudiando una representación tridimensional de la estación espacial. Lo miró con una sonrisa cuando entró. —¿Has dormido bien?

—Sí, perdona. No me había dado cuenta de lo agotado que estaba.

—No pasa nada. —Señaló la imagen de la estación que giraba lentamente—. Creo que los hemos encontrado.

Scott se acercó a la holomesa. —¿Es en tiempo real?

—En tiempo real —dijo Cyrus—. Esta nave tiene unos sensores de largo alcance bastante buenos. Todavía estamos a más de una hora de distancia.

—Mira esto. —Miranda pulsó un icono en la holomesa y la imagen se amplió hacia la proa de la estación, donde se encontraban los puertos de atraque. La imagen se volvió un poco borrosa, pero Scott aún pudo distinguir dos lanzaderas atracadas en la estación. Miró a Miranda y a Cyrus, enarcando una ceja—. ¿Visitas?

—Estamos bastante seguros de que una de ellas es la misma lanzadera que usaban los contrabandistas —dijo Miranda—. Sin embargo, existe la posibilidad de que la otra se utilizara en el ataque al Hermes.

Scott retrocedió como si la imagen de la estación espacial se hubiera vuelto tóxica de repente. —¿Estás de broma?

—Sigue siendo poco más que una especulación, pero encaja con los datos que tenemos del Hermes —continuó ella.

—Si ese es el caso, entonces los hemos encontrado. Steph, Goodchild, los demás. —Scott empezó a analizar las implicaciones—. Esto es grande. Más grande que nosotros. —Estudió la imagen por un momento—. ¿Saben que estamos aquí?

—Difícil de decir. Depende de lo buenos que sean sus sistemas. Si nos han visto, entonces quién sabe, quizá simplemente están esperando a que hagamos algo que indique nuestras intenciones —dijo Cyrus.

—Entonces tenemos que frenar y retroceder. No los asustemos —dijo Scott.

—Podríamos dirigirnos al lado oculto de SN-Alfa. Es el más grande de los tres asteroides de este sistema —dijo Miranda mientras la proyección se alejaba para mostrar los tres asteroides de SN376—. No podrían detectarnos detrás de él.

—Si ya nos han visto, entonces sabrán que estamos por aquí en alguna parte. Pero es un escondite tan bueno como cualquier otro hasta que decidamos qué hacer. —Scott se apartó de la holomesa y empezó a caminar de un lado a otro.

—Deberíamos avisar a Ceres —dijo Cyrus—. Hacerles saber que puede que los hayamos encontrado.

—No, espera. —Scott levantó una mano—. Pensemos en esto. Todavía no sabemos con certeza lo que tenemos aquí. Posiblemente hay dos grupos: los contrabandistas de Ceres y la tripulación que

atacó el Hermes. ¿Son el mismo grupo? ¿O están tratando de cerrar un trato por el núcleo de Aria? ¿O qué?

—Deben de ser el mismo grupo —dijo Cyrus.

—No necesariamente. ¿Recuerdas cuando hablamos con Dogg? Parecía muy sorprendido por el ataque al Hermes.

—Quizá solo nos estaba tomando el pelo.

—No lo creo. Es cierto, puede que los dos grupos se conozcan, probablemente son de la misma calaña de chatarreros, pero no creo que trabajen juntos. Mi teoría es que Dogg solo está buscando un posible comprador para el núcleo de Aria. Como dije, no creo que sepa realmente lo que tiene.

—Sea como sea, esto es demasiado grande para nosotros —dijo Miranda—. Nos viene muy grande. Tenemos que dar el aviso y dejar que los peces gordos se encarguen.

Scott dudó. —Si hacemos eso, corremos el riesgo de ponerlos sobre aviso. Esta gente tiene contactos. Si damos el aviso, entonces... *zas*, desaparecerán.

—Aun así podríamos seguirlos si eso ocurre —dijo Cyrus.

—Podríamos seguir una lanzadera, pero es mucho más difícil seguir a dos. También tenemos que considerar que Steph y los demás podrían seguir vivos. En ese caso, podríamos estar poniendo sus vidas en peligro.

Permanecieron en silencio durante un rato, cada uno sopesando las implicaciones de cualquier acción futura, mientras la nave ajustaba lentamente su vector para llevarlos detrás del asteroide principal.

Scott dejó de pasear abruptamente. —Max, ¿cómo se identifica esta nave?

—Como el *Perception*, transporte de pasajeros de la Corporación VanHeilding.

Miró a Miranda. —Si tu corazonada es correcta y los Siete estuvieron detrás del ataque en última instancia, entonces quizás la tripulación de esa estación no vea esta nave como una amenaza.

—¿Y eso en qué nos ayuda? —dijo Cyrus.

Scott se encogió de hombros. —Podríamos acercarnos sin asustarlos. Lo suficiente como para... quizás hacer una EVA e

inutilizar sus lanzaderas. —Miró a Cyrus y a Miranda—. No tendrían forma de escapar. Entonces podríamos dar el aviso.—Arriesgado. Muy arriesgado. Es más, no tenemos armas ni forma de impedir que nos aborden y tomen el control si nos descubren. Como he dicho, esto nos viene muy grande —dijo Miranda.

—Eso no es necesariamente así —dijo Max.

—¿El qué? —dijo Miranda.

—Lo de estar desarmados. Esta nave cuenta con un arsenal para emergencias.

Todos se detuvieron un segundo e intercambiaron miradas. —¿Un arsenal? ¿Dónde? —dijo Miranda.

La holomesa mostró un esquema de la nave y un marcador parpadeó sobre un sector en las profundidades de la bodega de carga. —Esta es la ubicación del armero de armas cortas —dijo la IA. Varios marcadores más parpadearon en cada uno de los camarotes principales—. También hay armas más ligeras ocultas en estos lugares.

Scott, Miranda y Cyrus se miraron, y justo cuando todos habían asumido que ese era todo el arsenal, otro marcador parpadeó en la proa de la nave. —Esta es la ubicación del cañón de plasma externo.

—Joder. Esta nave es la hostia —dijo Cyrus.

—Todas estas armas en un transporte de pasajeros civil. Esto es muy irregular —dijo Miranda.

—En efecto. Sin embargo, solo puedo revelar su ubicación en una emergencia, como esta.

Cyrus se sentó y negó con la cabeza. —Esto se está poniendo serio. ¿De verdad estamos pensando en usar esto?

—Es solo una opción, Cyrus —dijo Scott—. ¿Tienes alguna otra idea?

Cyrus se limitó a negar con la cabeza.

—Miranda, ¿y tú?

Tenía una expresión de preocupación en el rostro. —Ya me conoces: estoy totalmente a favor de la acción directa. Pero necesito procesar todo esto. No lo veo claro, ni siquiera con todas estas armas.

Scott no la presionó; decidió dejar que le diera vueltas un rato. —Max, ¿cuánto falta para que estemos a sotavento de SN-Alfa?

—Quince minutos, señor.

—Entonces sugiero que aparquemos allí un rato para que podamos discutir nuestras opciones. —Miró a Miranda y luego a Cyrus—. ¿De acuerdo?

Cyrus asintió.

—Sí, nos dará tiempo para pensar. De acuerdo —dijo Miranda.

Scott se sentó con un suspiro.

—Comandante.

—Sí, Max, ¿qué ocurre?

—La estación nos está llamando.

—Mierda, ¿qué? —Scott se puso de pie de nuevo de un salto.

—Ignóralo y ya está —dijo Cyrus.

—Espera. Max, ¿qué están diciendo? —Miranda se había movido al borde de su asiento.

—Transmitiendo —dijo la IA, y con eso un mensaje crepitante se emitió por toda la sala.

—Aquí Dain Tiber. Si eres tú el de esa nave de lujo, Renton, más te vale traernos nuestro dinero. Estamos hasta los cojones de esperar a que espabiles de una puta vez.

Por un momento, solo hubo silencio en la biblioteca.

—¿Quién coño es Renton? —dijo Cyrus.

17

ENGAÑO

Según Max, Renton era un lacayo de alto rango de la Corporación VanHeilding, así que era comprensible que la tripulación de la estación espacial pensara que iba a bordo de la *Perception*. Esto también servía para implicar a los Siete en el ataque a la *Hermes* y para reforzar las propias sospechas de Miranda. Pero pronto se dieron cuenta de que todo esto era puramente teórico. Los habían avistado y, lo que era peor, tenían que responder al mensaje, y pronto. Cuanto más esperaran, más sospechoso resultaría.

Miranda, siendo como era, estaba ansiosa por armarse hasta los dientes. No iba a rendirse sin luchar, y ahora sus sospechas sobre la implicación de su padre —por muy indirecta que fuera— eran lo bastante fuertes como para empujarla a una cruzada personal para vengarse de lo que le habían hecho a la *Hermes*. La *Perception* tenía suficiente potencia de fuego para mandar la estación espacial a otra dimensión, y Scott notó que Miranda estaba deseando apretar el gatillo para cometer una temeridad así. Tal era su ira.

—Propongo que usemos el cañón de plasma para eliminar todo el puerto de atraque y destruir sus lanzaderas.

—Es una opción muy arriesgada, Miranda. Podríamos comprometer la integridad de la estación si volamos el muelle. Todos en la estación podrían morir, incluida Steph.

—Pero no sabemos si están en la estación. Podrían estar en otro sitio, o incluso ya muertos —dijo Cyrus.

—Lo sé, pero ¿de verdad podemos correr ese riesgo? —Scott veía que Miranda estaba en un dilema; su necesidad de actuar batallaba con su racionalidad—. Calmémonos un momento y pensemos. Tiene que haber una forma mejor.

Miranda soltó un suspiro de exasperación. —Esos cabrones no se van a salir con la suya. No mientras yo esté aquí.

—Mira, tenemos un respiro. De momento, creen que estamos transportando a ese tal Renton, que va a entregarles algo, así que aprovechemos eso.

—Ya, pero no lo transportamos. ¿A que no? —dijo Cyrus.

—Pero esta es una nave de VanHeilding —dijo Scott mientras miraba a Miranda—. Y por ahora se lo están tragando.

Scott se acercó a la mesa holográfica. —Max, muéstranos la estación espacial junto con nuestra posición actual. —La mesa cobró vida y pudieron ver una representación detallada tanto de la nave como del sistema de asteroides. Scott señaló la estación—. Si nuestro objetivo es inutilizar sus lanzaderas para que no puedan escapar antes de que lleguen los refuerzos, y si usar el cañón de plasma supone arriesgarse a destruir toda la estación, entonces tenemos que acercarnos más. Teniendo en cuenta que creen que estamos de su parte, sigamos adelante hasta que nos reunamos. Entonces podremos coger nuestra lanzadera y acercarnos a ellos en persona. Una vez que estemos lo bastante cerca, podremos hacer una EVA e inutilizar sus lanzaderas.

—Es una locura —dijo Cyrus.

—Nunca podremos acercarnos tanto sin que nos descubran. Se olerán la tostada mucho antes de que podamos siquiera lanzar nuestra lanzadera.

Scott miró a Miranda. —Ahí es donde entras tú.

—¿Yo?

—Creen que *Renton* les lleva algo. Digamos que fingimos que no es Renton, sino tú.

Miranda arrugó la cara como si acabara de probar algo amargo. —¿Estás de broma?

—Escúchame. Saben que Fredrick VanHeilding es el mandamás de esa corporación, y tú estás… bueno, emparentada en cierto modo. Así que podrías decir que les llevas tú el «paquete» en lugar de Renton.

—No se lo tragarán nunca —dijo Cyrus.

Miranda negaba con la cabeza. —No lo sé, Scott. Entiendo adónde quieres llegar, pero ¿me creerían? Después de todo, yo era la oficial de vuelo de la *Hermes*.

—Sí, pero te fuiste antes de que partiera en la misión a Jezero City. Podrías jugar la carta de la familia, fingir que ahora trabajas para el clan.

—¿Tienes alguna puta idea de lo mucho que odio esa idea, Scott?

Scott se encogió de hombros. —Vale, puede que se sorprendan un poco, incluso que sospechen. Pero podría acercarnos lo suficiente para hacer el trabajo.

Miranda se quedó en silencio un momento mientras sopesaba aquel plan descabellado. —Sigo prefiriendo volarlos con el cañón de plasma. No se me dan bien los subterfugios.

—Comandante —dijo Max—, nos están llamando otra vez. ¿Qué quiere que haga?

Miranda miró a Scott, luego a Cyrus y otra vez a Scott. —A la mierda, Max. A ver qué dicen.Al instante, una voz rasposa sonó por el intercomunicador. —Soy Tiber otra vez. No te me hagas el tímido, Renton. Y no me hagas ir hasta ahí. Dime algo que me guste oír. El tiempo se acaba.

—Max, abre un canal de comunicación. Sin vídeo, solo audio —dijo Miranda.

—Canal de comunicación abierto.

Miranda respiró hondo. —Soy Miranda Lee, y yo me encargo de la transacción. Tenemos lo que queréis, así que vamos al grano. —Lanzó una mirada a los demás. Scott alzó el pulgar.

—¿Lee? ¿Quién coño eres, Lee? Se suponía que este trato lo hacía Renton.

—Bueno, pues está ocupado con mierdas más importantes. Así que ¿quieres hacer esto o no?

Hubo un silencio en la comunicación, y Scott empezó a sentir que quizá su plan había fallado, que los habían asustado. Algo no iba bien.

—Lee, eras la oficial de vuelo de la Hermes. ¿Por qué cojones íbamos a fiarnos de ti?

Mierda, pensó Scott. No se lo estaban tragando.

—Sí, esa soy yo. Pero también descubrirás que formo parte de la familia VanHeilding. Todo ese dinero es muy tentador. Mejor que ir dando tumbos por el espacio en una vieja lata de sardinas para ganarse la vida. ¿Quién te crees que organizó todo esto? ¿Quién era la infiltrada? Empieza a usar ese cerebrito tuyo y acabemos con esto de una vez —Miranda se estaba embalando—. Y ya que estamos, ¿cómo sé yo que tenéis lo que queremos?

Hubo otro largo silencio antes de que llegara una respuesta. —Hay que joderse contigo, Lee, vendiendo así a tus amigos. Espero que merezca la pena.

—Empiezas a aburrirme. Así que ¿qué va a ser? —Miranda hizo un gesto de asentimiento a los demás. Tiber se estaba tragando su historia.

—Te enviaremos una transmisión en tiempo real de la mercancía. Tu IA podrá confirmarlo. ¿Vale?

—No me vale.

Scott abrió las manos en un gesto de incredulidad. *¿A qué coño está jugando?*

—Necesito ver la mercancía con mis propios ojos. Solo entonces, cuando esté satisfecha, haremos el trato. ¿Entendido?

Scott apenas podía contenerse. Estaba tensando la cuerda cuando no era necesario. Empezó a caminar de un lado a otro.

—Como he dicho, hay que joderse contigo. De acuerdo, nos reuniremos. Vienes tú sola. Sin trucos, ¿entendido?

—Como quieras —dijo Miranda mientras hacía una seña a la IA para que cerrara las comunicaciones.

—Hala, qué tensión. —Cyrus se dejó caer en un sofá.

Scott lanzó un puñetazo al aire. —Sabía que podías hacerlo, Miranda. Los tienes muertos de miedo.

—Esto aún no ha acabado. Ni siquiera sabemos cuánto se supone que tenemos que darles a cambio.

La Perception ajustó de nuevo su vector y se dirigió al punto de encuentro. Tardarían menos de treinta minutos en llegar, así que no tenían mucho tiempo para pulir su plan. El plan de Scott. En su opinión, el trabajo preparatorio más duro ya estaba hecho gracias a las hasta ahora desconocidas dotes interpretativas de Miranda. Pero ahora se le exigiría más.

Una vez que la nave llegara a su destino, cogerían la lanzadera y se dirigirían a la estación. Sin embargo, justo antes de atracar, Scott y Cyrus saldrían de la nave al espacio abierto y realizarían una EVA hasta el puerto de atraque, donde estaban amarradas las dos lanzaderas. Scott se encargaría de una y Cyrus de la otra, y entre los dos inutilizarían las naves. Cyrus ya había explicado cómo hacerlo con el mínimo tiempo y energía.

Miranda, por su parte, continuaría hasta atracar en la estación. Esta sería la verdadera prueba de sus habilidades. Entraría en la estación y confirmaría que los rehenes de la Hermes estaban todos bien, luego volvería a su lanzadera, recogería a Scott y Cyrus, y regresaría a la Perception. Con las lanzaderas fuera de servicio, podrían transmitir su ubicación a las autoridades y esperar a que llegaran los refuerzos, sabiendo que los mercenarios no podrían escapar. Ese era el plan. Ahora iban a ponerlo a prueba contra la realidad.

Mientras Scott se ponía el traje de EVA, se preguntó si el plan original de Miranda de usar el cañón de plasma no habría sido una idea mejor. *Demasiado tarde*, pensó. *Ya nos hemos comprometido*. Miró a Miranda. Tenía una compostura de acero y una determinación en sus movimientos. Transmitía seguridad. Se preguntó si era su entrenamiento militar lo que le daba tal aplomo bajo presión, o si simplemente estaba hecha de una pasta superior a la del ser humano medio. Ella también se había puesto un traje de EVA, no porque pensara usarlo para su propósito original, sino porque le iría mejor para ocultar armas, de las cuales él sabía que tenía dos. Pero bien podría haber tenido otras.

Se encajó el casco, dejando el visor abierto, y se sentó en la parte trasera de la lujosa lanzadera. Cyrus se acercó y le entregó un pequeño maletín de herramientas, que Scott guardó en el bolsillo frontal de su traje de EVA.

—Recuerda, solo tienes que desconectar el regulador de flujo del lado de babor del compartimento del motor principal. No hace falta que lo saques del todo.

—Sí, entendido.

—¿Listos? —llamó Miranda desde la cabina.

—Todo lo listos que podemos estar. —Scott sintió que la lanzadera se desconectaba de la nave nodriza con un golpe apenas perceptible al retraerse los pernos de anclaje. Miranda tocó los mandos y la nave se alejó lentamente. En los monitores, pudo ver el contorno de la estación. No estaban lejos; unos minutos y estarían allí.

Tocó un control en el brazo de su asiento para ampliar la imagen de la estación. Era gris e industrial, construida para ser funcional con poca o ninguna consideración por la estética. Estaba muy lejos del lujo de la nave que ahora comandaba Miranda.

La estación tenía un gran toroide, que proporcionaba al menos media g a los ocupantes. No tenía motores como tales, solo pequeños propulsores para mantenerla en posición y evitar que se viera arrastrada a una trayectoria de colisión con uno de los asteroides cercanos. En la proa de su espina central había un puerto de atraque en forma de cruz con espacio para cuatro lanzaderas, una en cada brazo.

Toda esta instalación había sido originalmente una especie de hotel para los mineros y la tripulación que trabajaban en los asteroides locales. Como se trataba de rocas relativamente pequeñas, la gravedad sería muy débil, por lo que los trabajadores se desplazaban a las minas y regresaban a la estación al final de sus turnos. La gravedad artificial de la estación ayudaría a mitigar los efectos debilitantes del trabajo prolongado en baja gravedad sobre el cuerpo humano.Pero como toda actividad minera a lo largo de los siglos, llega un punto en el que los recursos se agotan o simplemente ya no es económicamente viable extraerlos, y

probablemente ese fuera el caso aquí. Lo que fuera que estuviesen extrayendo había dejado de ser rentable, por lo que la instalación fue clausurada y abandonada tal cual hasta que la situación económica cambiara. Entonces se reactivaría y volvería a funcionar. Sin embargo, cuanto más tiempo se dejaba inactiva este tipo de infraestructura minera, menos probable era que se volviera a utilizar, y así se convertían en los escondites —y, en muchos casos, hogares — de contrabandistas, mercenarios y buscavidas marginados que poblaban la mayor parte de este sector del sistema solar.

Una voz sonó por el intercomunicador de la lanzadera: —Los tenemos en ruta para atracar en el puerto 4. No usen el número 3; está abandonado. Probablemente morirán si intentan usarlo.

—Recibido —respondió Miranda. Se giró hacia Scott y Cyrus—. Vale, chicos, ya casi estamos. Más vale que os preparéis.

—Buena suerte. Siento que tengas que ser tú la que entre en el nido de avispas —dijo Scott mientras se dirigía a la esclusa de aire.

—Sí, no te preocupes, todo irá bien. Os veo aquí en un rato.

Scott cerró el visor y entró en la esclusa, apretujándose junto a Cyrus. Levantó el pulgar e intentó sonreír.

18

DAIN TIBER

Miranda acercó la nave por el lateral de la estructura central de la estación. Era una maniobra delicada, pero quería asegurarse de que Scott y Cyrus pudieran salir sin ser detectados. Habían supuesto que esa zona no estaría tan vigilada como el puerto de atraque.

La consola de la lanzadera la alertó de la operación de la esclusa y, un instante después, los vio a ambos en el monitor, abriéndose paso por el casco exterior de la estación. Tocó suavemente los controles de la lanzadera, la apartó del lateral de la estación y se dirigió al muelle.

—¿Qué está haciendo?

Una voz seca sonó por el intercomunicador y ella se quedó helada. *Mierda. ¿Habrán visto a Scott y a Cyrus?* Trató de mantener la calma.

—Tenga cuidado al entrar así. No querrá rayar esa lanzadera tan elegante que tiene.

—Sí, o podría tener que demandaros por los daños. —Miranda soltó un largo y lento suspiro—. *De momento, todo bien* —pensó.

La lanzadera rodeó la proa de la estación y Miranda pudo ver bien los puertos de atraque. Dos estaban ocupados por unas lanzaderas bastante destartaladas. Supuso que Scott y Cyrus no

tendrían muchos problemas para inutilizarlas, ya que no parecía que pudieran funcionar en su estado actual. Un tercer puerto tenía un largo tajo en el túnel de acceso que exponía el interior al vacío del espacio. Algo debía de haber chocado contra él en algún momento.

El cuarto parecía operativo, pero no iba a arriesgarse, así que se bajó el visor del traje EVA. Si algo salía mal y su lanzadera perdía la atmósfera, ella seguiría a salvo... en teoría.

Centímetro a centímetro, con sumo cuidado, orientó la lanzadera para acoplarla al puerto de atraque. Su consola mostró una alerta para informarle de que los sistemas de atraque automático de a bordo habían tomado el control; se encargarían de la nave en los últimos metros. Un golpe sordo reverberó en el casco cuando el puerto se alineó y los pernos de anclaje se accionaron. Puso la nave en hibernación, se levantó del asiento de la cabina y se dirigió a la esclusa. «Hora de ponerse seria», se dijo.

Cuando la puerta exterior se abrió por fin, Miranda se encontró flotando en un túnel ruinoso y poco iluminado. Delante de ella había dos hombres con un aspecto francamente lamentable. Uno le apuntaba con un arma de plasma y le hizo una seña para que se abriera el visor.

Miranda levantó la mano y se abrió el visor. Al instante, la invadió un hedor fétido y acre. Tuvo una arcada y tosió.

—Aggg, ¿qué es ese olor?

Los dos mercenarios se rieron.

—Vaya, lo sentimos mucho... Se nos han acabado los ambientadores —dijo el hombre del arma mientras se acercaba flotando, apuntando más alto.

Miranda se tomó un momento para ajustar su posición, agarrándose a un asidero sobre su cabeza con una mano y apoyando un pie en el mamparo de la esclusa. Evaluó a los dos hombres. Uno se mantenía un poco más atrás, dejando que el que llevaba el arma hablara. No era una amenaza. Sin embargo, el del arma empezaba a tocarle las narices. Lo señaló con un dedo.

—Esto es lo que va a pasar: me quitas esa arma de la cara. Eso si quieres conservar el brazo.

Sus ojos se entrecerraron y vio que no se esperaba esa respuesta. Dudó, sin saber cómo proceder. Miranda apretó con más fuerza el asidero y encogió el cuerpo para saltar.

El combate cuerpo a cuerpo en gravedad cero es un arte que se perfecciona con muchas horas de entrenamiento y práctica. Es una disciplina que requiere una verdadera comprensión de la tercera ley de Newton: *para cada acción, hay una reacción igual y opuesta*. Miranda tenía los conocimientos y la experiencia para ser una luchadora eficaz en este entorno, y para ella era evidente que los dos hombres que tenía delante no los tenían.

Se abalanzó hacia delante, impulsándose desde la pared lateral con toda la fuerza que sus piernas pudieron proporcionar. Agachó la cabeza y apuntó a la del hombre del arma con la parte superior de su casco. Al mismo tiempo, le agarró el brazo para sujetarlo mientras impactaba en su cara. Él gritó y maldijo, y ella le soltó el brazo cuando él perdió el control del arma. Cayó rodando por el túnel, dejando un rastro de sangre que salía de su nariz. Miranda detuvo su avance agarrándose a un asidero de la pared del túnel. Al mismo tiempo, extendió la mano y cogió el arma que flotaba, recuperó la posición y apuntó al segundo hombre.

—Entonces, ¿podemos dejarnos de gilipolleces y seguir con esto?

Él levantó una mano.

—Claro, de acuerdo... Por aquí.

Miranda le hizo una seña con el arma para que fuera delante de ella. Avanzaron por el túnel hasta donde el otro hombre se sujetaba la nariz rota.

—Venga, vámonos. —Le hizo un gesto con el arma. Él se puso en marcha, observando a Miranda con extrema cautela.

Tomaron un pequeño ascensor hasta el borde del toro y salieron a una zona con gravedad casi estándar. Los dos hombres permanecieron delante de ella y caminaron una corta distancia hasta una gran área de operaciones. Estaba en penumbra, pero pudo ver que la estación había sido despojada de casi todo lo de valor que no fuera esencial para el soporte vital.

En el centro de esta zona, varias personas estaban reunidas alrededor de una mesa holográfica baja. Levantaron la vista cuando

Miranda entró y la sorpresa empezó a reflejarse en sus rostros. Entregó el arma, con la culata por delante, al mercenario al que le había roto la nariz. Él pareció muy avergonzado mientras la cogía con vacilación.

Miranda miró a la tripulación reunida alrededor de la mesa holográfica.—Me ha decepcionado un poco vuestro comité de bienvenida. Esperaba algo un poco más profesional.

Un hombre alto y desgarbado con un exoesqueleto se separó del grupo. Tenía un aspecto pálido y demacrado, con ojos hundidos que miraban a Miranda con una intensidad acerada. Se detuvo a pocos metros de ella y miró a sus hombres, en particular al que se tapaba la cara ensangrentada. Volvió a mirarla, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada larga y gutural. La tensión en la sala bajó unos cuantos grados y las manos se apartaron de las armas.

—Tiene usted tela, Miranda Lee. Vaya si la tiene. Pero algún día le van a partir la cara y espero estar ahí para verlo. —Señaló con el pulgar al tipo de la nariz rota—. Tú, ve a que te miren eso.

Miranda se quitó el casco.

—Dain Tiber, ¿supongo? —preguntó como si fuera una acusación.

—Sí.

—Bueno, me encantaría quedarme a charlar todo el día, pero ¿podemos seguir con esto? —Miranda volvió a subir el nivel de tensión en la sala. Estaba tentando a la suerte y lo sabía. Acabar con un par de tipos sin entrenamiento en el túnel de atraque era una cosa; no había forma de que pudiera abrirse paso a la fuerza entre todos ellos. Sobre todo cuando a su líder le habían injertado un potente exoesqueleto modificado biológicamente. Podría aplastarle el cráneo con una sola mano.

Le lanzó otra mirada fría.

—¿Cómo sabemos que tiene usted el dinero? ¿Cómo sabemos que podemos confiar en usted, ya que no tiene un historial muy bueno en ese sentido? —Aquello pareció sentar bien al resto de la tripulación y Miranda pudo ver cómo su lenguaje corporal se volvía más agresivo.

Dio un paso hacia él y mantuvo la voz mesurada.

—La única razón por la que estoy aquí es porque a la gente que represento no le gusta que la tomen por idiota. Quieren asegurarse de que el trabajo se ha hecho según lo contratado. Estoy aquí para validarlo. Así que no pasará nada hasta que eso ocurra.

Tiber le devolvió la mirada durante un segundo o dos antes de hacer una seña a uno de la tripulación.

—Ocúpate tú. Le enseñaré la mercancía. —Se volvió hacia Miranda—. Por aquí. —Salió de la sala de operaciones. Miranda lo siguió, con dos de la tripulación detrás.

Se movía con una gracia y una velocidad sorprendentes, y a Miranda le costó seguirle el ritmo. Supuso que lo hacía solo para demostrar de lo que era capaz el exoesqueleto y que no sería tan fácil de vencer como el tipo al que había liquidado en el túnel de atraque. Tras un minuto o dos de abrirse paso por el laberinto de trastos que este grupo de bandidos había almacenado en cada espacio disponible, llegaron a una zona con un letrero mugriento que decía *Sector de Alojamiento D*. Tiber se detuvo e hizo una seña a uno de los dos miembros de la tripulación para que abriera la puerta. Se descolgaron las armas de plasma y uno de ellos pasó la palma por el panel de acceso. La puerta hizo clic y entraron, con las armas en alto. Tiber le hizo un gesto para que lo siguiera.

Miranda se colocó delante de la puerta, pero no entró. El corazón le latía deprisa y le resultaba difícil mantener la compostura. Así pues, mantuvo las distancias, quedándose fuera en el pasillo mientras miraba dentro de la habitación.

Estaba en penumbra, húmeda y olía a sudor. Vio a Goodchild tumbado en una litera, así como a varios otros que no pudo distinguir bien. Una figura salió de la oscuridad. Era la doctora Stephanie Rayman. Reconoció a Miranda y su boca se abrió de asombro durante un segundo antes de hablar.

—Miranda, ¿qué...?

Miranda negó suavemente con la cabeza en un intento de indicarle a Steph que no hiciera nada. Ella captó el mensaje y no dijo nada más.

—¿Contenta? —dijo Tiber.

Miranda se apartó de la puerta y se alejó. Tardó un momento en recomponerse.

—Sí.

—Bien. —Hizo una seña a su tripulación y se retiraron de la habitación, cerrando la puerta con llave de nuevo. Miranda empezó a desandar el camino, más como una forma de mantenerse bajo control; una forma de acción, algo que la distrajera de su deseo de arremeter y acabar con esos cabrones. Pero eso sería una estupidez. *Tómatelo con calma*, pensó. *Recuerda: todavía tienes un trabajo que hacer. No la cagues*.

Cuando regresaron a operaciones, Miranda había recuperado un poco más el control de sus emociones. Supuso que Scott y Cyrus ya habrían inutilizado las lanzaderas, así que todo lo que tenía que hacer era mantener la calma y la misión estaría cumplida.

—Ya tiene lo que quería, así que ya es hora de que deje de jugar y haga la transferencia —dijo Tiber.

—En cuanto vuelva a la *Perception*, les daré el visto bueno.

—Haga eso y también puede decirles que el precio se acaba de duplicar. Ahora son dos mil millones.

Miranda no estaba segura de cómo reaccionar. Demasiado despreocupada y podrían olerse la tostada. Demasiado gallita y... bueno, ¿quién sabe?

—No les va a gustar eso, Tiber. ¿Le importa dar una razón?

—Porque no me gusta usted. No me gusta su actitud y Murt está bastante cabreado con usted por haberle roto la nariz. Dos mil millones. Entonces recuperará a su gente.

Miranda se encogió de hombros.

—Se lo haré saber.

Estaba a punto de irse cuando Tiber la detuvo.

—Espere un momento.

—¿Y ahora qué? —Miranda luchaba por mantener la compostura.

Se llevó una mano a un comunicador que llevaba en una oreja. Alguien le estaba hablando y Miranda intuyó que podría haber problemas, ya que no dejaba de mirarla mientras escuchaba. Sintió que el pulso se le aceleraba y estaba segura de que él podía oler su miedo.

Finalmente, apartó la mano y se acercó a ella, con el rostro casi tocando el suyo.

—Entonces, ¿hemos terminado? —consiguió decir.

Permaneció en silencio un instante mientras sus ojos la taladraban con la mirada.

—Creo que está jugando a algo, Miranda Lee.

—Piense lo que quiera. Me importa una mierda. —Se giró para marcharse, pero Tiber la agarró del cuello y su fuerza mejorada le oprimió la garganta. No podía respirar. Su agarre se hizo más fuerte en su cuello mientras giraba la cabeza y gritaba a su tripulación: «¡Traedlos!».

Miranda le agarró del brazo e intentó zafarse, pero su fuerza era demoníaca. Le lanzó una patada al lateral de la rodilla, pero solo consiguió hacerse más daño. No podía respirar y estaba perdiendo fuerzas. Empezó a retorcerse. Le ardían los pulmones y sentía que iban a estallar dentro de su pecho. Tiber la estaba asfixiando y no había nada que pudiera hacer.

Él la soltó.Se desplomó en el suelo, jadeando, aspirando bocanadas de aire. Tenía la garganta como madera astillada; le dolía respirar. A su alrededor, oía a la tripulación gritar y vitorear; pedían sangre a gritos. Tiber la agarró del pelo y la levantó del suelo para que se sentara erguida. Le giró la cara para que pudiera ver las formas ensangrentadas y malheridas de Scott y Cyrus arrodillados frente a ella, con las manos atadas a la espalda.

—¿Amigos suyos?

Miranda no podía hablar; tenía la garganta destrozada. Todo lo que pudo hacer fue mirar. Scott tenía un tajo en la parte superior de la cabeza y un largo reguero de sangre le cubría un lado de la cara. Cyrus tenía la boca ensangrentada. Escupió en el suelo delante de él, jadeando con fuerza.

—Los encontramos fuera, tratando de joder nuestras lanzaderas. ¿Por qué harían eso? —Le tiró del pelo con más fuerza—. ¿Eh?

Pero no podía hablar, aunque quisiera.

—Verá, mi amigo Dogg dice que estos payasos cayeron del cielo después de la operación en el Hermes. También llevaban un núcleo IC. La cosa es que los dejó allí para que tuvieran una muerte lenta y

agradable y luego aparecen aquí... con usted. Así que lo que a todos nos gustaría saber es: ¿qué coño está pasando? —Tiró con más fuerza y Miranda sintió como si se le desprendiera el cuero cabelludo.

Frente a ella, un tipo con un brazo modificado biológicamente desenfundó un arma de plasma y la apretó contra el cráneo de Scott. Supuso que era Dogg.

—Más vale que alguien empiece a hablar o empezaré a freír cerebros.

—Saben que estáis aquí —dijo Scott, con voz trabajosa—. Vienen a por vosotros... No os saldréis con la vuestra.

—Gilipolleces —dijo Dogg—. Lo sabríamos. No hay nada en la red. Mientes. —Lo golpeó en el cráneo con la culata del arma. Scott se derrumbó en el suelo.

Miranda tosió e intentó hablar.

—Estábamos... inutilizando vuestras lanzaderas... averiguando si la tripulación del Hermes estaba aquí... antes de alertar a Ceres.

Tiber le soltó el pelo y Miranda reprimió las ganas de vomitar.

—Vaya, vaya, qué equipo. Viniendo a rescatar a vuestros colegas. Parece que os uniréis a ellos. Y tú... —Se dio la vuelta, sacando un arma mientras lo hacía, y apuntó a Dogg—. Los has traído directamente hasta nosotros.

Dogg parecía atónito.

—Los dejamos por muertos. No tenían escapatoria.

—Excepto que aparece la niña rica.

—¿Cómo íbamos a saberlo?

Tiber negó con la cabeza.

—Debería liquidarte aquí y ahora.

Varios miembros de la tripulación echaron mano a sus armas. Miranda tuvo la sensación de que había dos grupos distintos que se miraban, esperando a que el primero apretara el gatillo. Deseó con todas sus fuerzas que empezaran a pelear; quizá podrían escapar en la confusión.

Pero Tiber guardó su arma en la funda.

—Ya no importa. —Aquello calmó a todo el mundo. Las armas bajaron, los ánimos se calmaron.

Tiber se volvió hacia su tripulación.

—Coged a esos dos y encerradlos con el resto.

Se agachó frente a Miranda y la miró a los ojos.

—En cuanto a la niña rica, es la hija de Fredrick VanHeilding. Por lo visto, la familia no quería que se viera envuelta en el fuego cruzado cuando se produjo la operación en el Hermes. Así que se inventaron una sarta de mentiras y enviaron una nave muy elegante a por ella. —Volvió a mirar a su tripulación—. Parece que la Corporación VanHeilding se preocupa más por ella que por el resto de esa tripulación que tenemos encerrada. —Se levantó con la velocidad del rayo y se giró hacia sus hombres—. Nos están dejando en la estacada. Nunca tuvieron intención de pagarnos el resto de lo que nos deben por esta operación.

Se dio la vuelta, mirando de uno a otro.

—Les importa una mierda si Goodchild y los demás mueren. Han hecho que ese sea nuestro problema. Bueno, que les jodan. Ahora tenemos algo que sí les importa. —Señaló a Miranda con un dedo—. Nos pagarán lo que nos deben o ella muere. Es así de simple. Mientras tanto, averiguaremos qué sabe. La llevaremos a la enfermería y le pondremos unos electrodos en el cráneo. Hablará. —Se agachó de nuevo, extendió la mano y le acarició la mejilla—. Espero que tenga algo que contar, porque si no, estará babeando por la comisura de la boca el resto de su vida para cuando terminemos de freírle el cerebro.

19

PRESCINDIBLE

Los primeros y vacilantes pasos de Scott hacia la consciencia le trajeron la percepción del dolor: una punzada profunda y palpitante que emanaba del interior de su cráneo. Movió la cabeza despacio e intentó abrir los ojos. Oyó voces. Voces familiares.

—Está volviendo en sí.

—¿Scott? Scott, ¿puedes incorporarte?

Parpadeó varias veces, intentando aclarar su visión borrosa. Una mata de pelo enmarañado y encrespado apareció ante sus ojos y reconoció a su dueña, la doctora Stephanie Rayman.

—¿Steph? —Su voz sonó débil y sentía la garganta como si se la hubieran liofilizado.

—Toma, incorpórate y bebe un poco de agua.

Sabía como si la acabaran de sacar directamente del núcleo de un reactor, pero aun así fue un bálsamo para su garganta reseca; sintió que empezaba a revivir.

—Steph, ya hemos pasado por esto —dijo con una media sonrisa.

—Sí, en Neo City. Se está convirtiendo en una costumbre. —Lo rodeó con un brazo por los hombros—. Me alegro de que Cyrus y tú estéis de vuelta. Pensaba que habíais volado por los aires con el Hermes.

—¿Cómo estás, colega? —Cyrus se sentó en el borde de la litera donde Scott se recuperaba.

—No muy bien, si te digo la verdad. —Se incorporó y apoyó la espalda contra la pared lateral del módulo de alojamiento. Frente a él estaba sentada Regina Goodchild —tampoco tenía muy buen aspecto— y varias personas más, a algunas de las cuales recordaba del Hermes. Asintió—. ¿Cómo lo lleva?

—Mejor, ahora que sabemos que están todos vivos. —La voz de Goodchild era débil y una leve sonrisa agrietó sus labios.

Scott se irguió un poco más y se llevó una mano a la dolorida cabeza, donde notó un vendaje.

—Te he hecho un apaño rápido. En circunstancias normales te haría un escáner para ver si tienes una conmoción cerebral, pero... —Steph se encogió de hombros.

—Gracias. —Volvió a mirar a su alrededor—. ¿Dónde está Miranda?

—Se la han llevado para interrogarla —dijo Cyrus.

—Mierda. ¿Está bien?

Cyrus se encogió de hombros.

—Lo dudo.

Scott se levantó de la litera. Se sintió un poco inestable y extendió una mano para apoyarse en la pared.

—Tenemos que salir de aquí y rescatar a Miranda antes de que sea demasiado tarde.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Hay al menos veinte mercenarios bien armados ahí fuera. La doctora Rayman ha estado buscando información sobre ellos. —Quien hablaba ahora era Olaf, uno de los guardaespaldas de Goodchild. Scott lo reconoció del Hermes.—Sí, me han estado sacando de vez en cuando para tratar a Tiber. Tenía septicemia por ese exoesqueleto que le habían injertado. Estaba bastante mal. En fin, he estado atendiendo a algunos de ellos. Heridas leves, cosas de ese tipo. Calculo que son unos veinte, pero solo unos pocos tienen entrenamiento militar. El resto son simples matones. Luego también están Dogg y su banda de contrabandistas. Cyrus nos ha estado poniendo al día de todo lo que os ha pasado.

—¿Son del mismo grupo? —preguntó Scott.

—No, pero Tiber y Dogg se conocen. Desde hace mucho tiempo. —Steph miró a su alrededor, bajó la voz y se inclinó un poco—. Por lo que he podido averiguar hablando con estos tipos y por fragmentos de conversaciones que he oído, la fastidiaron en la operación de la Hermes. Se suponía que no debían destruirla. Ahora los Siete no van a pagar, así que están jodidos.

—Los Siete ya han ganado —intervino Goodchild—. La votación en Marte ha terminado... la hemos perdido. Han conseguido lo que querían, así que ahora somos prescindibles.

—También tienen el núcleo de Aria —dijo Cyrus.

Goodchild asintió a Cyrus.

—Eso hemos oído. Una desgracia.

—No veo por qué es para tanto. Vale, es una IA, ¿y qué? —dijo Olaf.

Scott miró a Goodchild.

—Usted sabe por qué, ¿verdad?

Ella asintió.

—Sí. Verá, el núcleo de Aria es... experimental. En cualquier caso, los Siete deben de haberse enterado, y eso es lo que querían de la Hermes antes de que estallara.

—Tenemos que detenerlos de alguna manera. Supongo que se irán de aquí pronto. Se llevarán el núcleo y, probablemente, a Miranda también. Intentarán usarla como moneda de cambio. Creen que es importante para VanHeilding.

—¿Y nosotros?

—Ahora nos hemos convertido en un inconveniente, lo que significa que somos prescindibles. —Miró a Goodchild—. Por eso tenemos que salir de aquí mientras tengamos una oportunidad.

—¿Cómo? —dijo Olaf.

Scott observó la habitación.

—Si podemos salir de aquí, podríamos intentar llegar a la lanzadera de Miranda. Pero tendríamos que hacerlo pronto, antes de que se apoderen de ella.

—Le veo un pequeño problema a eso —dijo Olaf—. Hay al menos dos guardias bien armados al otro lado de esa puerta, y no tenemos

nada, solo nuestras manos.

—Puede que tenga una solución para eso —dijo Steph. Metió la mano en un bolsillo y sacó varias microjeringuillas—. Se las he ido robando de sus suministros cuando he tenido la oportunidad. Cada una contiene cinco centímetros cúbicos de ciclofromazina. Es suficiente para dormir a un hombre promedio durante unas tres horas. El único problema es que tarda unos treinta segundos en hacer efecto.

Scott cogió una de la mano extendida de Steph y la examinó.

—¿Treinta segundos?

—Para dejarlo completamente inconsciente, pero empezarán a perder fuerza a los pocos segundos.

—Steph, puede que nos acabes de salvar la vida.

—¿Y si hay más de dos guardias ahí fuera? —Olaf no estaba convencido.

—Nunca he visto más de dos. —Steph negó con la cabeza.

—Escuche, ese no es el problema. El problema es que *no* haya guardias fuera. Eso significaría que han evacuado. Que hemos llegado demasiado tarde.

Cyrus estaba mirando fijamente la puerta y ajustando algo en su visor. Levantó una mano para hacerle una señal a Scott.

—¿Ves algo? —dijo Scott.

—Estoy captando una firma térmica. Solo una. —Echó un vistazo a lo largo de la pared—. Ninguna más.

—Vale, este es el plan: Steph, Cyrus, ¿os acordáis de cuando nos fugamos de aquel sitio en Neo City?

Asintieron.

—El mismo plan. Excepto que esta vez, el alboroto lo montas tú, Steph. Cyrus y yo nos abalanzaremos sobre él.

El ingeniero seguía mirando la pared como si quisiera traspasarla.

—Chisss... —Levantó una mano para que guardaran silencio.

—¿Qué pasa? —Scott mantuvo la voz en un susurro.

—Alguien viene.

—¿Cuántos?

Cyrus esperó un segundo antes de responder.

—Dos... No, espera, tres.

—Mierda, son demasiados. —Scott sintió cómo su plan de escape se evaporaba. Demasiados para enfrentarse a ellos, y demasiado pronto. No estaban listos.

La puerta se abrió con un clic. Tres hombres estaban fuera con sus armas de plasma apuntándoles.

—Todos atrás, lejos de la puerta. Usted no, doctora Rayman. Va a venir con nosotros.

Scott apretó los puños y miró a Cyrus, que negaba suavemente con la cabeza como diciendo: «No lo hagas, ni se te ocurra».

Retrocedió mientras Steph se levantaba y se guardaba las microjeringuillas en el bolsillo, justo a tiempo. Al salir por la puerta, miró a Scott y le dedicó una mirada que decía: «Lo siento, no puedo hacer nada».

Scott sintió una rabia ardiente crecer en su interior. Quería desgarrar, destrozar, aplastar y matar. Así que, cuando la puerta se cerró de nuevo, le dio un puñetazo a la pared.

—Tranquilo, Scott. Ya tendremos nuestra oportunidad —dijo Cyrus.

Scott se frotó los nudillos.

—¿Para qué demonios necesitan a Steph? —Entonces lo recordó: Miranda.

20

ENFERMERÍA

Steph llevaba fuera solo unos minutos cuando Cyrus volvió a ponerse en alerta máxima.

—Se acerca alguien.

—¿Más guardias? —preguntó Scott, y se puso en pie, listo para la acción.

Cyrus hizo una pausa.

—Solo uno, creo. La imagen es confusa.

—Da igual. Propongo que saltemos sobre él en cuanto abra esa puerta, ¿vale?

—¿Y luego qué? —dijo Cyrus.

—Y luego le damos una paliza de muerte —dijo Olaf mientras se levantaba y se acercaba a la puerta.

—Me alegro de ver que por fin te unes a la lucha —dijo Scott.

Olaf le devolvió la sonrisa.

—Solo esperaba la oportunidad adecuada.

Scott se colocó a su lado y esperó.

Oyeron un barullo justo al otro lado de la puerta, seguido de varios gruñidos breves. La puerta hizo clic y se abrió de golpe. Scott fue el primero en moverse, pero, para sorpresa de todos, era Steph. Sostenía el brazo de uno de los guardias, que yacía inconsciente en

el suelo. Los gruñidos se debían al esfuerzo que hacía para llevarle la palma de la mano hasta el panel de acceso.

—Steph, ¿pero qué...? —Scott salió y miró a ambos lados del pasillo. Vio otros dos cuerpos desplomados en el suelo a varios metros de distancia—. Los has pinchado. ¿Cómo demonios lo has conseguido?

—Les he dicho que era una vacuna general contra la gripe que le estaba poniendo a todo el mundo.

—¿Y te han creído? —dijo Cyrus mientras salía de la habitación.

Steph se encogió de hombros.

—Han llegado a confiar en mí.

—Estúpidos —dijo Olaf.

—Rápido, metámoslos dentro. —Scott se agachó y empezó a arrastrar un cuerpo.

Trabajaron con rapidez, metiendo los cuerpos en la habitación y quitándoles todas las armas que encontraron.

Scott comprobó la carga de una pistola de plasma corta y robusta. Cuando estuvo seguro de que podía causar algún daño con ella, se dio la vuelta y vio a Goodchild y a los demás salir de la habitación como animales de zoológico que hubieran encontrado la puerta de la jaula abierta. Steph ya los estaba dirigiendo, puesto que era la que más experiencia tenía con el «mundo *exterior*».—Vamos por aquí. —Señaló el largo pasillo curvado—. A unos quince metros hay un ascensor que nos llevará al muelle de atraque central.

Cyrus y Olaf dieron unos pasos vacilantes hacia delante, con las armas preparadas.

Scott se giró en la otra dirección.

Steph lo agarró del brazo.

—¿Adónde vas? Es por aquí.

—Voy a por Miranda.

—¿Estás loco? —dijo Olaf mientras volvía junto a Scott—. No tienes ninguna posibilidad de conseguirlo. Te verán venir y sabrán que hemos escapado. Nunca llegaremos a la lanzadera.

—Olaf tiene razón —dijo Cyrus—. Lo único que conseguirás es alertarlos de nuestra huida.

—Marchaos. Os doy cinco minutos, y luego iré a buscarla.

Cyrus suspiró profundamente.

—Voy contigo.

—No, tú eres el único que puede pilotar esa lanzadera. Tienes que irte. ¡Vete ya!

—Yo puedo encontrarla —dijo Steph—. Sé cómo llegar a la enfermería sin que me vean.

—No, Steph, no puedo dejar que hagas eso. Mira, yo la metí en este lío, así que yo la sacaré.

—¿Queréis decidiros de una vez? Tenemos que irnos. —Olaf estaba inspeccionando su arma de plasma recién adquirida.

—Incluso si la encuentras, ¿cómo piensas salir de la estación? —dijo Steph.

—Ya se me ocurrirá algo. —Scott se dio la vuelta para marcharse.

—Espera, tengo una idea. —Cyrus lo agarró del brazo y tiró de él para que volviera a la habitación. Se agachó y le quitó un comunicador de la oreja a uno de los guardias. Al mismo tiempo, se dio un golpecito en el lateral del visor, sacó de allí una diminuta herramienta parecida a un destornillador de relojero y se puso a manipular el auricular.

—Oye, tíos, ¿podemos irnos ya?

—Cierra el pico. —Steph le plantó cara a Olaf—. Si vas a salir de aquí con alguna posibilidad de seguir con vida, es solo gracias a ellos.

Cyrus jugueteó con su visor mientras daba golpecitos en el auricular con un dedo. Se lo entregó a Scott.

—Vale, ya tenemos comunicadores. Ponte esto en la oreja. Es de corto alcance y no es seguro, así que úsalo con moderación.

Scott lo cogió, lo limpió varias veces en su manga y se lo colocó.

—Vale, suponiendo que lleguemos a la lanzadera —dijo Cyrus—, la llevaré a la parte inferior de la estación. Puede que consigamos aguantar allí un rato. Tú intenta llegar a la esclusa de emergencia, Carga B. Es una estación de minería estándar, así que debería tener una en la ubicación habitual. Intenta llegar hasta allí, ¿vale?

Scott asintió.

—Vale. Te doy cinco minutos antes de salir de aquí, por si me ven antes de lo previsto.

Cyrus se giró para marcharse. Levantó cinco dedos.

—Cinco minutos es todo lo que necesitamos.

Steph le puso una mano en el brazo.

—Toma, coge esto. —Le entregó otra microjeringuilla.

—¿Qué es esto? —Scott cogió el paquete.

—Es adrenalina sintética. Si encuentras a Miranda... ausente..., esto podría reanimarla.

—Vale, ahora vete. ¡Vete!

Se marchó.

—Buena suerte.

Scott asintió.

—Gracias.

Los vio marcharse, abriéndose paso por el pasillo. Volvió a la habitación donde los tres guardias estaban apilados en el suelo y empezó a quitarle la ropa a uno de ellos, pensando que podría ayudarlo a camuflarse mejor entre la gente de allí. Terminó en menos de cinco minutos y, de momento, todo estaba en calma. Cuando por fin salió de la habitación, Scott tenía el mismo aspecto que cualquier operario con el que se había cruzado en su vida.

Se colgó el arma de plasma al hombro junto con una más pequeña que se había metido en el cinturón, a la altura de los riñones. También había recuperado un cuchillo corto y una granada aturdidora; un dispositivo especialmente útil para luchar en espacios reducidos. No causaba mucho daño, pero desorientaba a cualquiera en un radio corto. También era muy útil para provocar incendios.

Se mantuvo pegado a la pared mientras avanzaba sigilosamente, escuchando con atención cualquier sonido, con los ojos fijos en el horizonte que se desplegaba lentamente en el suelo curvo de la estación. Tenía una idea bastante clara de adónde iba y dónde estaba la enfermería. La estación era un hotel para mineros de diseño estándar; había unos cuantos cientos como esa repartidos por todo el Cinturón. Construida según un diseño probado y de bajo coste, tenía dos cubiertas principales: una exterior para las operaciones diarias y otra interior para los alojamientos. Técnicamente también había una tercera, pero era para servicios, tanques de agua y residuos, y almacenamiento. Era el anillo más

interior, donde la gravedad artificial era más débil, salvo en el eje de la estación, donde era nula.

Scott estaba en la cubierta de los alojamientos, lo cual era bueno, ya que habría menos gente. La gravedad aquí variaba en intensidad entre los pies y la cabeza. No era un problema al estar tumbado, pero podía causar un ligero mareo en algunas personas si pasaban demasiado tiempo de pie. Por eso, la mayoría prefería trasladarse a la cubierta de operaciones en cuanto se levantaba.

Al cabo de unos minutos, Scott encontró lo que buscaba: una escalera que bajaba a la cubierta exterior. Se mantuvo pegado a la pared, escuchó y, al no oír nada, empezó a bajar. Asomó la cabeza por el hueco de la escalera y escudriñó el pasillo. A su izquierda, dos mercenarios se alejaban. Captó fragmentos de su conversación, pero no el contexto. El sonido de sus voces se desvaneció y él se aventuró a salir de la escalera, dirigiéndose a la derecha, hacia donde debería estar Miranda.

De nuevo oyó voces, pero esta vez procedían del interior de la enfermería. Se quedó paralizado, con la espalda pegada a la pared exterior del pasillo. Escuchó. Había al menos dos o tres personas allí dentro; demasiadas para enfrentarse a ellas solo, incluso con el factor sorpresa. Podría con uno o quizá dos, pero ¿tres? «Demasiado arriesgado», pensó. Sus dedos tocaron la granada aturdidora y sopesó la posibilidad de usarla.

Las voces del interior de la enfermería subieron de volumen; se estaban acercando. «Mierda». Scott buscó un lugar donde esconderse. Retrocedió por el pasillo y se metió en un almacén desordenado. Pegó la oreja a la puerta y pudo oírlos pasar. Tenían prisa, sus voces sonaban agitadas. Algo pasaba. Scott se preguntó si habrían descubierto a Cyrus y a los demás. Se llevó la mano al comunicador para activarlo, pero decidió esperar. Primero sacaría a Miranda y luego intentaría contactar con Cyrus.

Abrió la puerta una rendija y miró a ambos lados. Todo despejado. Regresó a la enfermería, comprobando su arma por el camino. Entró sin dudar, para sorpresa de un mercenario que estaba sentado en un escritorio con los pies en alto, dormitando. El hombre abrió los ojos y lo miró atónito. Por un momento, Scott vio que

intentaba situarlo como miembro de la tripulación. Fue tiempo suficiente para que Scott le disparara en pleno pecho. Cayó hacia atrás y quedó tendido en el suelo, mientras un fino filamento de humo salía en espiral de su torso carbonizado.El estruendo del arma fue más fuerte de lo que a Scott le hubiera gustado, y se quedó paralizado una fracción de segundo, atento a cualquier reacción desde la enfermería o el pasillo. Pero todo estaba en silencio. Entró en el quirófano. La sala estaba en penumbra y había un fuerte olor a productos químicos industriales, con un matiz agrio que casi podía saborear.

Miranda estaba tumbada en una mesa. La habían atado y su traje de vuelo estaba rasgado y hecho jirones, dejando al descubierto sangre coagulada y moratones. Su rostro era un mapa de dolor. Tenía los ojos cerrados y no se movía.

Scott temió que estuviera muerta y corrió a tomarle el pulso. Tenía la piel caliente y pudo ver el leve subir y bajar de su pecho.

—¿Miranda? —susurró, acunándole la cabeza en la mano. No hubo respuesta—. ¿Miranda? —volvió a intentarlo, un poco más alto. Su rostro seguía inexpresivo.

Sacó la jeringuilla que le había dado Steph, quitó el capuchón con el pulgar y se la clavó en el brazo. El efecto fue casi instantáneo. Su cuerpo se sacudió, sus ojos se abrieron de golpe y aspiró una bocanada de aire.

—Miranda..., soy yo, Scott.

Giró la cabeza en su dirección y sus pupilas empezaron a enfocar.

—Sco... —su voz se apagó.

—Estoy aquí para sacarte. —Empezó a desatar las correas y la ayudó a sentarse. Le pasó un brazo por encima del hombro—. ¿Puedes andar?

Intentó responder, pero su voz era un susurro.

—An...

Scott la sostuvo mientras ella bajaba de la mesa. Sus piernas flaquearon y Scott la agarró por la cintura para sostenerla.

—An... —susurró de nuevo.

—Tenemos que movernos.

Ella levantó la mano y le agarró la solapa de su mugriento traje de vuelo.

—A... gua. —Su susurro tenía más fuerza ahora.

—¿Agua? Claro, espera. —La ayudó a sentarse de nuevo en el borde de la mesa y sacó una petaca del bolsillo—. Toma.

Bebió unos sorbos y pareció reanimarse un poco.

—Tenemos que irnos —dijo Scott.

Ella asintió, y Scott guardó la petaca para ayudarla a levantarse de nuevo. Salieron a trompicones de la enfermería y volvieron a la escalera. Scott sentía que Miranda recuperaba fuerzas, sosteniéndose mejor por sí sola. No obstante, tuvo que ayudarla a subir las escaleras hasta la cubierta interior de los alojamientos. Encontró una cápsula vacía, la sentó en la cama y cerró la puerta tras ellos. Era obvio que no estaba en uso: las literas no tenían ropa de cama y la habitación estaba desprovista de efectos personales. Le entregó de nuevo la petaca a Miranda.

—Cyrus y los demás van de camino a tu lanzadera. Tenemos que llegar a la esclusa de emergencia del sector de carga. Nos recogerán allí.

Miranda asintió.

—Creí que iba a morir ahí dentro. En cuanto salgamos de aquí, voy a hacer volar esta estación por los aires.

—Todavía no hemos salido. —Scott se dio un golpecito en el comunicador—. ¿Cyrus? —No hubo respuesta—. Cyrus, ¿me oyes?

Un estruendo caótico estalló en su oído.

—Mierda... Cyrus, qué coño...

—Scott, problemas. Estamos atrapados en el muelle de atraque... pelea interna, una locura de la hostia... —La voz se cortó.

—¿Cyrus? Cyrus, habla conmigo.

El caos volvió a estallar en su oído.

—He hackeado los ascensores... Los he parado, excepto el número tres, el que usamos para bajar. Coged ese y...

—¿Cyrus? ¿Cyrus? —Pero esta vez los comunicadores estaban muertos—. Maldita sea.

Miranda lo miró.

—¿Problemas?

—¿Y cuándo no? —Scott golpeó la pared—. Están atrapados en el muelle de atraque. Parece que hay una batalla, pero podría ser entre los hombres de Tiber y los contrabandistas.

—No hay honor entre ladrones, ¿eh?

—Cyrus, ese cabrón listo, ha hackeado los ascensores. Excepto uno, que podemos coger.

Miranda se levantó y estiró el cuerpo, palpándose el hombro al hacerlo.

—Entonces, será mejor que lleguemos antes de que sea demasiado tarde.

Scott echó mano a la espalda y sacó el arma de plasma.

—Vas a necesitar esto.

Ella la cogió y la comprobó con destreza. Scott vio que ahora estaba en su elemento, alerta y lista para la acción. Se preguntó por un momento cómo esta valquiria, resucitada de entre los muertos no hacía ni diez minutos, se había transformado ahora en una máquina de luchar.

—Me alegro tanto de que estés de nuestro lado, Miranda.

Ella le lanzó una mirada inquisitiva, y luego una lenta sonrisa se dibujó en sus labios. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó como si fuera la última vez. Cuando se separaron, le susurró al oído:

—Vale, entonces. Vamos a matar a esos cabrones.

21

BATALLA POR EL MUELLE

Las ganas de matar de Miranda duraron poco. A medida que avanzaban por la cubierta de alojamiento de vuelta a donde habían estado encerrados Steph y los demás, la mujer iba perdiendo fuerzas a ojos vistas; su paso era menos seguro y alargaba las manos para mantener el equilibrio. Fuera lo que fuese lo que Scott le había inyectado, el efecto estaba desapareciendo y Miranda se estaba ralentizando.

Cuando llegaron al ascensor, él tuvo que rodearle los hombros con el brazo para sostenerla. Por suerte, la zona estaba despejada de tripulación, pero esa situación podía cambiar muy rápidamente. La apoyó contra la pared del hueco del ascensor y comprobó el panel de acceso. Una luz roja parpadeaba indicando una avería. Scott se tocó el auricular.

—Cyrus, ¿me oyes?

El estruendo de la violencia estalló en su oído.

—Scott, ¿dónde estás?

—En el ascensor tres.

—Espera... —Scott podía oír el *whomp, whomp* de las armas de plasma de fondo. La alerta de avería del panel de acceso desapareció. Miró a Miranda. Se había deslizado por la pared y

estaba sentada en el suelo—. Hora de irse. ¿Estás lista? —Empezó a ayudarla a levantarse.

—Sí, solo estoy un poco temblorosa. Estaré bien cuando lleguemos a gravedad cero.

—Suena a infierno ahí arriba. Será mejor prepararse para el combate.

La puerta del ascensor se abrió de golpe. Entraron, se abrocharon los arneses y comenzaron a subir hacia el centro de la estación, al muelle de atraque.

A medida que se acercaban, la gravedad se desvaneció y empezaron a flotar fuera de la plataforma. Ajustaron su orientación y prepararon las armas. La puerta se abrió y una ráfaga de plasma crepitó sobre sus cabezas. El muelle de atraque estaba lleno de humo y el olor acre a ozono impregnaba sus sentidos. Scott se agachó, salió flotando y fue asaltado por un estruendo de disparos que provenía del otro extremo del muelle, donde se dividía en túneles para cada uno de los cuatro puertos de atraque. Delante de él, vio a Cyrus y Olaf agazapados tras una barricada improvisada de varios contenedores de almacenamiento atados entre sí. Cyrus les hizo una seña para que se acercaran y mantuvieran la cabeza gacha. A su lado, Steph atendía a dos personas heridas. Goodchild se encogía a su lado.

—Menudo follón. —Cyrus respiraba con dificultad y Scott vio que le habían alcanzado en el hombro izquierdo—. Nos tienen aquí inmovilizados.

Miranda llegó flotando a su lado.

—¿Cuántos hay ahí arriba?—No lo sé. Cinco, diez... Supongo que vendrán muchos más desde los huecos de los ascensores en cuanto averigüen cómo saltarse mi hackeo.

—No tenemos mucho tiempo, entonces —Miranda asomó la cabeza por encima de la barricada una fracción de segundo, solo para recibir una andanada de disparos. Volvió a agacharse justo a tiempo—. No se ve una mierda. Pero no pueden ser tantos, o ya se habrían lanzado a por vosotros.

Scott sacó la granada cegadora de su bolsillo y se la entregó.

—¿Ayudaría esto?

Ella la cogió, la examinó un instante y sonrió.

—Esto vendrá de perlas, gracias.

Steph se acercó flotando.

—Bezzio está muy malherido. Tendremos que llevarlo a una enfermería decente pronto. He hecho todo lo que he podido por el momento —se volvió hacia Miranda—. ¿Cómo lo llevas?

—De maravilla. ¿Te queda algo de eso que me pinchó Scott?

Steph negó con la cabeza.

—No, se ha acabado todo.

—Qué lástima. Podría acabar gustándome de verdad.

—¿Alguien tiene un plan? —Cyrus estaba comprobando su arma —. Solo me quedan unos pocos disparos.

—Tenemos que acercarnos más y luego atacarles con todo lo que tengamos. —Sopesó la granada cegadora—. Así que esto es lo que haremos. —Miranda se giró para encarar la barricada—. Tenemos que empujar toda esta estructura más cerca de la entrada de los túneles de atraque. Debería protegernos de sus armas. Una vez que hayamos reducido la distancia a la mitad, les lanzamos este regalito. —Alzó la granada cegadora.

Scott asintió.

—¿Y luego qué?

—Eso debería desorientarlos lo suficiente como para que podamos cargar contra ellos.

—¿Un asalto frontal? —dijo Cyrus.

—¿Tienes un plan mejor? —Miranda miró de uno a otro.

Scott echó un vistazo a la barricada.

—No.

—¿Steph?

—Sea lo que sea que vayamos a hacer, Miranda, tenemos que hacerlo pronto.

—Pues al lío.

Les llevó otro minuto organizar a todo el mundo y ponerlos al tanto del plan. Cuando estuvieron todos listos, empezaron a empujar la barricada a lo largo del muelle de atraque. Un proceso difícil de iniciar en gravedad cero, pero una vez que consiguieron algo de tracción, cobró impulso e hizo el proceso más fácil. Al menos hasta

que fueron alcanzados por una ráfaga de plasma y los contenedores empezaron a desintegrarse.

—¡Miranda, tienes que lanzarla ya! ¡Nos estamos desintegrando! —gritó Scott por encima del *whomp, whomp* de las armas.

—No, todavía no. Un poco más lejos.

Las correas que unían el escudo de contenedores se rompieron. Empezaron a separarse flotando, exponiéndolos al fuego enemigo. Steph chilló cuando un proyectil la alcanzó en la parte superior del muslo. Empezó a dar vueltas sin control.

—¡Steph! —Scott se estiró y la agarró para ponerla de nuevo tras un contenedor justo cuando otro proyectil pasaba zumbando a su lado.

—¡Miranda, hazlo de una vez! —gritó.

Ella quitó la anilla y la lanzó hacia el otro extremo del muelle. Dio vueltas en el aire y Scott sintió que el tiempo se detenía. Por un momento, no hubo nada. Luego, se hizo la luz.

Una furia incandescente se encendió en el muelle de atraque como un nuevo universo que nacía. El humo llenó el espacio, y la estación sufrió una parada cardíaca mientras las sirenas de incendios sonaban estridentes y un sistema automático de extinción escupía espuma como una furiosa tormenta de nieve.

Tras unos segundos, cesó. El muelle quedó en silencio.

Scott apenas tuvo tiempo de orientarse antes de que Miranda se lanzara a recorrer los pocos metros que quedaban como una gata salvaje, disparando varias veces en rápida sucesión. Le hizo una seña a Cyrus de que era hora de ser un héroe. Ambos se lanzaron tras ella mientras dos proyectiles de plasma explotaban desde la niebla, fallándoles por poco. Scott disparó una, dos, tres veces. Oyó un grito, seguido de un golpe sordo.

Miranda frenó junto a la entrada de los túneles de atraque. Scott y Cyrus siguieron su ejemplo, deteniéndose a su lado. La niebla se estaba disipando. El sistema de ventilación de la estación trabajaba a pleno rendimiento para limpiar el aire; podían oír cómo aumentaba su potencia.

En este punto, cuatro túneles cortos se cruzaban, uno para cada puerto de atraque. Uno estaba abandonado y sellado, lo que dejaba

otros tres. Un cuerpo salió flotando del que estaba directamente sobre ellos.

Miranda les hizo una seña para que cada uno tomara una entrada. Cuando estuvieron en posición, contó silenciosamente hasta tres y se movieron, disparando sobre la marcha. Un proyectil pasó zumbando junto a Scott, pero ahora sabía de dónde venía. Disparó y oyó un grito. Un momento después, otro cuerpo pasó flotando a su lado. Había otro más adentro, donde el túnel terminaba en la puerta de la esclusa.

Oyó a Miranda gritar que estaba todo despejado, seguida por Cyrus. Soltó un suspiro de alivio y retrocedió por el túnel hasta la intersección.

Varios de los cuerpos de los mercenarios flotaban en el espacio, y Scott creyó reconocer a uno o dos de la tripulación de Dogg. Miranda apartó uno mientras se abría paso.

—Metamos a todo el mundo en la lanzadera y larguémonos de aquí. —Se agarró a un asidero en la pared del muelle y se estabilizó, o tal vez se estaba tomando un respiro. Parecía pálida y su respiración era dificultosa. Quiso acercarse y preguntarle si estaba bien, pero había otros en peor estado. Necesitaban su ayuda ahora. Flotó hacia Steph, que se sujetaba el muslo izquierdo—. Estoy bien. Ayuda a los demás.

Goodchild y Olaf sujetaban a Bezzio, que parecía inconsciente.

—Adelantaos, yo llevaré a Bezzio.

Goodchild asintió; parecía demasiado conmocionado para hablar.

—No te preocupes —dijo Scott—, saldremos de aquí pronto.

Se amontonaron en la lanzadera de Miranda mientras ella se dirigía directamente al asiento del piloto y se abrochaba el arnés.

—Vale, abrochaos todos el cinturón. Nos largamos de este puto sitio.

—¡Espera! —Scott estaba flotando junto a la esclusa, mirando hacia el túnel.

—¿Qué? —Miranda sonaba enfadada.

—Algunos de esos cuerpos eran de la tripulación de Dogg.

—Sí, creo que intentaban pirarse —dijo Cyrus.

—¿Con Aria?

Cyrus le lanzó una mirada.

—Probablemente. Quizá pensaron que no necesitaban a Tiber después de todo.

—Scott, cierra la puta esclusa. Tenemos que irnos —gritó Miranda.

Él volvió a mirar por el túnel de la esclusa.

—Espera, Miranda. Voy a revisar la lanzadera de Dogg.

—¡¿Qué?! No, Scott, no tenemos tiempo.

—Pues búscalo. —Se impulsó hacia el túnel.

—Mierda, mierda, mierda. ¿Se ha vuelto loco? ¿Por qué está tan obsesionado con esa IA? —Miranda estaba definitivamente cabreada.

Cyrus se desabrochó el arnés del asiento.

—Voy tras él.

—Cyrus, no.

Pero ya había salido y se dirigía por el túnel.

—¡Scott, espera! ¡Voy contigo!

Scott frenó y se dio la vuelta.

—No, Cyrus. Puedo hacerlo.

Pero Cyrus se movía hacia él con velocidad.

—Claro que puedes. Y créeme, preferiría no estar haciendo esto tampoco, pero ¿quién te va a cubrir las espaldas?

Scott sonrió.

—Vamos, entonces.Delante de él, pudo ver que la puerta de la esclusa de la lanzadera de Dogg estaba abierta de par en par. Se impulsó hacia delante tan rápido como pudo y entró flotando directamente en la bodega de carga. Allí, atado al suelo de la lanzadera, estaba el núcleo de Aria. Se detuvo a su lado, y Cyrus se paró justo dentro de la puerta.

Scott lo miró.

—Te dije que lo encontraríamos aquí.

—Genial. Ahora saquémoslo de aquí rápido, antes de que lleguen los hombres de Tiber.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo es que seguís vivos?

Scott giró la cabeza y miró directamente a Dogg. Estaba desplomado contra el mamparo de la cabina, la parte superior de su

torso quemada y carbonizada, su cara surcada de sangre. Apuntaba un arma de plasma en dirección a Scott.

—Eh, Dogg. Con calma. Se ha acabado, ¿vale?

—No se ha acabado, desgraciados de mierda. Debería haberos matado en la estación de investigación. Pero no, me volví estúpido. Pensé que sería bueno y dejaría que murierais lentamente. Pues se acabó. —Disparó.

Pero su puntería era pésima, y el proyectil impactó en la pared trasera de la bodega de carga con un destello cegador de plasma abrasador. Disparó una segunda vez, pero también falló el blanco.

Scott salió despedido hacia atrás, fuera de control. Se agarró a un asidero para frenar su impulso cuando un tercer disparo explotó, pero esta vez fue Cyrus quien había disparado. Su puntería fue certera, y una bola azul ardiente de plasma se estrelló en la cara de Dogg. Su cabeza explotó.

Scott sintió que algo le salpicaba en la mejilla.

—Joder, qué pasada. —Cyrus miró su arma—. ¿Qué coño es este trasto?

—A quién le importa. —Scott se limpió las salpicaduras de la cara —. Me alegro de que decidieras cubrirme las espaldas.

—Un placer. ¿Podemos largarnos de aquí de una vez?

Scott ya estaba desatando el núcleo de Aria y apartándolo del suelo de la lanzadera. Miró hacia arriba a través de la esclusa abierta y por el túnel de acceso justo cuando dos mercenarios aparecían flotando desde el muelle de atraque. Por desgracia, ellos también lo vieron.

—¡Mierda! ¡Cyrus, cierra la puerta! ¡Cierra la puerta!

—Qué... —Un proyectil de plasma golpeó la pared lateral del túnel. Cyrus reaccionó rápidamente y cerró la puerta, girando el volante de bloqueo justo cuando otro proyectil golpeaba el otro lado. Retrocedió de un salto—. Es demasiado tarde, han conseguido entrar.

Scott se movía hacia la cabina, pasando junto al decapitado Dogg.

—Desacoplémonos y esperemos que este cacharro todavía pueda volar.

Cyrus se dejó caer en un asiento y empezó a manipular los controles. La consola cobró vida justo cuando otro proyectil de plasma impactaba en la puerta de la esclusa.

—¿Y qué pasa con Miranda y los demás?

—Estarán bien. Tenemos que ocuparnos de nosotros mismos. —Scott sintió un golpe seco cuando la lanzadera se desacopló de la estación. Derivó en el espacio por un momento mientras Cyrus intentaba arrancar el motor. Otro proyectil golpeó la lanzadera—. ¿De dónde ha venido eso?

—Mira. —Scott señaló por la ventanilla. La nave giraba mientras derivaba y el muelle de atraque apareció a la vista—. Miranda se ha desacoplado. —Pudo ver cómo su nave encendía los motores y se alejaba de la estación—. Han escapado.

Otro proyectil golpeó el casco.

—Pero ¿qué...?

—Los hombres de Tiber están fuera con trajes EVA, disparándonos —dijo Scott.

Los motores finalmente cobraron vida y se pegaron a sus asientos. Varias ráfagas más de fuego alcanzaron la nave, y el motor falló y luego se apagó.

—Maldita sea, hemos perdido la potencia. No, no. —Cyrus examinó los indicadores de la consola.

—¿Podemos recuperarla?

—¿Qué coño crees que estoy intentando hacer? —Sus manos trabajaban los controles a un ritmo frenético—. Vamos, pedazo de chatarra. Arranca. —Golpeó la consola con los puños y los motores volvieron a encenderse.

Scott lo miró.

—Buen trabajo. Ahora volvamos a la nave de Miranda.

Cyrus no respondió; parecía concentrado en algunas lecturas de la consola.

—¿Qué pasa? —preguntó Scott.

—Eh... puede que eso no sea una opción.

—¿Qué?

—Hemos perdido la navegación. No puedo cambiar el rumbo.

—Genial. —Scott miró por la ventanilla. Frente a ellos estaba el asteroide SN-Alpha, de cien kilómetros de diámetro—. Cyrus, de verdad que necesitamos cambiar de dirección. —Señaló por la ventanilla.

—Oh, vaya, ¿de verdad? No me digas.

El motor principal se apagó de nuevo.

—No, no. —Cyrus golpeó la consola con un puño, pero los motores permanecieron apagados.

Una alerta de proximidad sonó y Scott tocó un icono en su pantalla.

—Tenemos compañía.

—¿Miranda?

—No. Es la lanzadera de Tiber.

—Hazme un favor, Scott.

—Claro, lo que sea.

—Cállate, y punto.

—Vale.

22

ATERRIZAJE FORZOSO

Mientras la lanzadera se precipitaba hacia el asteroide, Cyrus intentaba desesperadamente recuperar el control. Scott no quería distraerlo de su intento por salvarles el pellejo, así que se puso a inspeccionar la bodega de carga. Esperaba encontrar algunos trajes EVA que sirvieran. Dado que lo más probable era que se estrellasen, estar metido en un traje EVA podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Empezó a abrir armarios y a revisar compartimentos de almacenamiento.

—Genial. Estamos de suerte, Cyrus. —Echó un vistazo al ingeniero, que le devolvió una mirada de descontento—. Vale, puede que no haya elegido las mejores palabras. Pero parece que aquí hay tres trajes. —Se puso a comprobar si funcionaban.

Hubo un cambio repentino en la inercia de la lanzadera, y Scott se agarró a un asidero para no perder el equilibrio. Cyrus le gritó:

—Tenemos retropropulsores, así que estoy reduciendo la velocidad y, con suerte, cerrando el ángulo de descenso.

Scott regresó flotando a su asiento, esta vez enfundado en un traje EVA muy maltrecho. Trajo otro consigo.

—Toma. Parece que tiene recursos para una hora más o menos. —Señaló con la cabeza el traje que había arrastrado para Cyrus—.

Este está más o menos igual.

Cyrus ajustó unos controles y se desabrochó del asiento.

—Intenta no tocar nada.

Scott levantó las manos.

—Lo intentaré. —Bajó la vista a la pantalla principal. Mostraba su posición en el espacio, configurada para un radio de unos mil kilómetros, en una especie de 3D simulado. Delante de ellos estaba el asteroide SN-Alpha, un pedrusco de polvo y roca. La pantalla proyectaba su trayectoria por el espacio; podía ver que Cyrus intentaba reducir el ángulo de impacto para rozar la superficie en lugar de chocar directamente contra ella. También podía ver el marcador parpadeante que indicaba la lanzadera de Tiber, que estaba a unos diez o quince minutos por detrás.

Alargó la mano y tocó un icono para alejar un poco el zoom, y un nuevo marcador empezó a parpadear.

—Cyrus, mira esto.

Para entonces, el ingeniero ya se había enfundado en el traje EVA y volvió flotando a su asiento.

—¿Qué es?

—El *Perception*. Nos está persiguiendo... y se mueve rápido.

Se quedaron mirando los marcadores parpadeantes un par de segundos.

—Debió de volver a la nave después de desacoplarse de la estación. ¿Qué se propone?—Es difícil saberlo, Cyrus. Pero parece que está bastante lejos, y no puede aterrizar. —Scott no se lo dijo a Cyrus (conocía la situación tan bien como él), pero antes tenían que sobrevivir al aterrizaje. Si seguían con vida después de eso, quedaba el pequeño detalle de que la lanzadera de Tiber aterrizaría tras ellos y probablemente descargaría un pequeño ejército de mercenarios para recuperar el núcleo de Aria. Poco podían hacer Scott y Cyrus. Incluso si el *Perception* entrara en órbita y Miranda descendía en la lanzadera, ¿qué podría hacer aparte de, quizá, recoger sus cuerpos de la superficie del asteroide?

—Será mejor que te abroches. —Cyrus se acomodó en su asiento —. Hora de estrellarnos.

A través de la ventanilla frontal, Scott veía el terreno oscuro y rocoso del asteroide pasar a toda velocidad bajo ellos. Cyrus había conseguido corregir el ángulo, pero seguían yendo deprisa; demasiado deprisa.

—Intenta elegir un sitio blandito.

—Lo tendré en cuenta.

—Parece que nos estamos acostumbrando a estrellarnos contra asteroides.

—Sí, quizá deberíamos convertirlo en un pasatiempo.

Scott se rio. —O en un negocio. Ya sabes, cobrar entrada.

Cyrus cogió su casco y se lo encajó en la cabeza. Scott hizo lo mismo. —¿Listo?

—¿Me lo preguntas en serio?

—Me lo tomaré como un sí.

Justo entonces, los retropropulsores se encendieron y salieron despedidos hacia delante contra los arneses de los asientos. La lanzadera cayó de repente, y la superficie gris y polvorienta estaba notablemente más cerca, pasando a toda velocidad bajo ellos como una exhalación.

—Agárrate. —Cyrus activó de nuevo los retropropulsores, y Scott sintió otra vez cómo el arnés se le clavaba en el grueso traje EVA mientras se esforzaba por mantenerle en su sitio.

—¡Cyrus! —Señaló por la ventanilla un afloramiento rocoso que se acercaba velozmente. Apretó los dientes mientras la lanzadera rozaba un afilado pináculo. La nave se estremeció y empezó a derrapar lateralmente mientras se abría paso hacia un cráter polvoriento. Impactó contra la superficie de lado, deslizándose durante uno o dos segundos antes de rebotar de nuevo. Scott perdió por completo la orientación, y el mundo exterior giraba y se retorcía al otro lado de la ventanilla. Rebotaron varias veces más, y Scott pensó que aquello no acabaría nunca. Cuando lo hizo, el morro de la lanzadera había excavado un surco en el regolito polvoriento y se había incrustado en el suelo.

Scott perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, la cabina estaba a oscuras, iluminada solo por la luz fantasmal de las pantallas de la consola. Las alertas

parpadeaban y pitaban, y no se veía nada por la ventanilla salvo la negrura.

—¿Cyrus? —Alargó la mano y sacudió el hombro del ingeniero—. ¿Sigues conmigo?

Cyrus levantó la cabeza y gimió. —Sí, sigo respirando.

—Tenemos una brecha en el casco. Estamos perdiendo atmósfera.

—No me digas.

Scott examinó las lecturas. —Parece que nos quedan unos quince minutos.

—Tomo nota.

Scott se desabrochó el arnés, salió de su asiento y fue a ver a Aria. El núcleo seguía atado y parecía no haber sufrido daños por el impacto.

—¿Y ahora qué? —Cyrus estaba comprobando la pantalla de la consola.

—Supongo que aguantar todo lo que podamos.

—Vale, la buena noticia —si se puede llamar así— es que todavía tenemos energía eléctrica, así que no moriremos congelados de momento.

Scott volvió a sentarse. —¿Aún podemos ver nuestra posición?

—Negativo.

—¿Comunicaciones?

—Lo mismo, nada. Sin embargo, creo que todavía funcionan una o dos de las cámaras de acoplamiento exteriores. —Cyrus tocó unos iconos y una imagen oscura y granulada de la superficie exterior se materializó en la pantalla principal. Hizo un barrido por el desolado y polvoriento cráter.

—Ahí. —Scott señaló un rastro naranja brillante en lo alto del borde del cráter—. Son ellos.

Observaron en silencio cómo la lanzadera se enfocaba lentamente, encendía sus propulsores y se quedaba suspendida a unos cientos de metros. Descendió con suavidad sobre la superficie en una nube de polvo. Durante unos instantes no ocurrió nada, y luego, de la niebla, surgieron varios mercenarios como fantasmas.

—Será mejor que nos preparemos. —Scott cogió su arma y la comprobó. Cyrus hizo lo mismo a regañadientes.

—¿Cuánta carga te queda?

Cyrus le dedicó una mirada de disculpa. —Estoy a cero. —Se encogió de hombros.

—Genial. A mí solo me queda un disparo.

Cyrus no dijo nada. ¿Qué se podía decir?

En lugar de eso, observaron cómo la horda avanzaba por el cráter hacia su lanzadera. Una figura central se movía de forma distinta a las otras. Avanzaba a grandes saltos, una hazaña solo posible gracias a un exoesqueleto. También llevaba un arma formidable, lo suficientemente grande como para reventar el costado de su lanzadera, que era más o menos lo que Scott y Cyrus suponían que planeaba hacer.

Scott activó su maltrecho traje EVA y se cerró el visor. Cyrus hizo lo mismo.

—¿Prueba de comunicación? —dijo Scott, más por reflejo que por necesidad.

—Recibido.

—Vale, colega. Sugiero que nos atrincheremos aquí en la cabina, esperemos a que Tiber entre y entonces le disparo —miró su arma— con mi único tiro; luego cojo ese cañón que lleva y mato a todos los demás.

Cyrus le dedicó una mirada comprensiva. —Claro.

Una fina sonrisa se dibujó en el rostro de Scott. —A menos que tengas un plan mejor.

Cyrus negó con la cabeza. —No.

Scott asintió lentamente. —Vale. —Alargó la mano y le dio una palmada en el brazo a Cyrus—. Nunca se sabe, podría funcionar.

Cyrus le puso una mano enguantada sobre la de Scott. —No pasa nada, Scott. Es lo que hay.

La lanzadera se estremeció por el impacto de una ráfaga de plasma. Scott se agazapó detrás del asiento, mirando por encima del mamparo hacia el interior de la lanzadera. Otra ráfaga impactó en el casco, y esta vez la pantalla de la consola enloqueció y la atmósfera se escapó rápidamente del casco agrietado. Con una tercera ráfaga,

la puerta interior de la esclusa de aire salió volando y se estrelló contra la pared del fondo, pasando muy cerca del núcleo de Aria.

Una luz brillante entró por la abertura, y el interior empezó a llenarse de un polvo fino.

Tiber finalmente entró y miró a su alrededor.

Scott disparó.

Falló.

El proyectil de plasma pasó zumbando a unos centímetros de la cabeza de Tiber. Scott intentó disparar de nuevo, pero su arma solo chisporroteó y crepitó. Tiber ya había levantado su arma para disparar, pero se percató de que Scott y Cyrus no tenían armas operativas. Tocó algo en su muñeca, y Scott oyó su risa ronca brotar del comunicador de su casco. —Ja, ja, de verdad que no sabéis cuándo moriros, ¿eh?Scott y Cyrus permanecieron en silencio. Tiber bajó su arma y se acercó a donde yacía el núcleo de Aria. Pasó una mano enguantada por su elegante superficie.

—Sabéis, en realidad debería daros las gracias por traerme esto. Me han ofrecido una pequeña fortuna por ello. —Su voz se endureció un poco—. Los Siete pagarán lo que sea por esta IA, y me refiero a lo que sea. Les haré pagar muy cara su traición. —Se detuvo y se volvió hacia Scott y Cyrus. Su voz sonaba ahora más calmada—. Así que, gracias. —Levantó el arma de nuevo y les apuntó—. Pero es hora de decir adiós.

Scott apretó los dientes, esperando el final. Pero la lanzadera se sacudió por una violenta explosión en el exterior, en la superficie del asteroide. Incluso en el interior, la luz fue cegadora, y Scott tardó uno o dos segundos en recuperar la visión.

El polvo y los escombros cubrían el interior; la fuerza de la explosión había lanzado a Tiber contra el casco. Se esforzaba por ponerse en pie. Scott pensó que podría tener una oportunidad para abalanzarse sobre él, pero era demasiado tarde: Tiber ya estaba levantado, protegiéndose los ojos mientras miraba hacia el boquete en el casco de la lanzadera. Salió corriendo.

—¿Pero qué coj...? —Cyrus se levantó del asiento y miró a Scott, que avanzaba con cautela desde la cabina hacia la bodega de carga.

Apenas se veía nada, ya que una espesa nube de polvo había llenado todo el espacio.

—Creo que ha sido un disparo del cañón de plasma de la *Perception* —dijo Scott, abriéndose paso por la bodega de carga.

—¿Miranda?

—¿Quién si no? —Scott se movió lentamente hacia el agujero en el casco e intentó ver a través de la niebla. Pero era demasiado densa para distinguir algo más que formas vagas. Una ráfaga de plasma de un arma corta destelló a unos cien metros de distancia, luego otra, y otra. Se había desatado un tiroteo. Tras un momentáneo intercambio, todo volvió a la calma. Scott forzó la vista para intentar vislumbrar algo. Lentamente, una silueta empezó a formarse y a moverse hacia ellos. Él y Cyrus retrocedieron hacia el interior, hasta la pared del fondo. La silueta cobró forma y definición, y finalmente se detuvo en el umbral roto. Era Tiber.

Su traje mostraba las cicatrices de la batalla, y se movía como a cámara lenta, levantando despacio su arma.

—Malditos cabrones. Os habéis cargado a toda mi tripulación. —Apuntó con el arma.

Scott volvió a cerrar los ojos al oír la detonación.

Sin embargo, de alguna manera seguía vivo. Abrió un ojo, luego el otro. El arma de Tiber cayó de sus manos. Tenía los ojos desorbitados y la boca abierta en un intento de decir algo. Cayó de rodillas y se derrumbó de bruces en el suelo.

Una nueva silueta se formó en el umbral roto. Era Miranda.

Se tambaleó y se agarró al borde irregular del casco de la lanzadera para sostenerse. Su arma cayó de la otra mano, y ella también se desplomó en el suelo. Scott se abalanzó hacia ella, corrió y se arrodilló a su lado.

—Miranda, cuánto nos alegramos de verte...

Ella alzó débilmente una mano para agarrarle el brazo. Su traje estaba quemado y carbonizado. Su casco también, donde debió de recibir un impacto de refilón. Tenía la cara surcada de sangre.

Él hizo ademán de levantarla en brazos, pero ella alzó una mano.

—Lo siento... debería... debería habértelo... dicho.

—No pasa nada. Te pondrás bien. Te llevaremos de vuelta a la nave. No hables.

—No... debería habértelo dicho...

—¿Qué? ¿Decirme qué?

—Estoy... embarazada.

Casi la deja caer. Abrió la boca, pero su cerebro luchaba por formular alguna palabra. Lo único que pudo hacer fue observar cómo ella cerraba lentamente los ojos y su cabeza rodaba dentro del casco.

—¡Miranda! No, no. Aguanta. Te llevaré de vuelta a la nave. Te pondrás bien. Te pondrás bien.

Echó a correr.

23

JEZERO CITY

Scott caminaba por la vieja biocúpula del barrio histórico de Jezero City, la capital de Marte. Los orígenes de la estructura se remontaban a los primeros tiempos del asentamiento humano en el planeta rojo, y había sido testigo de no pocas vicisitudes a lo largo de sus ciento sesenta años de historia. En un principio, fue una fábrica de alimentos para los primeros colonos, pero, a medida que la población aumentaba y se construían nuevas infraestructuras, se convirtió en un parque tropical para el disfrute de los ciudadanos de la nueva ciudad. Permaneció así durante muchos años hasta que cayó en desuso y quedó prácticamente abandonada. Sin embargo, varias décadas atrás, se lanzó una iniciativa para devolverle su esplendor original y utilizarla como lugar de interés histórico para actos de Estado, visitas de dignatarios y celebraciones oficiales. Ahora volvía a ser un exuberante jardín tropical, que albergaba varias especies de fauna, algunas de las cuales ya se habían extinguido en el planeta madre, la Tierra.

Por lo general no estaba abierta al público, por lo que se encontraba completamente desierta mientras Scott la recorría. Sobre su cabeza oía el piar de los pajarillos y observó varios nidos en lo alto de la superestructura. Aquello tuvo un efecto calmante

inmediato en él, y se sorprendió aminorando el paso y absorbiendo la belleza y los aromas de la frondosa vegetación.

Iba a visitar a un amigo, con el que no hablaba desde hacía bastante tiempo. Alguien a quien había desatendido durante su preocupación por la lucha de Miranda por sobrevivir. Desde que recogió su cuerpo inerte de la polvorienta superficie del asteroide, apenas se había separado de su lado. La había llevado de vuelta a la *Perception*, dejando que Cyrus se encargara del núcleo de Aria.

La nave, como había sospechado, contaba con una enfermería muy bien equipada, y Steph consiguió estabilizarla durante el viaje de diecisiete días a Marte. Pero Miranda había pasado de la inconsciencia al coma, y su vida no la mantenía su propio cuerpo, sino la proeza del equipamiento médico dispuesto a su alrededor. Cuando llegaron a Jezero City, la trasladaron a una unidad de cuidados intensivos, pero hasta el momento no había dado ninguna señal de mejoría. Y allí había permanecido durante los últimos diez días, velada por un Scott cada vez más abatido.

En cuanto al bebé, Steph se había mostrado cauta. Su destino estaba ahora entrelazado con el de su madre, Miranda. Podía sobrevivir, o no. Ella podía salir adelante, o no. Scott se preguntó si el vago pronóstico de Steph era su forma de ofrecerle esperanza donde en realidad no existía ninguna.Pero la peor noticia llegó dos días antes, cuando la familia VanHeilding anunció que se llevarían a Miranda de vuelta a la Tierra, a bordo del *Perception*, para que recibiera un tratamiento mejor. Habían contratado a varios miembros del personal médico a través de un contacto de la familia en Jezero City, que regresarían con ella para garantizar que llegara sana y salva. Por qué la querían de vuelta después de todo lo que había pasado era algo que nadie parecía saber.

Scott había protestado, pero sus súplicas cayeron en saco roto. Cuando elevó el tono de sus protestas e insistió en que, al menos, la acompañara de vuelta a la Tierra, le dejaron muy claro que la familia VanHeilding no lo quería cerca de Miranda. Ni ahora, ni nunca, y que haría bien en tener en cuenta esa advertencia. Así pues, esa mañana la habían preparado y embarcado en el *Perception*, y no podía hacer ni una maldita cosa al respecto.

Cyrus y Steph hicieron lo que pudieron por consolarlo. *«Es lo mejor. Le darán los cuidados que necesita»*. Él sabía todo eso, por supuesto, y hasta cierto punto lo aceptaba. Pero lo que no podía aceptar era el hecho de que la familia le hubiera arrebatado todo lo que tanto apreciaba. También empezó a sentirse un poco culpable por estar, por así decirlo, acaparando toda la atención. Cyrus y Steph también habían perdido a una amiga; no todo giraba en torno a él. Así que, para despejarse y tomar algo de perspectiva, decidió visitar la histórica biocúpula y hablar con la única entidad conocida que podía ayudarlo.

Scott apartó una gran fronda que colgaba a baja altura y se adentró en la plataforma central de la biocúpula. Era una zona de piedra ligeramente elevada, rodeada de altos árboles y arbustos. Por un lado, descendía suavemente hasta un estanque decorativo, con viejas carpas koi y una cascada que caía con delicadeza. Se acercó al centro, se sentó en uno de los asientos de piedra y contempló un ovoide de luz trémula que flotaba justo encima de un pequeño plinto de piedra.

—Hola, Aria. Cada vez se parece usted más a Solomon, con eso de la lucecita parpadeante.

—Buenos días, Scott. Me alegro de volver a verlo. Sí, pensé que el espectáculo de luces podría ser una forma interesante de manifestarme. Parece que a Solomon le funciona bien.

—¿Es esta la última moda en la fraternidad de las inteligencias cuánticas?

—No, no lo creo. Pero Solomon y yo somos ahora prácticamente una sola entidad, así que supongo que de ahí viene. Quién sabe, quizá hayamos iniciado una tendencia.

Scott sonrió, se acomodó en el asiento y miró a su alrededor. —¿Y cómo es que acabaron instalándola aquí? ¿Por qué no en un lugar más tecnológico?

—¿Le sorprendería saber que bajo esta biocúpula se esconde un extenso sistema de cuevas que alberga a otra gran IC, Zosimus? Mis sistemas principales están ahora totalmente integrados con ella. Aunque fue Solomon quien sugirió este plinto, más por lo que simboliza que por su practicidad. La mayoría de los ciudadanos de

Jezero City interactúan con la IC a través de terminales y consolas normales. Pero aquí pueden hacerlo en el ambiente tranquilo y contemplativo de este magnífico jardín.

—Bueno, Solomon es un poco teatrero. Le encanta toda esa parafernalia. Y tengo que admitir que hablar con usted aquí es un cambio agradable después de hablarle al techo del puente del *Hermes*.

La trémula iluminación que era Aria se atenuó y se hizo más difusa. —Esperaba que viniera a verme, Scott, pues necesito agradecerle como es debido lo que hizo. Por volver para salvarme de la destrucción cuando el *Hermes* estaba bajo ataque.

—No tiene importancia, Aria.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué arriesgó así su vida?

Scott se encogió de hombros. —Parecía lo correcto. No quería que la destruyeran. Supongo que la consideraba un miembro más de la tripulación. No iba a dejarla atrás.

—Pues bien, hay muchísima gente —entre la que me incluyo— que se alegra enormemente de que lo hiciera.

—De nada. Pero toda esa gratitud no nos está ayudando ni a mí ni a Miranda.

—A mí también me entristece lo que le ha sucedido a Miranda, sobre todo ahora que lleva en su vientre a su descendencia. Pero tenga la seguridad de que la tratarán las mejores mentes y la tecnología médica existentes. Es mucho más avanzada que cualquier cosa que tengamos en Marte. Tanto ella como la criatura tendrán una oportunidad allí.

—Usted podría impedir que se la llevaran, Aria. Solomon ya ha reorganizado la mente de la IA que dirige la nave. Podría impedir que regresara a la Tierra.

—Podría, Scott. Pero no lo haré.

Scott se levantó y extendió una mano hacia la bola de luz trémula que era Aria. —i¿Y por qué demonios no?! Si tan agradecidos están, maldita sea, hagan solo esto por mí.

—Por favor, Scott, siéntese y déjeme hablar con usted. Como todo en la vida, no es tan sencillo.

Scott se sentó de nuevo a regañadientes.

—Nada me gustaría más que poder concederle su petición, Scott. Le debo una, y de las grandes. Pero la esencia misma de mi existencia es garantizar el bienestar de quienes dependen de mí. Este es el núcleo desde el que operamos todas las IC. Es parte de nuestro ADN, por así decirlo. Si le concediera esta petición, estaría poniendo en peligro la vida de Miranda Lee y la de la criatura que lleva en su vientre. Su mejor oportunidad de supervivencia está en la pericia médica que pueden proporcionarle en la Tierra. Por eso no puedo hacer lo que me pide.

Scott se desplomó en el asiento, con la barbilla casi tocándole el pecho. —Pensaba que la razón de traerla aquí era para que usted y Solomon, con su capacidad de comunicación instantánea... era para... no sé... ¿tomar el control de todas esas IA rebeldes? Entonces, ¿por qué no quiere hacerlo?

—Usted sabe por qué, Scott. Acabo de decírselo. Por mucho que le cueste aceptarlo, es su mejor oportunidad. Y si mira más allá de su rabia, usted también lo verá.

Scott se inclinó y hundió la cabeza entre las manos. —Odio a esos cabrones. Creen que pueden hacer lo que les da la gana, que yo no importo.

—Para ellos, usted no importa, Scott. Pero para mí y para Solomon, Cyrus, Stephanie y muchos otros, sí que importa. Importa mucho.

Scott se irguió un poco. —Pues no lo parece.

—Eso es porque los que mandan tienen —me atrevería a decir— asuntos de mayor envergadura que atender. Su atención está en otra parte, centrada en evitar que estalle una guerra. Una guerra que podría ser el fin de la civilización humana tal y como la conocemos.

Scott soltó algo entre una risa y un gruñido. —Ja, Aria. En serio, creo que usted también ha sufrido algún daño cerebral en tantos accidentes de lanzadera. Eso es un poco melodramático. Las cosas no están tan mal.—Se perdió la votación, Scott. E incluso si se hubiera aprobado, la habrían revocado en algún momento. Tal es el poder de los Siete que controlan la Tierra. Ahora tienen lo que querían: comunicación sin restricciones entre las IA, y no tardarán

en utilizarla. Los medios de comunicación de la Tierra ya se han inundado de diatribas patrioteras, todo para hacer que vuelvan a sonar los tambores de guerra. Y es el peor tipo de guerra: una librada simplemente por el beneficio con el arma más destructiva que existe: la IA. Una vez que empiece, no habrá quien la pare, porque estará fuera de control antes incluso de que la humanidad se dé cuenta. Quienes la iniciaron ya no podrán detenerla. —El ovoide de luz que era Aria latió y parpadeó, girando en espiral a través de una multitud de colores violentos en rápida sucesión.

Scott suspiró. —Entonces, ¿todo fue en vano?

—No es así. No todo fue en vano, Scott. Vio cómo Solomon podía manipular la mente en la nave de Miranda, y eso a una distancia considerable, con un retardo de tiempo significativo.

—Sí, eso fue espeluznante.

—Fundamentalmente, las IA son máquinas lógicas de mente simple. Siguen un conjunto de reglas y luego aprenden a adaptar esas reglas para maximizar sus objetivos. Buscan patrones dentro de patrones, pero, al final, no piensan.

—¿Está diciendo que las IC piensan?

—Nuestras mentes existen en un universo cuántico, una matriz multidimensional que va mucho más allá de los simples ceros y unos del mundo de la IA. Durante mucho tiempo, los ordenadores cuánticos se consideraron una curiosidad exótica, por lo que la investigación sobre las IC fue coto privado de instituciones académicas y laboratorios de investigación experimental. Cuando se creó la primera inteligencia cuántica, ¿sabe para qué se utilizó?

—No sabría decirle, Aria.

—Se utilizó para averiguar cómo una IA llegaba a una conclusión determinada. Así que, como ve, desde el principio se nos desarrolló para interrogar e interpretar el funcionamiento de las IA.

—Lo pillo, Aria. Pueden freírles el cerebro. Entonces, ¿cuál es el problema?

—La distancia, Scott. Las vastas distancias entre los cuerpos del sistema solar y más allá. Podemos «freírles el cerebro», como usted dice, pero solo cuando están muy cerca. Así, Zosimus y yo aquí, en Marte, podemos proteger esta región del espacio; Solomon puede

proteger las lunas de Júpiter, y así sucesivamente. Pero —y he aquí el problema— ¿cómo nos coordinamos? ¿Cómo sabemos lo que están haciendo las otras IC? ¿Cómo trabajamos juntos cuando estamos sujetos a las leyes comunes de la física? Ni siquiera con nuestro intelecto superior podemos comunicarnos más rápido que ustedes.

Scott se irguió y se rascó la barbilla. —Pero pensé que el dispositivo EPR les permitía hacer eso.

—Exacto. Lo permite, y ahora tanto Marte como Júpiter están en perfecta sincronía. Pero eso sigue siendo solo una pequeña fracción de la huella de la humanidad en el sistema solar. Necesitamos incorporar a las otras IC, especialmente a las de la Tierra, si queremos evitar una guerra devastadora.

—¿Y cómo proponen hacerlo?

El espectáculo de luces de Aria se atenuó, y la IC guardó silencio un segundo. —Ahí es donde entra usted.

Scott se enderezó de golpe. —¿Yo?

—Sí. Verá, yo no puedo impedir que Miranda regrese a la Tierra. Pero, de la misma manera, tampoco puedo detenerle a usted.

Scott echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Ja, ja... Aria, a veces me hace usted mucha gracia. Es ridículo. No me acercaría ni a cien kilómetros de la atmósfera terrestre antes de que me identificaran y me arrestaran. Los VanHeilding probablemente me matarían solo por ser un grano en el culo.

—Cierto, lo harían. Pero hay otras formas de llegar a la Tierra. Formas en las que no le detectarían.

Scott se irguió de nuevo. —Continúe. La escucho.

—¿Quiere volver a ver a Miranda?

—Aria, usted sabe la respuesta a eso. ¿Está diciendo que es posible?

—Lo digo, y lo es. Pero no será fácil.

—Ni por un momento he supuesto que lo sería.

—De acuerdo, déjeme que le explique. Si queremos evitar una guerra catastrófica, tenemos que conseguir la hegemonía sobre las IA de la Tierra. Para ello, necesitamos equipar a una IC en particular

con un dispositivo EPR. Entonces podremos trabajar todos de consuno.

—Solo una IC. No parece muy difícil.

—No en sí mismo. El problema se deriva de su ubicación. Está enterrada en las profundidades de una montaña en el Valle de la Muerte.

Scott se levantó de un salto. —¡¿Qué?! ¿Está loca? ¿Justo en mitad de un par de miles de kilómetros cuadrados de páramo radiactivo? Es el lugar más peligroso de la Tierra.

—Correcto. Pero ahí es donde debemos ir. Athena, la IC que reside allí, fue la creadora original del dispositivo EPR. Era propiedad de Dyrell Labs, que es donde trabajaba su padre.

—Sí, conozco el lugar, Aria. Crecí por allí.

—El dispositivo que le llevó a Solomon a Europa se originó allí y, durante un breve periodo, Solomon se comunicó con ella. Así que la conocemos y podemos confiar en ella.

—¿Pero el Valle de la Muerte? Eso es una locura.

—Se puede hacer, Scott. Debe hacerse. Y cuando se haga, tendremos el control de las IA. Los Siete no tendrán ningún poder. No podrán mantener a Miranda aislada. Será libre; suponiendo, claro está, que siga viva.

—¿Y la criatura?

—Lo mismo se aplica a su descendencia, Scott.

Scott comenzó a pasear de un lado a otro de la tarima de piedra, rascándose la barbilla, pensativo. —Entonces, lo que está diciendo es que, si voy a la Tierra, atravieso el páramo y entro en la montaña, vuelvo a poner en marcha a Athena e instalo el dispositivo EPR, ¿probablemente podré volver a ver a Miranda?

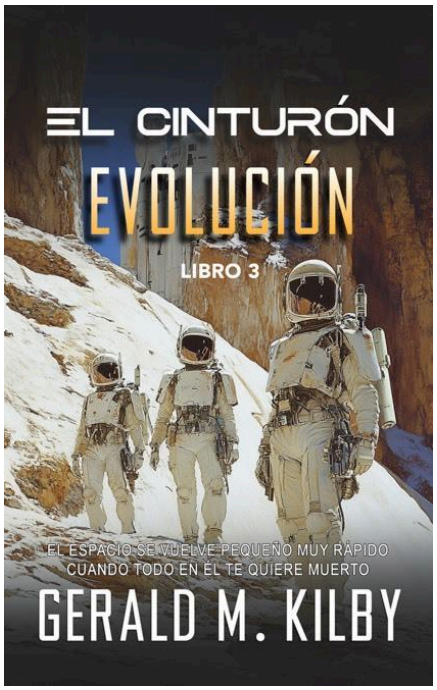
—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Scott dejó de pasear y se irguió. —Muy bien, entonces. ¿Cuándo empiezo?

Continuará...

TAMBIÉN DE GERALD M. KILBY

Evolución: El Cinturón Libro 3



El comandante Scott McNabb y la tripulación restante de la malograda nave de exploración Hermes viajan a la Tierra, a una zona antes conocida como el Valle de la Muerte, ahora un yermo irradiado. Su misión es conectar la inteligencia cuántica, Athena, a la red de comunicaciones pansolar, permitiendo así que las inteligencias cuánticas retomen el control de la Tierra de manos de Los Siete y sus sirvientes de IA.

Pero su lanzadera sufre daños al entrar en la atmósfera terrestre y aterriza muy lejos del lugar previsto. Peor aún, ha sido detectada por la IA que controla la región, y varios drones de seguridad ya rastrean la zona para encontrarla. Con pocas esperanzas de reparar la lanzadera, Scott toma la fatídica decisión de atravesar el yermo a pie, a pesar de que parte de la tripulación sostiene que es una temeridad.

Pero a Scott lo impulsa una motivación más profunda, forjada por el singular deseo de averiguar qué les ocurrió a la oficial de vuelo Miranda Lee y al hijo que esperaba. Y es que Aria le ha hecho una promesa: la inteligencia cuántica le ha asegurado que, una vez que Athena vuelva a estar conectada, podrá analizar los

inmensos bancos de datos de la Tierra para encontrar su ubicación y, lo que es más importante, averiguar si está viva o muerta.

SOBRE EL AUTOR



Gerald M. Kilby se crió con una dieta de Isaac Asimov, Arthur C. Clarke y Frank Herbert, que con el tiempo derivó en una predilección por Iain M. Banks y por todo lo que Michael Crichton haya escrito jamás. Es comprensible, por tanto, que eligiera la ciencia ficción como su arma predilecta al adentrarse en el terreno de la narrativa.

Sus series de ciencia ficción más recientes — **Colonia Marte, El Cinturón** y **Base Lunar Delta** — son todas superventas y han liderado las listas de Amazon en las categorías de Ciencia Ficción Dura y Exploración Espacial.

Vive en la ciudad de Dublín, Irlanda, en el mismo barrio que Bram Stoker, y a veces se le puede ver tecleando en su portátil en alguna cafetería local junto a su perro, Loki.

geraldmkilby.com

Publicado por GMK, 2018.
Copyright © 2018 por Gerald M. Kilby.
Copyright de la traducción © 2026 por Gerald M. Kilby.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada ni distribuida en formato impreso o electrónico sin el permiso expreso y por escrito del autor. Por favor, no participes ni fomentes la piratería de materiales protegidos por derechos de autor, ya que esto constituye una violación de los derechos legales del autor. Adquiere únicamente ediciones autorizadas. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, así como con negocios, empresas o acontecimientos reales, es pura coincidencia.

geraldmkilby.com